

Fray Bartolomé de Las Casas



PRIMER VIAJE DEL ALMIRANTE CRISTOBAL COLÓN

según su diario de a bordo

PRESENTACIÓN

El archimentado *descubrimiento de América* ha quedado plasmado en el recordatorio que del mismo se hace cada doce de octubre, año tras año.

Considerado como *el día de la raza*, en esa fecha se *conmemora* de manera epopéyica el día en que las tres míticas carabelas, la Niña, la Pinta y la Santa María arribaron a la *isla Guanahani*, bautizada por el almirante Cristóbal Colón como *San Salvador*.

Según el mismo Colón asienta en su bitácora de viaje, fue entre la noche del jueves 11 de octubre y la madrugada del viernes 12, que un marinero de nombre Rodrigo de Triana, a bordo de la carabela la Pinta, divisó la tan anhelada *tierra*. Aquel hecho que terminaría trastocando el mundo de aquel entonces, es relatado en la obra que aquí publicamos.

La presente versión del *Diario de a bordo* escrito por el almirante genoves Cristóbal Colón, realizada por el obispo de Chiapas, fray Bartolomé de las Casas es, sin duda, un documento sumamente interesante aunque, y debemos de señalarlo, de lectura nada fácil, por estar escrito en español antiguo.

Ciertamente, cuando estuvimos capturando el texto de esta obra, terminábamos cada sesión prácticamente bizcos, y es que con tantos *trujes* y *dizques*, cada párrafo amenazaba en convertirse en un remolino incomprensible. En más de una ocasión tuvimos que detenernos por completo para tratar de descifrar lo que pretendía decirse en el párrafo de referencia ... y por varios minutos nos quedábamos con nuestras caras de idiotas intentando comprender. Así que fue muy difícil y sobre todo tediosa la digitalización de esta trascendental aventura, sin embargo, como bien señala el sabio refrán popular, *de granito en granito llena su buche el pajarito* ... y así, de párrafo en párrafo poco a poco fuimos capturando el texto hasta que ... por fin terminamos. ¡Alabado sea quien sea, que sólo se trata del primer viaje!

Ahora bien, un hecho comiquísimo en mucho nos ayudó en este trabajo: nos referimos a la sonsera del almirante Colón en su obsesiva necesidad de buscar oro. Realmente, nos reímos de lo lindo al imaginarnos a aquel conjunto de palurdos imbéciles, que no se habían percatado de que, de puritita chiripa habían arribado a un nuevo continente, y que en su simiesca (¡que nos perdonen los changos!) mente tan sólo buscaban ... ¡¡¡oro!!! Es patético que a esa banda de piojosos, que se nos presentan como *héroes inmortales*, tan sólo la vulgar ambición de encontrar oro, era lo que les movía.

En fin, es de esperar que quien se acerque a *ojea* esta edición virtual la disfrute.

Chantal López y Omar Cortés

PRIMERA PARTE

IN NOMINE DO MINI NOSTRI JESU CHRISTI

Porque, cristianísimos, y muy altos, y muy excelentes, y muy poderosos Príncipes, Rey y Reina de las Españas y de las islas de la mar, nuestros Señores; este presente año de 1492, después de vuestras Altezas haber dado fin a la guerra de los moros que reinaban en Europa, y haber acabado la guerra en la muy grande ciudad de Granada, adonde este presente año a dos días del mes de enero por fuerza de armas vide poner las banderas reales de Vuestras Altezas en las torres de la Alhambra, que es la fortaleza de la dicha ciudad, y vide salir al rey moro a las puertas de la ciudad y besar las reales manos de Vuestras Altezas y del Príncipe mi Señor, y luego en aquel presente mes por la información que yo había dado a Vuestras Altezas de las tierras de India, y de un príncipe que es llamado *Gran Can*, que quiere decir en nuestro romance Rey de los Reyes, como muchas veces él y sus antecesores habían enviado a Roma a pedir doctores en nuestra santa fe porque le enseñasen en ella, y que nunca el Santo Padre le había proveído, y se perdían tantos pueblos creyendo en idolatrías, e recibiendo en sí sectas de perdición, Vuestras Altezas, como católicos cristianos y príncipes amadores de la santa fe cristiana y acrecentadores della, y enemigos de la secta de Mahoma y de todas idolatrías y

herejías, pensaron de enviarme a mí Cristóbal Colón a las dichas partidas de India para ver los dichos príncipes, y los pueblos y tierras, y la disposición dellas y de todo, y la manera que se pudiera tener para la conversión dellas a nuestra santa fe; y ordenaron que yo no fuese por tierra al Oriente, por donde se costumbra de andar salvo por el camino de Occidente, por donde hasta hoy no sabemos por cierta fe que haya pasado nadie. Así que después de haber echado fuera todos los judíos de todos vuestros reinos y señoríos, en el mismo mes de enero mandaron Vuestras Altezas a mí que con armada suficiente me fuese a las dichas partidas de India; y para ello me hicieron grandes mercedes, y me anoblecieron que dende en adelante yo me llamase *Don*, y fuese Almirante mayor de la mar oceána e Visorey y Gobernador perpetuo de todas las Islas y Tierra firme que yo descubriese y ganase, y de aquí adelante se descubriesen y ganasen en la mar oceána, y así sucediese mi hijo mayor, y así de grado en grado para siempre jamás, y partí yo de la ciudad de Granada a 12 días del mes de mayo del mesmo año de 1492, en sábado; vine a la villa de Palos, que es puerto de mar, adonde armé yo tres navios muy aptos para semejante fecho; y partí del dicho puerto muy abastecido de muy muchos mantenimientos y de mucha gente de la mar, a tres días del mes de agosto del dicho año en un viernes, antes de la salida del sol con media hora, y llevé el camino de las islas de Canaria de Vuestras Altezas, que son en la dicha mar oceána, para de allí tomar mi derrota, y navegar tanto que yo llegase a las Indias, y dar la embajada de Vuestras Altezas a aquellos príncipes y cumplir lo que así me habian mandado; y para esto pensé de escribir todo este viaje muy puntualmente de día en día todo lo que yo hiciese y viese y pasase como adelante se verá. También, Señores Príncipes, allende describir cada noche lo que el día pasare, y el día lo que la noche navegare, tengo propósito de hacer carta nueva de navegar, en la cual situaré toda la mar y tierras del mar Oceáno en sus propios lugares debajo su viento; y más, componer un libro, y poner todo por el semejante por pintura, por latitud del equinocial y longitud del Occidente, y sobre todo cumple mucho que yo olvide el sueño y tiente mucho el navegar porque así cumple, las cuales serán gran trabajo.

VIERNES 3 DE AGOSTO DE 1492

Partimos viernes 3 días de agosto de 1492 años de la barra de Saltes a las ocho horas; anduvimos con fuerte virazón hasta el poner del sol hacia el Sur 60 millas, que son 15 leguas; después al Sudueste y al Sur cuarta del Sudueste, que era el camino para las Canarias.

EL SABADO 4 DE AGOSTO.

Anduvieron al Sudueste cuarta del Sur.

DOMINGO 5 DE AGOSTO.

Anduvieron su vía entre día y noche más de 40 leguas.

LUNES 6 DE AGOSTO.

Saltó o desenajóse el gobernario a la carabela Pinta, donde iba Martín Alonso Pinzón, a lo que se creyó y sospechó por industria de un Gomes Rascón y Cristóbal Quintero, cuya era la carabela, porque le pesaba ir aquel viaje; y dice el Almirante que antes que partiese habian hallado en ciertos reveses y grisquetas, como dicen, a los dichos. Vidose allí el Almirante en gran turbación por no poder ayudar a la dicha carabela sin su peligro, y dice que alguna pena perdía con saber que Martín Alonso Pinzón era persona esforzada y de buen ingenio; en fin anduvieron entre día y noche 29 leguas.

MARTES 7 DE AGOSTO.

Tornóse a saltar el gobernalle a la Pinta, y adobáronlo y anduvieron en demanda de la isla del Lanzarote, que es una de las islas de Canarias, y anduvieron entre día y noche 25 leguas.

MIÉRCOLES 8 DE AGOSTO.

Hubo entre los pilotos de las tres carabelas opiniones diversas donde estaban, y el Almirante salió más verdadero, y quisiera ir a Gran Canaria por dejar la carabela Pinta, porque

iba mal acondicionada del gobernario y hacía agua, y quisiera tomar allí otra si la hallara; no pudieron tomarla aquel día.

JUEVES 9 DE AGOSTO.

Hasta el domingo en la noche no pudo el Almirante tomar la Gomera, y Martín Alonso quedóse en aquella costa de Gran Canaria por mandato del Almirante, porque no podía navegar. Después tomó el Almirante a Canaria (o a Tenerife), y adobaron muy bien la Pinta con mucho trabajo y diligencias del Almirante, de Martín Alonso y de los demás; y al cabo vinieron a la Gomera. Vieron salir gran fuego de la sierra de la isla de Tenerife, que es muy alta en gran manera. Hicieron la Pinta redonda, porque era latina; tornó a la Gomera, domingo a 2 de setiembre con la Pinta adobada.

Dice el Almirante que juraban muchos hombres honrados españoles, que en la Gomera estaban con doña Inés Peraza, madre de Guillén Peraza, que después fue el primer conde de la Gomera, que eran vecinos de la isla de Hierro, que cada año vian tierra al Oeste de las Canarias, que es al Poniente; y otros de la Gomera afirmaban otro tanto con juramento. Dice aquí el Almirante que se acuerda que estando en Portugal el año de 1484 vino uno de la isla de la Madera al rey a le pedir una carabela para ir a esta tierra que vía, el cual juraba que cada año la vía, y siempre de una manera; y también dice que se acuerda que lo mismo decían en las islas de los Azores, y todos estos en una derrota, y en una manera de señal, y en una grandeza. Tomada pues agua y leña y carnes, y lo demás que tenían los hombres que dejó en la Gomera el Almirante cuando fue a la isla de Canaria a adobar la carabela Pinta, finalmente se hizo a la vela de la dicha isla de la Gomera con sus tres carabelas, jueves a 6 días de setiembre.

JUEVES 6 DE SETIEMBRE.

Partió aquel día por la mañana del puerto de la Gomera, y tomó la vuelta para ir su viaje, y supo el Almirante de una carabela que venía de la isla del Hierro, que andaban por allí tres carabelas de Portugal para lo tomar: debía de ser de envidia quel rey tenía por haberse ido a Castilla; y anduvo todo aquel día y noche en calma, y a la mañana se halló entre la Gomera y Tenerife.

VIERNES 7 DE SETIEMBRE.

Todo el viernes y sábado, hasta tres horas de noche, estuvo en calma.

SÁBADO 8 DE SETIEMBRE.

Tres horas de noche sábado comenzó a ventar Nordeste, y tomó su vía y camino al Oeste: tuvo mucha mar por proa que le estorbaba el camino, y andaría aquel día 9 leguas con su noche.

DOMINGO 9 DE SETIEMBRE.

Anduvo aquel día 19 leguas, y acordó contar menos de las que andaba, porque si el viaje fuese luengo no se espantase ni desmayase la gente. En la noche anduvo 120 millas, a 10 millas por hora, que son 30 leguas. Los marineros gobernaban mal, decayendo sobre la cuarta del Nordeste, y aun a la media partida; sobre lo cual les riñó el Almirante muchas veces.

LUNES 10 DE SETIEMBRE.

En aquel día con su noche anduvo 60 leguas, a 10 millas por hora, que son 2 leguas y media; pero no contaba sino 48 leguas porque no se asombrase la gente si el viaje fuese largo.

MARTES 11 DE SETIEMBRE.

Aquel día navegaron a su vía, que era el Oeste, y anduvieron 20 leguas y más, y vieron un gran trozo de mastel de nao, de 120 toneles, y no lo pudieron tomar. La noche anduvieron cerca de 20 leguas, y contó no más de 16 por la causa dicha.

MIÉRCOLES 12 SETIEMBRE.

Aquel día, yendo su vía, anduvieron en noche y día 33 leguas, contando menos por la dicha causa.

JUEVES 13 DE SETIEMBRE.

Aquel día con su noche, yendo a su vía, que era al Oeste, anduvieron 33 leguas, y contaba 3 ó 4 menos. Las corrientes le eran contrarias. En este día, al comienzo de la noche, las agujas noruesteaban, y a la mañana noruesteaban algún tanto.

VIERNES 14 DE SETIEMBRE.

Navegaron aquel día su camino al Oeste con su noche, y anduvieron 20 leguas, contó alguna menos: aquí dijeron los de la carabela Niña que habían visto un garjao y un rabo de junco, y estas aves nunca se apartan de tierra cuando más 25 leguas.

SABADO 15 DE SETIEMBRE.

Navegó aquel día con su noche 27 leguas su camino al Oeste, y algunas más, y en esta noche al principio della vieron caer del cielo un maravilloso ramo de fuego en la mar lejos de ellos 4 ó 5 leguas.

DOMINGO 16 DE SETIEMBRE.

Navegó aquel día y la noche a su camino el Oeste; andarían 39 leguas, pero no contó sino 36; tuvo aquel día algunos nublados, llovizó: dice aquí el Almirante que hoy y siempre de allí adelante hallaron aires temperantísimos; que era placer grande el gusto de las mañanas, que no faltaba sino oír ruiseñores. Dice él, y era el tiempo como abril en el Andalucía. Aquí comenzaron a ver muchas manadas de yerba muy verde que poco había, según le parecía, que se había desapegado de tierra, por lo cual todos juzgaban que estaba cerca de alguna isla; pero no de tierra firme, según el Almirante que dice: *porque la tierra firme hago más adelante.*

LUNES 17 DE SETIEMBRE.

Navegó a su camino el Oeste, y andarían en día y noche 50 leguas y más: no asentó sino 47; ayudábales la corriente; vieron mucha yerba y muy a menudo, y era yerba de peñas, y venía la yerba de hacia Poniente; juzgaban estar cerca de tierra; tomaron los pilotos el Norte marcándolo, y hallaron que las agujas noruesteaban una gran cuarta, y temían los marineros, y estaban penados y no decían de qué. Conoció el Almirante, mandó que tornasen a marcar el Norte en amaneciendo, y hallaron que estaban buenas las agujas; la causa fue porque la estrella que parece hace movimiento y no las agujas. En amaneciendo aquel lunes vieron muchas más yerbas, y que parecían yerbas de ríos, en las cuales hallaron un cangrejo vivo, el cual guardó el Almirante, y dice que aquellas fueron señales ciertas de tierra, porque no se hallan 80 leguas de tierra; el agua de la mar hallaban menos salada desde que salieron de las Canarias, los aires siempre más suaves; iban muy alegres todos, y los navios quien más podía andar andaba por ver primero tierra; vieron muchas toninas, y los de la Niña mataron una. Dice aquí el Almirante que aquellas señales eran del Poniente, donde espero en aquel alto Dios en cuyas manos están todas las victorias que muy presto nos dará tierra. En aquella mañana dice que vido una ave blanca que se llama Rabo de junco, que no suele dormir en la mar.

MARTES 18 DE SETIEMBRE.

Navegó aquel día con su noche, y andarían más de 55 leguas, pero no asentó sino 48, llevaba todos estos días mar muy bonanza, como en el río de Sevilla. Este día Martín Alonso con la Pinta, que era gran velera, no esperó, porque dijo al Almirante desde su carabela que había visto gran multitud de aves ir hacia el Poniente, y que aquella noche esperaba ver tierra, y por eso andaba tanto. Apareció a la parte del Norte una gran cerrazón, qués señal de estar sobre la tierra.

MIÉRCOLES 19 DE SETIEMBRE.

Navegó su camino, y entre día y noche andaría 25 leguas, porque tuvieron calma; escribió 22. Este día a las diez horas vino a la nao un alcatraz, y a la tarde vieron otro, que no suelen apartarse 20 leguas de tierra; vinieron unos llovizneros sin viento, lo que es señal cierta de tierra; no quiso detenerse barloventeando el Almirante para averiguar si había tierra; más de que tuvo por cierto que a la banda del Norte y del Sur había algunas islas, como en la verdad lo estaban y él iba por medio dellas; porque su voluntad era de seguir adelante hasta las Indias, y el tiempo es bueno, porque placiendo a Dios a la vuelta se vería todo: estas son sus palabras ... Aquí descubrieron sus puntos los pilotos: el de la Niña se hallaba de las Canarias 440 leguas; el de la Pinta 420; el de la donde iba el Almirante, 400 justas.

JUEVES 20 DE SETIEMBRE.

Navegó este día al Oeste cuarta del Noroeste, y a la media pártida, porque se mudaron muchos vientos con la calma que había; andarían hasta 7 ó 8 leguas. Vinieron a la nao dos alcatrazes, y después otro, que fue señal de estar cerca de tierra, y vieron mucha yerba, aunque el día pasado no habían visto della. Tomaron un pájaro con la mano que era como un garjao; era pájaro de río y no de mar, los pies tenía como gaviota: vinieron al navío en amaneciendo dos o tres pajaritos de tierra cantando, y después antes del sol salido desaparecieron; después vino un alcatraz, venía del Ouesnorueste, iba al Sueste, que era señal que dejaba la tierra al Ouesnorueste, porque estas aves duermen en tierra y por la mañana van a la mar a buscar su vida, y no se alejan 20 leguas.

VIERNES 21 DE SETIEMBRE.

Aquel día fue todo lo más calma, y después algún viento: andarían entre día y noche dello a la vía, y dello no hasta 13 leguas; en amaneciendo hallaron tanta yerba que parecía ser la mar cuajada de ella, y venía del Oeste: vieron un alcatraz, la mar muy llana como un río, y los aires los mejores del mundo. Vieron una ballena, que es señal que estaban cerca de tierra, porque siempre andan cerca.

SABADO 22 DE SETIEMBRE.

Navegó al Ouesnorueste más o menos, acostándose a una y otra parte; andarían 30 leguas; no veían casi yerba; vieron unas pardelas y otra ave: dice aquí el Almirante, *mucho me fue necesario este viento contrario, porque mi gente andaban muy estimulados que pensaban que no ventaban estos mares vientos para volver a España: por un pedazo de día no hubo yerba, después muy espesa.*

DOMINGO 23 DE SETIEMBRE.

Navegó al Noroeste, y a las veces a la cuarta del Norte, y a las veces a su camino, que era el Oeste y andaría hasta 22 leguas: vieron una tórtola y un alcatraz, y otro pajarito de río, y otras aves blancas: las yerbas eran muchas, y hallaban cangrejos en ellas, y como la mar estuviese mansa y llana murmuraba la gente diciendo: que pues por allí no había mar grande que nunca ventaría para volver a España; pero después alzóse mucho la mar y sin viento, que los asombraba, por lo cual dice aquí el Almirante: *asi que muy necesario me fue la mar alta, que no pareció, salvo el tiempo de los judíos cuando salieron de Egipto contra Moysen que los sacaba de captiverio.*

LUNES 24 DE SETIEMBRE.

Navegó a su camino al Oeste día y noche, y andarían 14 leguas y media, contó 12, vino al navío un alcatraz, y vieron muchas pardelas.

MARTES 25 DE SETIEMBRE.

Este día hubo mucha calma, y después ventó; y fueron su camino al Oeste hasta la noche. Iba hablando el Almirante con Martín Alonso Pinzón, capitán de la otra carabela Pinta, sobre una carta que le había enviado tres días hacía a la carabela, donde según parece tenía pintadas el Almirante ciertas islas por aquella mar, y decía Martín Alonso que estaban en aquella comarca, y respondía el Almirante que así le parecía a él; pero puesto que no hubiesen dado con ellas lo debía haber causado las corrientes que siempre habían echado los navíos al Nordeste, y que no habían andado tanto como los pilotos decían; y estando en esto dijo el Almirante que le enviase la carta dicha, y enviada con alguna cuerda comenzó el Almirante a cartear en ella con su piloto y marineros; al sol puesto subió el Martín Alonso en la popa de su navío, y con mucha alegría llamó al Almirante pidiéndole albricias que vía tierra, y cuando se lo oyó decir con afirmación el Almirante, dice que se echó a dar gracias a nuestro Señor de rodillas, y el Martín Alonso decía, *Gloria in excelsis Deo* con su gente, lo mismo hizo la gente del Almirante, y los de la Niña, subiéronse todos sobre el mastel y en la jarcia, y todos afirmaron que era tierra, y al Almirante así pareció, y que habría a ella 25 leguas: estuvieron hasta la noche afirmando todos ser tierra; mandó el Almirante dejar su camino que era el Oeste, y que fuesen todos al Sudueste, a donde había parecido la tierra: habrían andado aquel día al Oeste 4 leguas y media, y en la noche al Sudeste 17 leguas, que son 21, puesto que decía a la gente 13 leguas, porque siempre fingía a la gente que hacía poco camino porque no les pareciese largo; por manera que escribió por dos caminos aquel viaje, el menor fue el fingido, y el mayor el verdadero; anduvo la mar muy llana, por lo cual se echaron a nadar muchos marineros; vieron muchos dorados y otros peces.

MIÉRCOLES 26 DE SETIEMBRE.

Navegó a su camino al Oeste hasta después de medio día. De allí fueron al Sudueste hasta conocer que lo que decían que había sido tierra no lo era sino cielo: anduvieron día y noche 31 leguas, y contó a la gente 24. La mar era como un río, los aires dulces y suavísimos.

JUEVES 27 DE SETIEMBRE.

Navegó a su vía al Oeste, anduvo entre día y noche 24 leguas, contó a la gente 20 leguas: vinieron muchos dorados, mataron uno, vieron un rabo de junco.

VIERNES 28 DE SETIEMBRE.

Navegó a su camino al Oeste, anduvieron día y noche con calmas 14 leguas, contaron 13: hallaron poca yerba, tomaron dos peces dorados, y en los otros navíos más.

SEGUNDA PARTE

SÁBADO 29 DE SETIEMBRE.

Navegó a su camino el Oeste, anduvieron 24 leguas, contó a la gente 21; por calmas que tuvieron anduvieron entre día y noche poco. Vieron un ave que se llama rabiforcado, que hace gomitara a los alcatraces lo que comen para comerlo ella, y no se mantiene de otra cosa: es ave de la mar, pero no posa en la mar ni se aparta de tierra 20 leguas, hay de estas muchas en las islas de Cabo Verde: después vieron dos alcatraces: los aires eran muy dulces y sabrosos, que dizque no faltaba sino oír al ruiseñor, y la mar llana como un río: parecieron después en tres veces tres alcatraces y un forcado; vieron mucha yerba.

DOMINGO 30 DE SETIEMBRE.

Navegó su camino al Oeste, anduvo entre día y noche por las calmas 14 leguas, contó 11; vieron al navío cuatro rabos de junco, que es gran señal de tierra, porque tantas aves de una naturaleza juntas es señal que no andan desmandadas ni perdidas: víéronse cuatro alcatraces en dos veces; yerba mucha.

NOTA.

Que las estrellas que se llaman *las guardías* cuando anochece, están junto al brazo de la parte del Poniente, y cuando amanece están en la línea debajo del brazo al Nordeste, que parece que en toda la noche no andan salvo tres líneas, que son nueve horas, y esto cada noche: esto dice aquí el Almirante. También en anocheciendo las agujas noruestean una cuarta, y en amaneciendo están con la estrella justo; por lo cual parece que la estrella hace movimiento como las otras estrellas, y las agujas piden siempre la verdad.

LUNES 1° DE OCTUBRE.

Navegó su camino al Oeste, anduvieron 25 leguas, contó a la gente 20 leguas, tuvieron grande aguacero. El piloto del Almirante temía hoy en amaneciendo que habían andado desde la isla de Hierro hasta aquí 578 leguas al Oeste; la cuenta menor que el Almirante mostraba a la gente eran 584 leguas; pero la verdadera que el Almirante juzgaba y guardaba era 707.

MARTES 2 DE OCTUBRE.

Navegó su camino al Oeste noche y día 39 leguas, contó a la gente obra de 30 leguas: la mar llana y buena siempre: a Dios muchas gracias sean dadas, dijo aquí el Almirante; yerba venía del Este al Oeste por el contrario de lo que solía: parecieron muchos peces, matóse uno; vieron una ave blanca que parecía gaviota.

MIÉRCOLES 3 DE OCTUBRE.

Navegó su vía ordinaria, anduvieron 47 leguas, contó a la gente 40 leguas. Aparecieron pardelas, yerba mucha, alguna muy vieja, y otra muy fresca, y traía como fruta; y no vieron aves algunas; creía el Almirante que le quedaban atrás las islas que traía pintadas en su carta.

Dice aquí el Almirante que no se quiso detener barloventeando la semana pasada, y estos días que había tantas señales de tierra, aunque tenía noticia de ciertas islas en aquella comarca, por no se detener, pues su fin era pasar a las Indias; y si detuviera, dice él, que no fuera buen seso.

JUEVES 4 DE OCTUBRE.

Navegó a su camino al Oeste, anduvieron entre día y noche 63 leguas, contó a la gente 46 leguas; vinieron al navio más de 40 pardeles juntos y dos alcatraces, y al uno dio una pedrada un mozo de la carabela; vino a la nao un rabiforcado, y una blanca como gaviota.

VIERNES 5 DE OCTUBRE.

Navegó a su camino, andarían 11 millas por hora; por noche y día andarían 57 leguas porque alojó la noche algo el viento; contó a su gente 45: la mar en bonanza y llana: a Dios, dice, muchas gracias sean dadas; el aire muy dulce y temprado, yerba nenguna, aves pardelas muchas, peces golondrinas volaron en la nao muchos.

SABADO 6 DE OCTUBRE.

Navegó su camino al Vueste o Oeste qués lo mismo, anduvieron 40 leguas entre día y noche; contó a la gente 33 leguas.

Ésta noche, dijo Martín Alonso, que sería bien navegar a la cuarta del Oeste, a la parte del Sudeste; y al Almirante pareció que no decía esto Martín Alonso por la isla de Cipango, y el Almirante vía que si la erraban que no pudieran tan presto tomar tierra, y que era mejor una vez ir a la tierra firme y después a las islas.

DOMINGO 7 DE OCTUBRE.

Navegó a su camino al Oeste, anduvieron 12 millas por hora dos horas, y después 8 millas por hora, y andaría hasta una hora de sol 23 leguas, contó a la gente 18. En este día al levantar del sol la carabela Niña, que iba delante por ser velera, y andaban quien más podía por ver primero tierra, por gozar de la merced que los Reyes a quien primero la viesse habían

prometido, levantó una bandera en el topo del mástel, y tiró una lombarda por señal que vian tierra, porque así lo había ordenado el Almirante. Tenía también ordenado que al salir del sol y al ponerse se juntasen todos los navíos con él, porque estos dos tiempos son más propios para que los humores den más lugar a ver más lejos. Como en la tarde no viesan tierra la que pensaban los de la carabela Niña que habían visto, y porque pasaban gran multitud de aves de la parte del Norte al Sudueste, por lo cual era de creer que se iban a dormir a tierra o huían quizá del invierno, que en las tierras de donde venían debía de querer venir, porque sabía el Almirante que las más de las islas que tienen los portugueses por las aves las descubrieron. Por esto el Almirante acordó dejar el camino del Oeste, y poner la proa hacia Ouesudueste con determinación de andar dos días por aquella vía. Esto comenzó antes una hora del sol puesto. Andarían en toda la noche obra de 5 leguas, y 23 del día; fueron por todas 28 leguas noche y día.

LUNES 8 DE OCTUBRE.

Navegó al Ouesudueste, y andarían entre día y noche 11 leguas y media o 12, y a ratos parece que anduvieron en la noche 15 millas por hora, si no está mentirosa la letra; tuvieron la mar como el rio de Sevilla: gracias a Dios, dice el Almirante: los aires muy dulces como en abril en Sevilla, qués placer estar a ellos, tan olorosos son. Pareció la yerba muy fresca; muchos pajaritos del campo, y tomaron uno que iban huyendo al Sudueste, grajaos y ánades y un alcatraz.

MARTES 9 DE OCTUBRE.

Navegó al Sudueste, anduvo cinco leguas: mudóse el viento, y corrió al Oeste cuarta al Norueste, y anduvo 4 leguas: después con todas 11 leguas de día y a la noche 20 leguas y media: contó a la gente 17 leguas. Toda la noche oyeron pasar pájaros.

MIÉRCOLES 10 DE OCTUBRE.

Navegó al Ouesudueste, anduvieron a 10 millas por hora y a ratos 12 y algún rato a 7, y entre día y noche 59 leguas: contó a la gente 44 leguas no más. Aquí la gente ya no lo podía sufrir; quejábase del largo viaje; pero el Almirante los esforzó lo mejor que pudo dándoles buena esperanza de los provechos que podrían haber. Y añadía que por demás era quejarse, pues que él había venido a las Indias, y que así lo había de proseguir hasta hallarlas con el ayuda de nuestro Señor.

JUEVES 11 DE OCTUBRE.

Navegó al Ouesudueste, tuvieron mucha más que en todo el viaje habían tenido. Vieron pardelas y un junco verde junto a la nao. Vieron los de la carabela Pinta una caña y un palo, y tomaron otro paliillo labrado a lo que parecía con hierro, y un pedazo de caña y otra yerba que nace en tierra, y una tablilla. Los de la carabela Niña también vieron otras señales de tierra y un paliillo cargado descaramojos. Con estas señales respiraron y alegráronse todos. Anduvieron en este día hasta puesto el sol 27 leguas.

VIERNES 12 DE OCTUBRE

Después del sol puesto navegó a su primer camino al Oeste: andarían 12 millas cada hora, y hasta dos horas después de media noche andarían 90 millas, que son 22 leguas y media. Y porque la carabela Pinta era más velera e iba delante del Almirante, halló tierra y hizo las señas que el Almirante había mandado. Esta tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana; puesto que el Almirante a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vido lumbré, aunque fue cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra; pero llamó a Pero Gutiérrez, repostero destrados del Rey, e díjole, que parecía lumbré, que mirase él, y así lo hizo y vidola: díjolo también a Rodrigo Sánchez de Segovia quel Rey y la Reina enviaban en el armada por veedor, el cual no vido nada porque no estaba en lugar do la pudiese ver. Después quel Almirante lo dijo se vido una vez o dos, y era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba, lo cual a pocos pareciera ser indicio de tierra. Pero el Almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra. Por lo cual cuando dijeron la Salve, que la acostumbran decir e cantar a su manera todos los marineros y se hallan todos, rogó y amonestólos el Almirante que hiciesen buena guarda al castillo de proa, y mirasen bien por la tierra, y que al que le dijese primero que vía tierra le daría luego un jubón de seda, sin las otras mercedes que los Reyes

habían prometido, que eran 10.000 maravedís de juro a quien primero la viese. A las dos horas después de media noche pareció la tierra, de la cual estarían 2 leguas. Amañaron todas las velas, y quedaron con el treo que es la vela grande sin bonetas, y pusieronse a la corda temporizando hasta el día viernes que llegaron a una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de indios *Guanahani*. Luego vieron gente desnuda, y el Almirante salió a tierra en la barca armada, y Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez, su hermano, que era capitán de la Niña. Sacó el Almirante la bandera Real y los capitanes con dos banderas de la Cruz Verde, que llevaba el Almirante en todos los navios por seña con una F y una Y: encima de cada letra su corona, una de un cabo de la *(ilegible en el original)* y otra de otro. Puestos en tierra vieron árboles muy verdes yaguas muchas y frutas de diversas maneras. El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo Descovedo, Escribano de toda el armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dijo que le diesen por fe y testimonio como él por ante todos tomaba, como de hecho tomó, posesión de la dicha isla por el Rey e por la Reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requirían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hicieron por escrita. Luego se ayuntó allí mucha gente de la isla. Esto que se sigue son palabras formales del Almirante, en su libro de su primera navegación y descubrimiento de estas Indias. Yo (dice él) porque nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra Santa Fe con amor que no por fuerza; les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor con que hobieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navios adonde nos estábamos, nadando y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas, y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una farto moza, y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años: muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos, y muy buenas caras: los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de caballos, e cortos: los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos de tras que traen largos, que jamás cortan: dellos se pintan de prieto, y ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y dellos se pintan de blanco, y dellos de colorado, y dellos de lo que fallan, y dellos se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo, y dellos sólo los ojos, y dellos sólo el nariz. Ellos no traen armas ni las cognocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen algún fierro: sus azagayas son unas varas sin fierro, y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza, y buenos gestos, bien hechos; yo vide algunos que tenían señales de heridas en sus cuerpos, y les hice señas que era aquello, y ellos me amostraron como allí venían gente de otras islas que estaban acerca y les querían tomar, y se defendían; y yo creí, e creo, que aquí vienen de tierra firme a tomados por captivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía, y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo a nuestro Señor, llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a V. A. para que dependan hablar. Ninguna bestia de ninguna manera vide, salvo papagayos en esta isla. Todas son palabras del Almirante.

SÁBADO 13 DE OCTUBRE.

Luego que amaneció vinieron a la playa muchos destes hombres, todos mancebos, como dicho tengo, y todos de buena estatura, gente muy fermosa: los cabellos no crespos, salvo corredios y gruesos, como sedas de caballo, y todos de la frente y cabeza muy ancha más que otra generación que fasta aquí haya visto, y los ojos muy fermosos y no pequeños, y ellos ninguno prieto, salvo de la color de los canarios, ni se debe esperar otra cosa, pues está Lesteoueste con la isla del Hierro en Canaria so una línea. Las piernas muy derechas, todos a una mano, y no barriga, salvo muy bien hecha. Ellos vinieron a la nao con almadías, que son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy a maravilla según la tierra, y grandes en que en algunas venían 40 ó 45 hombres, y otras más pequeñas, fasta haber dellas en que venía un solo hombre. Remaban con una pala como de fornero, y anda a maravilla; y si se le trastorna luego se echan todos a nadar, y la enderezan y vacían con calabazas que traen ellos. Traían ovillas de algodón filado y papagayos, y azagayas, y otras casitas que sería tedio de escribir, y todo daban por cualquiera cosa que se los diese. Y

yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro, y vide que algunos dellos traían un pedazuelo colgado en un agujero que tienen a la nariz, y por señas pude entender que yendo al Sur o volviendo la isla por el Sur, que estaba allí un Rey que tenía grandes vasos dello, y tenía muy mucho. Trabajé que fuesen allá, y después vide que no entendían en la ida. Determiné de aguardar fasta mañana en la tarde, y después partir para el Sudueste, que según muchos dellos me enseñaron decían que había tierra al Sur y al Sudueste y al Norueste, y questas del Norueste les venían a combatir muchas veces, y así ir al Sudueste a buscar el oro y piedras preciosas. Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es placer de mirarla; y esta gente farto mansa, y por la gana de haber de nuestras cosas, y teniendo que no se les ha de dar sin que den algo y no lo tienen, toman lo que pueden y se echan luego a nadar; mas todo lo que tienen lo dan por cualquiera cosa que les den; que fasta los pedazos de las escudillas, y de las tazas de vidrio rotas rescataban, fasta que vi dar 16 ovillos de algodón por tres ceotís de Portugal, que es una blanca de Castilla, y en ellos habría más de una arroba de algodón filado. Esto defendiera y no dejara tomar a nadie, salvo que yo lo mandara tomar todo para V. A. si hubiera en cantidad. Aquí nace en esta isla, mas por el poco tiempo no pude dar así del todo fe, y también aquí nace el oro que traen colgado a la nariz; mas por no perder tiempo quiero ir a ver si puedo topár a la isla de Cipango. Agora como fue noche todos se fueron a tierra con sus almadías.

DOMINGO 14 DE OCTUBRE.

En amaneciendo mandé aderezar el batel de la nao y las barcas de las carabelas, y fue alluengo de la isla, en el camino del Nornordeste, para ver la otra parte, que era de la otra parte del Leste que había, y también para ver las poblaciones, y vide luego dos o tres y la gente, que venían todos a la playa llamándonos y dando gracias a Dios; los unos nos traían agua, otros otras cosas de comer; otros, cuando veían que yo no curaba de ir a tierra, se echaban a la mar nadando y venían, y entendíamos que nos preguntaban si éramos venidos del cielo; y vino uno viejo en el batel dentro, y otros a voces grandes llamaban todos hombres y mujeres: venid a ver los hombres que vinieron del cielo: traedles de comer y de beber. Vinieron muchos y muchas mujeres, cada uno con algo, dando gracias a Dios, echándose al suelo, y levantaban las manos al cielo, y después a voces nos llamaban que fuésemos a tierra: mas yo temía de ver una grande restinga de piedras que cerca toda aquella isla alrededor, y entre medias queda hondo y puerto para cuantas naos hay en toda la cristiandad, y la entrada dello muy angosta. Es verdad que dentro desta cinta hay algunas bajas, mas la mar no se mueve más que dentro en un pozo. Y para ver todo esto me moví esta mañana, porque supiese dar de todo relación a Vuestras Altezas, y también a donde pudiera hacer fortaleza, y vide un pedazo de tierra que se hace como isla, aunque po lo es, en que había seis casas, el cual se pudiera atajar en dos días por isla; aunque yo no veo ser necesario, porque esta gente es muy simplice en armas, como verán Vuestras Altezas de siete que yo hice tomar para le llevar y deprender nuestra fabla y volvellos, salvo que Vuestras Altezas cuando mandar en puédenlos todos llevar a Castilla, o tenellos en la misma isla captivos, porque con 50 hombres los terná todos sojuzgados, y les hará hacer todo lo que quisiere; y después junto con la dicha isleta están huertas de árboles las más hermosas que yo vi, e tan verdes y con sus hojas como las de Castilla en el mes de abril y de mayo, y mucha agua. Yo miré todo aquel puerto, y después me volví a la nao y di la vela, y vide tantas islas que yo no sabía determinarme a cual iría primero, y aquellos hombres que yo tenía tomado me decían por señas que eran tantas y tantas que no había número, y anobraron por su nombre más de 100. Por ende yo miré por la más grande, y aquella determiné andar, y así hago y será lejos desta de San Salvador, 5 leguas y las otras dellas más, dellas menos: todas son muy llanas, sin montañas y muy fértiles, y todas pobladas, y se hacen guerra la una a la otra, aunque éstos son muy simplices y muy lindos cuerpos de hombres.

TERCERA PARTE

LUNES 15 DE OCTUBRE.

Había temporejado esta noche con temor de no llegar a tierra a sorgir antes de la mañana por no saber si la costa era limpia de bajas, y en amaneciendo cargar velas. Y como la isla fuese más lejos de 5 leguas, antes será 7, y la marea me detuvo, sería mediodía cuando llegué a la

dicha isla, y fallé que aquella haz, ques de la parte de la isla de San Salvador, se corre Norte Sur, y hay en ella 5 leguas, y la otra que yo seguí se corria Leste Oueste, y hay en ella más de 10 leguas. Y como desta isla vide otra mayor al Oueste, cargué las velas por andar todo aquel día fasta la noche, porque aún no pudiera haber andado al cabo del Oueste, a la cual puse nombre la isla de Santa María de la Concepción, y cuasi al poner del sol sorgí acerca del dicho cabo por saber si había allí oro, porque estos que yo había hecho tomar en la isla de San Salvador me decían que ahí traían manillas de oro muy grandes a las piernas y a los brazos. Yo bien creí que todo lo que decían era burla para se fugir. Con todo, mi voluntad era de no pasar por ninguna isla de que no tomase posesión, puesto que tomado de una se puede decir de todas; y sorgí e estuve hasta hoy martes que en amaneciendo fui a tierra con las barcas armadas, y salí, y ellos que eran muchos así desnudos, y de la misma condición de la otra isla de San Salvador, nos dejaron ir por la isla y nos daban lo que les pedía. Y porque el viento cargaba a la travesía Sueste no me quise detener y partí para la nao, y una almadía grande estaba abordo de la carabela Niña, y uno de los hombres de la isla de San Salvador, que en ella era, se echó a la mar y se fue en ella, y la noche de antes a medio echado el otro (*espacio en blanco en el original*) y fue atrás la almadía, la cual fugió que jamás fue barca que le pudiese alcanzar, puesto que le teníamos grande avante. Con todo dio en tierra, y dejaron la almadía, y alguno de los de mi compañía salieron en tierra tras ellos, y todos fueron como gallinas, y la almadía que habían dejado la llevamos a bordo de la carabela Niña, adonde ya de otro cabo venía otra almadía pequeña con un hombre que venía a rescatar un ovillo de algodón, y se echaron algunos marineros a la mar porque él no quería entrar en la carabela, y le tomaron; y yo que estaba a la popa de la nao, que vide todo, envié por él, y le di un bonete colorado y unas cuentas de vidrio verdes pequeñas que le puse al brazo, y dos cascabeles que le puse a las orejas, y le mandé volver su almadía que también tenía en la barca, y le envié a tierra; y di luego la vela para ir a la otra isla grande que yo vía al Oueste, y mandé largar también la otra almadía que traía la carabela Niña por popa, y vide después en tierra al tiempo de la llegada del otro a quien yo había dado las cosas susodichas, y no le había querido tomar el ovillo de algodón puesto que me lo quería dar; y todos los otros se llegaron a él, y tenía a gran maravilla e bien le pareció que éramos buena gente, y que el otro que se había fugido nos había hecho algún daño y que por esto lo llevábamos, y a esta razón usé esto con él de le mandar alargar, y le di las dichas cosas porque nos tuviesen en esta estima, porque otra vez cuando Vuestras Altezas aquí tornen a enviar no hagan mala compañía; y todo lo que yo le di no valía 4 maravedís. Y así partí, que serían las diez horas, con el viento Sueste y tocaba de Sur para pasar a estotra isla, la cual es grandísima, y adonde todos estos hombres que yo traigo de la de San Salvador hacen señas que hay muy mucho oro, y que lo traen en los brazos en manillas, y a las piernas, y a las orejas, y al nariz, y al pescuezo. Y había de esta isla de Santa María a esta otra 9 leguas Leste Oueste, y se corre toda esta parte de la isla Norueste Sueste, y se parece que bien habría en esta costa más de 28 leguas en esta faz, y es muy llana sin montaña ninguna, así como aquellas de San Salvador y de Santa María y todas playas sin roquedos, salvo que a todas había algunas peñas acerca de tierra debajo del agua, por donde es menester abrir el ojo cuando se quiere surgir e no surgir mucho acerca de tierra, aunque las aguas son siempre muy claras y se ve el fondo. Y desviado de tierra dos tiros de lombarda hay en todas estas islas tanto fondo que no se puede llegar a él. Son estas islas muy verdes y fértiles, y de aires muy dulces, y puede haber muchas cosas que yo no sé, porque no me quiero detener por calar y andar muchas islas para fallar oro. Y pues éstas dan así estas señas que lo traen a los brazos y a las piernas, y es oro porque les amostré algunos pedazos del que yo tengo, no puedo errar con el ayuda de nuestro Señor que yo no le falle adonde nace. Y estando a medio golfo destas dos islas es de saber de aquella de Santa María y de esta grande, a la cual pongo nombre la Fernandina, fallé un hombre solo en una almadía que se pasaba de la isla de Santa María a la Fernandina, y traía un poco de su pan, que sería tanto como el puño, y una calabaza de agua, y un pedazo de tierra bermeja hecha en polvo y después amasada, y unas hojas secas que debe ser cosa muy apreciada entre ellos, porque ya me trujeron en San Salvador dellas en presente, y traía un cestillo a su guisa en que tenía un ramalejo de cuentecillas de vidrio y dos blancas, por las cuales conocí que venía de la isla de San Salvador, y había pasado a aquella de Santa María, y se pasaba a la Fernandina, el cual se llegó a la nao; yo le hice entrar, que así lo demandaba él, y le hice poner su almadía en la nao, y guardar todo lo que él traía; y le mandé dar de comer pan y miel, y de beber; y así le pasaré a la Fernandina, y le daré todo lo suyo, porque dé buenas nuevas de nos para a nuestro Señor aplaciendo, cuando Vuestras Altezas envíen acá, que aquellos que vinieren resciban honra, y nos den de todo lo que hobiere.

MARTES 16 DE OCTUBRE.

Partí de las islas de Santa María de la Concepción, que sería ya cerca del mediodía, para la isla Fernandina, la cual amuestra ser grandísima al Oeste, y navegué todo aquel día con calmería ; no pude llegar a tiempo de poder ver el fondo para surgir en limpio, porque es en esto mucho de haber gran diligencia por no perder las anclas; y así temporice toda esta noche hasta el día que vine a una población, adonde yo surgi, e adonde había venido aquel hombre que yo hallé ayer en aquella almadía a medio golfo, el cual había dado tantas buenas nuevas de nos que toda esta noche no faltó almadías abordo de la nao, que nos traían agua y de lo que tenían. Yo a cada uno le mandaba dar algo, es a saber algunas contecillas, 10 ó 12 dellas de vidrio en un filo, y algunas sonajas de latón destas que valen en Castilla un maravedí cada una, y algunas agujetas, de que todo tenían en grandísima excelencia, y también los mandaba dal para que comiesen cuando venían en la nao miel de azúcar; y después a horas de tercia envié al batel de la nao en tierra por agua, y ellos de muy buena gana le enseñaban a mi gente adonde estaba el agua, y ellos mismos traían los barriles llenos al batel, y se folgaban mucho de nos hacer placer. Esta isla es grandísima y tengo del terminado de la rodear, porque según puedo entender en ella, o cerca della, hay mina de oro. Esta isla está desviada de la de Santa María 8 leguas cuasi Leste Oeste; y este cabo adonde yo vine, y toda esta costa se corre Nornoruete y Sursuete, y vide bien 20 leguas de ella, mas ahí no acababa. Agora escribiendo esto di la vela con el viento Sur para pujar a rodear toda la isla, y trabajar hasta que halle *Samaot*, que es la isla o ciudad adonde es el oro, que así lo dicen todos estos que aquí vienen en la nao, y nos lo decían los de la isla de San Salvador y de Santa María. Esta gente es semejante a aquella de las dichas islas, y una fabla y unas costumbres, salvo questos ya me parecen algún tanto más doméstica gente, y de tracto, y más sotiles, porque veo que han traído algodón aquí a la nao y otras cositas que saben mejor refetar el pagamento que no hacían los otros; y aun en esta isla vide paños de algodón fecho s como mantillos, y la gente más dispuesta, y las mujeres traen por delante su cuerpo una cosita de algodón que escasamente les cobija su natura. Ella es isla muy verde y llana y fertilísima, y no pongo duda que todo el año siembran panizo y cogen, y así todas otras cosas; y vide muchos árboles muy disformes de los nuestros, y dellos muchos que tenían los ramos de muchas maneras y todo en un pie, y un ramito es de una manera y otro de otra, y tan disforme que es la mayor maravilla del mundo cuanta es la diversidad de la una manera a la otra, verbi gracia, un ramo tenía las fojas a manera de cañas y otro de manera de lentisco; y así en un solo árbol de cinco o seis de estas maneras; y todos tan diversos: ni éstos son enjeridos, porque se pueda decir que el enjerto lo hace, antes son por los montes, ni cura dellos esta gente. No le conozco secta ninguna, y creo que muy presto se tornarian cristianos, porque ellos son de muy buen entender. Aquí son los peces tan disformes de los nuestros que maravilla. Hay algunos hechos como gallos de los más finos colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todos colores, y otros pintados de mil maneras; y las colores son tan finos que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos. También hay ballenas: bestias en tierra no vide ninguna de ninguna mapera, salvo papagayos y lagartos; un mozo me dijo que vido una grande culebra. Ovejas ni cabras ni otra ninguna bestia vide; aunque yo he estado aquí muy poco, que es mediodía, mas si las hobiese no pudiera errar de ver alguna. El cerco desta isla escribiré después que yo la hobiere rodeado.

MIÉRCOLES 17 DE OCTUBRE.

A mediodía partí de la población adonde yo estaba surgido, y adonde tomé agua para ir rodear esta isla Fernandina, y el viento era Suduete y Sur; y como mi voluntad fuese de seguir esta costa desta isla adonde yo estaba al Sueste, porque así se corre toda Nornoruete y Sursuete, y quería llevar el dicho camino de Sur y Sueste, porque aquella parte todos estos indios que traigo y otro de quien hobe señas en esta parte del Sur a la isla a que ellos llaman *Samaot*, adonde es el oro; y Martín Alonso Pinzón, capitán de la carabela Pinta, en la cual yo mandé a tres de estos indios, vino a mi y me dijo que uno de ellos muy certficadamente le había dado a entender que por la parte del Nornoruete muy más presto arrodearía la isla. Yo vide que el viento no me ayudaba por el camino que yo quería llevar, y era bueno por el otro: di la vela al Nornoruete, y cuando fue acerca del cabo de la isla, a dos leguas, hallé un muy maravilloso puerto con una boca, aunque dos bocas se le puede decir, porque tiene un isleco en medio, y son ambas muy angostas, y dentro muy ancho para cien navíos si fuera fondo y limpio, y fondo al entrada: parecióme razón del ver bien y sondear, y así surgi fuera dél, y fui en él con todas las barcas de los navíos, y vimos que no había fondo. Y porque pensé cuando yo le

vi que era boca de algún río había mandado llevar barriles para tomar agua, y en tierra hallé unos ocho o diez hombres que luego vinieron a nos, y nos amostraron ahí cerca la población, adonde yo envié la gente por agua, una parte con armas otros con barriles, y así la tomaron; y porque era lejeluel me detuve por espacio de dos horas. En este tiempo anduve así por aquellos árboles, que era la cosa más fermosa de ver que otra que se haya visto; veyendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de mayo en el Andalucía, y los árboles todos están tan disformes de los nuestros como el día de la noche; y así las frutas, y así las yerbas y las piedras y todas las cosas. Verdad es que algunos árboles eran de la naturaleza de otros que hay en Castilla, por ende había muy gran diferencia, y los otros árboles de otras planeras eran tantos que no hay persona que lo pueda decir ni asemejar a otros de Castilla. La gente toda era una con los otros ya dichos, de las mismas condiciones, y así desnudos y de la misma estatura, y daban de lo que tenían por cualquier cosa que les diesen; y aquí vide que unos mozos de los navíos les trocaron azagayas por unos pedazuuelos de escudillas rotas y de vidrio, y los otros que fueron por el agua me dijeron como habían estado en sus casas, y que eran de dentro muy barridas y limpias, y sus camas y paramentos de cosas que son como redes de algodón: ellas las casas son todas a manera de alfaneques, y muy altas y buenas chimeneas; mas no vide entre muchas poblaciones que yo vide ninguna que pasase de 12 hasta 15 casas. Aquí fallaron que las mujeres casadas traían bragas de algodón, las mozas no, sino salvo algunas que eran ya de edad de 18 años. Y ahí había perros mastines y branchetes, y ahí fallaron uno que había al nariz un pedazo de oro que sería como la mitad de un castellano, en el cual vieron letras: reñi yo con ellos porque no se lo resgataron y dieron cuanto pedía, por ver qué era y cuya esta moneda era; y ellos me respondieron que nunca se lo osó resgatar. Después de tomada la agua volví a la nao, y di la vela, y salí al Norueste tanto que yo descubri toda aquella parte de la isla hasta la costa que se corre Leste Oweste, y después todos estos indios tornaron a decir que esta isla era más pequeña que no la isla *Samoet*, y que sería bien volver atrás por ser en ella más presto. El viento allí luego más calmó y comenzó aventar Ouesnorueste, el cual era contrario para donde habíamos venido, y así tomé la vuelta y navegué toda esta noche pasada al Lestesueste, y cuando al Leste todo y cuando al Sueste; y esto para apartarme de la tierra porque hacía muy gran cerrazón y el tiempo muy cargado: él era poco y no me dejó llegar a tierra a surgir. Así que esta noche llovió muy fuerte después de media noche hasta quasi el día, y aún está nublado para llover; y nos al cabo de la isla de la parte del Sueste adonde espero surgir fasta que aclarezca para ver las otras islas adonde tengo de ir; y así todos estos días después que en estas Indias estoy ha llovido poco o mucho. Crean Vuestras Altezas que es esta tierra la mejor e más fértil, y temperada, y llana, y buena que haya en el mundo.

JUEVES 18 DE OCTUBRE.

Después que aclaració seguí el viento, y fui en derredor de la isla cuanto pude, y surgi al tiempo que ya no era de navegar; mas no fui en tierra, y en amaneciendo di la vela.

VIERNES 19 DE OCTUBRE.

En amaneciendo levanté las anclas y envié la carabela Pinta al Leste y Sueste y la carabela Niña al Sursueste, y yo con la nao fui al Sueste, y dado orden que llevasen aquella vuelta fasta mediodía, y después que ambas se mudasen las derrotas y se recogieran para mí; y luego antes que andásemos tres horas vimos una isla al Leste, sobre la cual descargamos, y llegamos a ella todos tres navios antes de mediodía a la punta del Norte, adonde hace un isleo y una restinga de piedra fuera de él al Norte, y otro entre él y la isla grande; la cual anombraron estos hombres de San Salvador, que yo traigo, la isla *Saomete*, a la cual puse nombre la Isabela. El viento era Norte, y quedaba el dicho isleo en derrota de la isla Fernandina, de adonde yo había partido Leste Oweste, y se corría después la costa desde el isleo al Oweste, y había en ella 12 leguas fasta un cabo, a quien yo llamé el Cabo Hermoso, que es de la parte del Oweste; y así es fermoso, redondo y muy fondo, sin bajas fuera de él, y al comienzo es de piedra y bajo, y más adentro es playa de arena como quasi la dicha costa es, y ahí surgi esta noche viernes hasta la mañana, Esta costa toda, y la parte de la isla que yo vi, es toda quasi playa, y la isla más fermosa cosa que yo vi; que si las otras son muy hermosas, ésta es más: es de muchos árboles y muy verdes, y muy grandes; y esta tierra es más alta que las otras islas falladas, y en ella algún altillo, no que se le pueda llamar montaña, mas cosa que afermosea lo otro, y parece de muchas aguas allá al medio de la isla; de esta parte al Nordeste hace una grande angla, y ha muchos arboledos, y muy espesos y muy grandes. Yo quise ir a surgir en ella para salir a tierra,

y ver tanta fermosura; mas era el fondo bajo y no podía surgir salvo largo de tierra, y el viento era muy bueno para venir a este cabo, adonde yo surgi agora, al cual puse nombre Cabo Fermoso, porque así lo es; y así no surgi en aquella angla, y aún porque vide este cabo de allá tan verde y tan fermoso, así como todas las otras cosas y tierras destas islas que yo no sé adonde me vaya primero, ni me sé cansar los ojos de ver tan fermosas verduras y tan diversas de las nuestras, y aún creo que ha en ellas muchas yerbas y muchos árboles, que valen mucho en España para tinturas y para medicinas de especería, mas yo no los cogozco, de que llevo grande pena. Y llegando yo aquí a este cabo vino el olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra que era la cosa más dulce del mundo. De mañana antes que yo de aquí vaya iré en tierra a ver que es aquí en el cabo; no es la población salvo allá más adentro adonde dicen estos hombres que yo traigo, que está el Rey y que trae mucho oro; y yo de mañana quiero ir tanto avante que halle la población, y vea o haya lengua con este Rey, que según estos dan las señas él señorea todas estas islas comarcanas, y va vestido, y trae sobre sí mucho oro; aunque no doy mucha fe a sus dichos, así por no los entender yo bien, como en cognoscer quellos son tan pobres de oro que cualquiera poco que este Rey traiga les parece a ellos mucho. Éste a quien yo digo Cabo Fermoso creo que es isla apartada de *Saometo*, y aún hay ya otra entremedias pequeña: yo no curo así de ver tanto por menudo, porque no lo podía facer en cincuenta años, porque quiero ver y descubrir lo más que yo pudiere para volver a Vuestras Altezas, a nuestro Señor aplaciendo, en abril. Verdad es que fallando adonde haya oro o especería en cantidad me deterné fasta que yo haya dello cuanto pudiere; y por esto no fago sino andar para ver de topar en ello.

SÁBADO 20 DE OCTUBRE.

Hoy al sol salido levanté las anclas de donde yo estaba con la nao surgido en esta isla de *Saometo* al cabo del Sudueste, adonde yo puse nombre el Cabo de la Laguna y a la isla la Isabela, para navegar al Nordeste y al Leste de la parte del Sueste y Sur, adonde entendí de estos hombres que yo traigo que era la población y el Rey de ella; y fallé todo tan bajo el fondo que no pude entrar ni navegar a ello, y vide que siguiendo el camino del Sudueste era muy gran rodeo, y por esto determiné de me volver por el camino que yo había traído del Normordeste de la parte del Oeste, y rodear esta isla para (*espacio en blanco en el original*) el viento me fue tan escaso que yo no nunca pude haber la tierra al longo de la costa salvo en la noche; y por ques peligro surgir en estas islas, salvo en el día que se vea con el ojo adonde se echa el apela, porque es todo manchas, una de limpio y otra de non, yo me puse a temporejar a la vela toda esta noche del domingo. Las carabelas surgieron porque se hallaron en tierra temprano, y pensaron que a sus señas, que eran costumbradas de hacer, iría a surgir; mas no quise.

DOMINGO 21 DE OCTUBRE.

A las diez horas llegué aquí a este cabo del isleo, y surgi y asimismo las carabelas; y después de haber comido fui en tierra, adonde aquí no había otra población que una casa, en la cual no fallé a nadie que creo que con temor se habían fugido porque en ella estaban todos sus aderezos de casa. Yo no les dejé tocar nada, salvo que me salí con estos capitanes y gente a ver la isla; que si las otras ya vistas son muy fermosas y verdes y fértiles, ésta es mucho más y de grandes arboledos y muy verdes. Aquí es unas grandes lagunas, y sobre ellas y a la rueda es el arboledo en maravilla, y aquí y en toda la isla son todos verdes y las yerbas como en el abril en el Andalucía; y el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca se querria partir de aquí, y las manadas de los papagayos que ascorecen el sol; y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras que es maravilla; y después ha árboles de mil maneras, y todos de su manera fruto, y todos huelen que es maravilla, que yo estoy el más penado del mundo de no los cognoscer, porque soy bien cierto que todos son cosa de valía, y de ellos traigo la demuestra, y asimismo de las yerbas. Andando así en cerco de una destas lagunas vide una sierpe, la cual matamos y traigo el cuero a Vuestras Altezas. Ella como nos vido se echó en la laguna, y nos le seguimos dentro, porque no era muy fonda, fasta que con lanzas la matamos; es de 7 palmos en largo; creo que destas semejantes hay aquí en esta laguna muchas. Aquí cognoscí del lináloe, y mañana he determinado de hacer traer a la nao 10 quintales, porque me dicen que vale mucho. También andando en busca de muy buena agua fuimos a una población aquí cerca, adonde estoy surto media legua; y la gente della como nos sintieron dieron todos a fugir, y dejaron las casas, y escondieron su ropa y lo que tenían por el monte; yo no dejé tomar nada ni la valía de un alfiler. Después se llegaron a nos unos hombres dellos, y uno se llegó del

todo aquí: yo di unos cascabeles y unas cuentecillas de vidrio, y quedó muy contento y muy alegre, y porque la amistad creciese más y los requiriese algo le hice pedir agua, y ellos después que fui en la nao vinieron luego a la playa con sus calabazas llenas y folgaron mucho de darnosla, y yo les mandé dar otro ramalejo de cuentecillas de vidrio, y dijeron que de mañana vernían acá. Yo quería hinchar aquí. toda la vasija de los navios de agua; por ende si el tiempo me da lugar luego me partiré a rodear esta isla fasta que yo haya lengua con este Rey, y ver si puedo haber dél el oro que oyo que trae, y después partir para otra isla grande mucho, que creo que debe ser Cipango, según las señas que me dan estos indios que yo traigo, a la cual ellos llaman *Colba*, en la cual dicen que ha naos y mareantes muchos y muy grandes, y de esta isla otra que llaman *Bosio* que también dicen ques muy grande, y a las otras que son entremedio veré asi de pasada, y según yo fallare recaudo de oro o especería determinaré lo que he de hacer. Mas todavía tengo determinado de ir a la tierra firme y a la ciudad de Guisay, y dar las cartas de Vuestras Altezas al *Gran Can*, y pedir respuesta y venir con ella.

CUARTA PARTE

LUNES 22 DE OCTUBRE.

Toda esta noche y hoy estuve aquí aguardando si el Rey de aquí o otras personas traerían oro o otra cosa de sustancia, y vinieron muchos de esta gente, semejantes a los otros de las otras islas, así desnudos y así pintados dellos de blanco, dellos de colorado, dellos de prieto, y así de muchas maneras. Traían azagayas y algunos ovillos de algodón a resgatar, el cual trocaban aquí con algunos marineros por pedazos de vidrio, de tazas quebradas, y por pedazos de escudillas de barro. Algunos dellos traían algunos pedazos de oro colgado al nariz, el cual de buena gana daban por un cascabel destos de pie de gavilano y por cuentecillas de vidrio: mas es tan poco, que no es nada: que es verdad que cualquiera poca cosa que se les dé ellos también tenían a gran maravilla nuestra venida, y creían que éramos venidos del cielo. Tomamos agua para los navios en una laguna que aquí está cerca del Cabo del isleo, que así la nombré; y en la dicha laguna Martín Alonso Pinzón, capitán de la Pinta, mató otra sierpe tal como la otra de ayer de 7 palmos, y fice tomar aquí del lináloe cuanto se falló.

MARTES 23 DE OCTUBRE.

Quisiera hoy partir para la isla de Cuba, que creo que debe ser Cipango, según las señas que dan esta gente de la grandeza della y riqueza, y no me deterné más aquí ni (*espacio en blanco en el original*) esta isla alrededor para ir a la población, como tenía determinado, para haber lengua con este Rey o Señor, que es por no me detener mucho, pues veo que aquí no hay mina de oro, y al rodear de estas islas ha menester muchas maneras de viento, y no vienta así como los hombres querrian. Y pues es de andar adonde haya trato grande, digo que no es razón de se detener salvo ir a camino, y calar mucha tierra fasta topar en tierra muy provechosa, aunque mi entender es questa sea muy provechosa de especería; mas que yo no la cogozco que llevo la mayor pena del mundo, que veo mil maneras de árboles que tienen cada uno su manera de fruta, y verde agora como en España en el mes de mayo y junio, y mil maneras de yerbas, eso mesmo con flores, y de todo no se cognosció salvo este lináloe de que hoy mandé también traer a la nao mucho para llevar a Vuestras Altezas. Y no he dado ni doy la vela para Cuba, porque no hay viento, salvo calma muerta y llueve mucho; y llovió ayer mucho sin hacer ningún frío, antes el día hace calor, y las noches temperadas como en mayo en España en el Andalucía.

MIÉRCOLES 24 DE OCTUBRE.

Esta noche a media noche levanté las anclas de la isla Isabela del Cabo del isleo, ques de la parte del Norte a donde yo estaba posado para ir a la isla de Cuba, a donde oí desta gente que era muy grande y de gran trato, y había en ella oro y especerías y naos grandes y mercaderes; y me amostró que al Ouesudueste iría a ella, y yo así lo tengo, porque creo que si es así como por señas que me hicieron todos los indios de estas islas y aquellos que llevo yo en los navios, porque por lengua no los entiendo, es la isla de Cipango de que se cuentan cosas maravillosas, y en las esferas que yo vi y en las pinturas de mapamundos es ella en esta comarca, y así navegué hasta el día al Ouesudueste, y amaneciendo calmó el viento y llovió, y así casi toda la

noche; y estuve así con poco viento fasta que pasaba de mediodía y entonces tornó a ventar muy amoroso, y llevaba todas mis velas de la nao, maestra, y dos bonetas, y trippquete, y cebadera, y mezana, y vela de gavia, y el batel por popa; así anduve al camino fasta que anocheció y entonces me quedaba el Cabo Verde de la isla Fernandina, el cual es de la parte de Sur a la parte de Oeste, me quedaba al Norueste, y hacía de mí a él 7 leguas. Y porque ventaba ya recio y no sabía yo cuánto camino hobiese fasta la dicha isla de Cuba, y por no la ir a demandar de noche, porque todas estas islas son muy fondas a no hallar fondo todo en derredor, salvo a tiro de dos lombardas, y esto es todo manchado un pedazo de coquedo y otro de arena, y por esto no se puede seguramente surgir salvo a vista de ojo, y por tanto acordé de amainar las velas todas, salvo el trinquete, y andar con él, y de a un rato crecía mucho el viento y hacía mucho camino de que dudaba, y era muy gran cerrazón, y llovía: mandé amainar el trinquete y no anduvimos esta noche dos leguas

JUEVES 25 DE OCTUBRE.

Navegó después del sol salido al Oeste Sudueste hasta las nueve horas, andarian 5 leguas: después mudó el camino al Oeste: andaban 8 millas por hora hasta la una después de mediodía, y de allí hasta las tres, y andarian 44 millas. Entonces vieron tierra, y eran 7 a 8 islas, en luengo todas de Norte a Sur: distaban de ellas 5 leguas.

VIERNES 26 DE OCTUBRE.

Estuvo de las dichas islas de la parte Sur, era todo bajo cinco o seis leguas, surgió por allí. Dijeron los indios que llevaba que había dellas a Cuba andadura de día y medio con sus almadias, que son navetas de un madero adonde no llevan vela. Estas son las canoas. Partió de allí para Cuba, porque por las señas que los indios le daban de la grandeza y del oro y perlas della pensaba que era ella, conviene a saber Cipango.

SÁBADO 27 DE OCTUBRE.

Levantó las anclas salido el sol de aquellas islas, que llamó las islas de Arena por el poco fondo que tenían de la parte del Sur hasta 6 leguas. Anduvo 8 millas por hora hasta la una del día al Sursudueste, y habrían andado 40 millas, y hasta la noche andarian 28 millas al mesmo camino, y antes de noche vieron tierra. Estuvieron la noche al reparo con mucha lluvia que llovió. Anduvieron el sábado fasta el poner del sol 17 leguas al Sursudueste.

DOMINGO 28 DE OCTUBRE.

Fue de allí en demanda de la isla de Cuba al Sursudueste, a la tierra della más cercana, y entró en un río muy hermoso y muy sin peligro de bajas ni otros inconvenientes, y toda la costa que anduvo por allí era muy hondo y muy limpio fasta tierra: tenía la boca del río 12 brazas, y es bien ancha para barloventear; surgió dentro, dizque a tiro de lombarda. Dice el Almirante que nunca tan hermosa cosa vida, lleno de árboles todo cercado el río, fermosos y verdes y diversos de los nuestros, con flores y con su fruto, cada uno de su manera. Aves muchas y pajaritos que cantaban muy dulcemente: había gran cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea y de las nuestras; de una estatura mediana y los pies sin aquella camisa, y las hojas muy grandes, con las cuales cobijan las casas; la tierra muy llana: saltó el Almirante en la barca y fue a tierra, y llegó a dos casas que creyó ser de pescadores y que con temor se huyeron, en una de las cuales halló un perro que nunca ladró, y en ambas casas halló redes de hilo de palma y cordeles, y anzuelo de cuerno, y figas de hueso y otros aparejos de pescar, y muchos huegas dentro, y creyó que en cada una casa se juntan muchas personas: mandó que no se tocase en cosa de todo ello, y así se hizo. La yerba era grande como en el Andalucía por abril y mayo. Halló verdolagas muchas y bledos. Tornóse a la barca y anduvo por el río arriba un buen rato, y dizque era gran placer ver aquellas verduras y arboledas, y de las aves que no podía dejallas para se volver. Dice que es aquella isla la más hermosa que ojos hayan visto, llena de muy buenos puertos y ríos hondos, y la mar que parecía que nunca se debía de alzar porque la yerba de la playa llegaba hasta cuasi el agua, la cual no suele llegar donde la mar es brava: hasta entonces no había experimentado en todas aquellas islas que la mar fuese brava. La isla, dice, que es llena de montañas muy hermosas, aunque no son muy grandes en longura salvo altas, y toda la otra tierra es alta de la manera de Sicilia: llena es de muchas aguas,

según pudo entender de los indios que consigo lleva, que tomó en la isla de Guanahani, los cuales le dicen por señas que hay 10 ríos grandes, y que con sus canoas no la pueden cercar en veinte días. Cuando iba a tierra con los navíos salieron dos almadias o canoas, y como vieron que los marineros entraban en la barca y remaban para ir a ver el fondo del río para saber dónde habían de surgir, huyeron las canoas. Decían los indios que en aquella isla había minas de oro y perlas, y vido el Almirante lugar apto para ellas y almejas, que señal dellas, y entendía el Almirante que allí venían naos del *Gran Can*, y grandes, y que de allí a tierra firme había jornada de diez días. Llamó el Almirante aquel río y puerto de San Salvador.

LUNES 29 DE OCTUBRE.

Alzó las anclas de aquel puerto y navegó al Poniente para ir dizque a la ciudad donde le parecía que le decían los indios que estaba aquel Rey. Una punta de la isla le salía a Norueste seis leguas de allí, otra punta le salía al Leste 10 leguas: andada otra legua vido un río, no de tan grande entrada, al cual puso nombre el río de la Luna: anduvo hasta hora de visperas. Vido otro río muy más grande que los otros, y así se lo dijeron por señas los indios, y cerca de él vido buenas poblaciones de casas: llamó al río el río de Mares. Envió dos barcas a una población por haber lengua, y a una dellas un indio de los que traía porque ya los entendían algo y mostraban estar contentos con los cristianos, de las cuales todos los hombres y mujeres y criaturas huyeron, desamparando las casas con todo lo que tenían, y mandó el Almirante que no se tocara en cosa. Las casas dizque eran ya más hermosas que las que habían visto, y creía que cuanto más se allegase a la tierra firme serían mejores. Eran hechas a manera de alfaneques, muy grandes, y parecían tiendas en real sin concierto de calles, sino una acá y otra acullá, y de dentro muy barridas y limpias, y sus aderezos muy compuestos. Todas son de ramas de palmas muy hermosas. Hallaron muchas estatuas en figura de mujeres, y muchas cabezas en manera de caratona muy bien labradas. No sé si esto tienen por hermosura o adoran en ellas. Había perros que jamás ladraron: había avecitas salvajes mansas por sus casas: había maravillosos aderezos de redes y anzuelos y artificios de pescar; no le tocaron en cosa dello. Creyó que todos los de la costa debían de ser pescadores que llevan el pescado la tierra dentro, porque aquella isla es muy grande, y tan hermosa que no se hartaba de decir bien della. Dice que halló árboles y frutas de muy maravilloso sabor; y dice que debe haber vacas en ella y otros ganados, porque vido cabezas en hueso que le parecieron de vaca. Aves y pajaritos y el cantar de los grillos en toda la noche con que se holgaban todos: los aires sabrosos y dulces de toda la noche ni frío ni caliente. Mas por el camino de las otras islas en aquellas dizque hacía gran calor y allí no, salvo templado como en mayo; atribuye el calor de las otras islas por ser muy llanas y por el viento que traían hasta allí ser Levante y por eso cálido. El agua de aquellos ríos era salada a la boca: no supieron de dónde bebían los indios aunque tenían en sus casas agua dulce. En este río podían los navíos voltejar para entrar y para salir, y tienen muy buenas señas o marcas: tienen siete u ocho brazas de fondo a la boca y dentro cinco. Toda aquella mar dice que le parece que debe ser siempre mansa como el río de Sevilla, y el agua aparejada para criar perlas. Halló caracoles grandes, sin sabor, no como los de España. Señala la disposición del río y del puerto que arriba dijo y nombró San Salvador, que tiene sus montañas hermosas y altas como la Peña de los enamorados, y una dellas tiene encima otro montecillo a manera de una hermosa mezquita. Este otro río y puerto, en que agora estaba, tiene de la parte del Sueste dos montañas así redondas y de la parte del Oeste Norueste un hermoso cabo llano que sale fuera.

MARTES 30 DE OCTUBRE.

Salió del río de Mares al Norueste, y vido cabo lleno de palmas y púsole Cabo de Palmas, después de haber andado 15 leguas. Los indios que iban en la carabela Pinta dijeron que detrás de aquel cabo había un río y del río a Cuba había cuatro jornadas, y dijo el capitán de la Pinta que entendía que esta Cuba era ciudad, y que aquella tierra era tierra firme muy grande, que va mucho al Norte, y que el Rey de aquella tierra tenía guerra con el *Gran Can*, al cual ellos llamaban *Camí*, y a su tierra o ciudad *Fava*, y otros muchos nombres. Determinó el Almirante de llegar a aquel río y enviar un presente al Rey de la tierra y enviarle la carta de los Reyes, y para ella tenía un marinero que había andado en Guinea en lo mismo, y ciertos indios de Guanahani que querían ir con él, con que después los tornasen a su tierra. Al parecer del Almirante distaba de la línea equinocial 42 grados hacia la banda del Norte, si no está corrupta la letra de donde trasladé esto, y dice que había de trabajar de ir al *Gran Can*, que pensaba que

estaba por allí o a la ciudad de *Cathay* que del *Gran Can*, que dizque es muy grande, según le fue dicho antes que partiese de España. Toda aquesta tierra dice ser baja y hermosa y fonda la mar.

MIÉRCOLES 31 DE OCTUBRE.

Toda la noche martes anduvo barloventeando, y vida un río donde no pudo entrar por ser baja la entrada, y pensaron los indios que pudieran entrar los navíos como entraban sus canoas, y navegando adelante halló un cabo que salía muy fuera, y cercado de bajos, y vida una concha o bahía donde podían estar navíos pequeños, y no lo pudo encavalgal porquel viento se había tirado del todo al Norte, y toda la costa se corría al Nornorueste y Sueste, y otro cabo que vida adelante le salía más afuera. Por esto y porquel cielo mostraba de ven tal recio se hoba de tornar al río de Mares.

JUEVES 1° DE NOVIEMBRE.

En saliendo el sol envió el Almirante las barcas a tierra a las casas que allí estaban, y hallaron que era toda la gente huida, y desde a buen rato pareció un hombre, y mandó el Almirante que lo dejasen asegurar, y volviéronse las barcas, y después de comer tornó a enviar a tierra uno de los indios que llevaba, el cual desde lejos les dio voces diciendo que no hobiesen miedo porque era buena gente, y no hacían mal a nadie, ni eran del *Gran Can*, antes daban de lo suyo en muchas islas que habían estado, y echóse a nadar el indio y fue a tierra, y dos de los de allí lo tomaron de brazos y lleváronlo a una casa donde se informaron dél. Y como fueron ciertos que no se les había de hacer mal, se aseguraron y vinieron luego a los navíos más de 16 almadias o canoas con algodón hilado y otras casillas suyas, de las cuales mandó el Almirante que no se tomase nada, porque supiesen que no buscaba el Almirante salvo oro a que ellos llaman *nucay*; y así en todo el día anduvieron y vinieron de tierra a los navíos, y fueron de los cristianos a tierra muy seguramente. El Almirante no vido a alguno dellos oro, pero dice el Almirante que vido a uno dellos un pedazo de plata labrado colgado a la nariz, que tuvo por señal que en la tierra había plata. Dijeron por señas que antes de tres días vernían muchos mercaderes de la tierra dentro a comprar de las cosas que allí llevan los cristianos, y darían nuevas del Rey de aquella tierra, el cual según se pudo entender por las señas que daban questaba de allí cuatro jornadas, porque ellos habían enviado muchos por toda la tierra a le hacer saber del Almirante. Esta gente, dice el Almirante, es de la misma calidad y costumbre de los otros hallados, sin ninguna secta que yo conozca, que fasta hoy aquestos que traigo no he visto hacer ninguno oración, antes dicen la *Salve* y el *Ave María*, con las manos al cielo como le amuestran, y hacen la señal de la cruz. Toda la lengua también es una y todos amigos, y creo que sean todas estas islas y que tengan guerra con el *Gran Can*, a que ellos llaman *Cavila* y a la provincia *Bafan*, así andan también desnudos como los otros. Esto dice el Almirante. El río, dice, que es muy hondo, y en la boca pueden llegar los navíos con el bordo hasta tierra: no llega el agua dulce a la boca con una legua, y es muy dulce. Y es cierto, dice el Almirante questa es la tierra firme, y que estoy, dice él, ante *Zayto* y *Guinsay*, 100 leguas poco más o poco menos lejos de lo uno y de lo otro, y bien se amuestra por la mar que viene de otra suerte que fasta aquí no ha venido, y ayer que iba al Norueste fallé que hacia frío.

VIERNES 2 DE NOVIEMBRE.

Acordó el Almirante enviar dos hombres españoles: el uno se llamaba Rodrigo de Jerez, que vivía en Ayamonte, y el otro era un Luis de Torres que había vivido con el Adelantado de Murcia, y había sido judío, y sabía dizque hebraico y caldeo y aun algo arábigo, y con estos envió dos indios, uno de los que consigo traía de Guanahani, y el otro de aquellas casas que en el río estaban poblados. Dioles sartas de cuentas para comprar de comer si los faltase, y seis días de término para que volbiesen. Dioles muestras de especería para ver si alguna della topasen. Dioles instrucción de cómo habían de preguntar por el Rey de aquella tierra, y lo que le habían de hablar de partes de los Reyes de Castilla, cómo enviaban al Almirante para que les diese de su parte sus cartas, y un presente, y para saber de su estado y cobrar amistad con él y favorecelle en lo que hobiese dellos menester, y que supiesen de ciertas provincias, y puertos y ríos de que el Almirante tenía noticia, y cuánto distaban de allí. Aquí tomó el Almirante el altura con un cuadrante esta noche, y halló que estaba 42 grados de la línea equipodal, y dice

que por su cuenta halló que había andado desde la isla de Hierro 1.142 leguas, y todavía afirma que aquella es tierra firme.

SABADO 3 DE NOVIEMBRE.

En la mañana entró en la barca el Almirante, y porque hace el río en la boca un gran lago, el cual hace un singularísimo puerto muy hondo y limpio de piedras, muy buena playa para poner navíos a monte y mucha leña, entró por el río arriba hasta llegar al agua dulce, que sería cerca de dos leguas, y subió en un montecillo por descubrir algo de la tierra, y no pudo ver nada por las grandes arboledas, las cuales eran muy frescas, odoríferas, por lo cual dice no tener duda que no haya yerbas aromáticas. Dice que todo era tan hermoso lo que vía, que no podía cansar los ojos de ver tanta lindeza, y los cantos de las aves y pajaritos. Vinieron en aquel día muchas almadias o canoas a los navíos a resgatar cosas de algodón, filado y redes en que dormían, que son hamacas.

DOMINGO 4 DE NOVIEMBRE.

Luego en amaneciendo entró el Almirante en la barca y salió a tierra a cazar de las aves que el día antes había visto. Después de vuelto vino a él Martín Alonso Pinzón con dos pedazos de canela, y dijo que un portugués que tenía en su navío había visto a un indio que traía dos manojos della muy grandes; pero que no se la osó resgatar por la pena que el Almirante tenía puesta que nadie resgatase. Decía más, que aquel indio traía unas cosas bermejas como nueces. El Contramaestre de la Pinta dijo que había hallado árboles de canela. Fue el Almirante luego allá y halló que no eran. Mostró el Almirante a unos indios de allí canela y pimienta, parece que de la que llevaba de Castilla para muestra, y conociéronla dizque, y dijeron por señas que cerca de allí había mucho de aquello al camino del Sueste. Mostróles oro y perlas, y respondieron ciertos viejos que en un lugar que llamaron *Bohio* había infinito, y que lo traían al cuello y a las orejas, y a los brazos, y a las piernas, y también perlas. Entendió más que decían que había naos grandes y mercaderías, y todo esto era al Sueste. Entendió también que lejos de allí había hombres de un ojo, y otros con hocicos de perros, que comían los hombres, y que en tomando uno lo degollaban y le bebían su sangre, y le cortaban su natura. Determinó de volver a la nao el Almirante a esperar los dos hombres que había enviado para determinar de partirse a buscar aquellas tierras, sino trujesen aquellos alguna buena nueva de lo que deseaban. Dice más el Almirante: esta gente es muy mansa y muy temerosa, desnuda como dicho tengo, sin armas y sin ley. Estas tierras son muy fértiles: ellos las tienen llenas de mames, que son como zanahorias, que tienen sabor de castañas, y tienen faxones y fabas muy diversas de las nuestras, y mucho algodón, el cual no siembran y nace por los montes, árboles grandes, y creo que en todo tiempo lo haya para coger porque vi los cogujos abiertos, y otros que se abrían y flores todo en un árbol, y otras mil maneras de frutas que me no es posible escribir, y todo debe ser cosa provechosa. Todo esto dice el Almirante.

LUNES 5 DE NOVIEMBRE.

En amaneciendo mandó poner la nao a monte y los otros navíos, pero no todos juntos, sino que quedasen siempre dos en el lugar donde estaban por la seguridad, aunque dice que aquella gente era muy segura y sin temor se pudieran poner todos los navíos juntos en monte. Estando así vino el contramaestre de la Niña a pedir albricias al Almirante porque había hallado almáciga, mas no traía la muestra porque se le había caído. Prometióselas el Almirante, y envió a Rodrigo Sánchez, y a Maestre Diego a los árboles, y trujeron un poco della, la cual guardó para llevar a los Reyes, y también del árbol; y dice que se cognoscó que era almáciga, aunque se ha de coger a sus tiempos, y que había en aquella comarca para sacar 1.000 quintales cada año. Halló dizque allí mucho de aquel palo que le pareció lináloe. Dice más, que aquel puerto de Mares es de los mejores del mundo y mejores aires y más mansa gente, y porque tiene un cabo de Peña Altillio se puede hacer una fortaleza, para que si aquello saliese rico y cosa grande estarían allí los mercaderes seguros de cualquiera otras naciones; y dice: nuestro Señor, en cuyas manos están todas las victorias, aderezca todo lo que fuere su servicio. Dizque dijo un indio por señas que el almáciga era buena para cuando les dolía el estómago.

QUINTA PARTE

MARTES 6 DE NOVIEMBRE.

Ayer en la noche, dice el Almirante, vinieron los dos hombres que había enviado a ver la tierra dentro, y le dijeron cómo habían andado 12 leguas que había hasta una población de 50 casas, donde dizque había 1.000 vecinos porque viven muchos en una casa. Estas casas son de manera de alfanques grandisimos. Dijeron que los habían rescebido con gran solemnidad según su costumbre, y todos así hombres como mujeres los venían a ver, y aposentáronlos en las mejores casas; los cuales los tocaban y les besaban las manos y los pies, maravillándose y creyendo que venían del cielo, y así se lo daban a entender. Dábanles de comer de lo que tenían. Dijeron que en llegando los llevaron de brazos los más honrados del pueblo a la casa principal, y diéronles dos sillas en que se asentaron, y ellos y todos se asentaron en el suelo en derredor de ellos. El indio que con ellos iba les notificó la manera de vivir de los cristianos, y cómo eran buena gente. Después saliéronse los hombres y entraron las mujeres y sentáronse de la misma manera en derredor dellos besándoles las manos y los pies atentádoles si eran de carne y de hueso como ellos. Rogábanles que se estuviesen allí con ellos al menos por cinco días. Mostraron la canela y pimienta y otras especias que el Almirante les había dado, y dijéronles por señas que mucha della había cerca de allí al Sueste; pero que en allí no sabían si la había. Visto como no tenían recaudo de ciudades se volvieron, y que si quisieran dar lugar a los que con ellos se querían venir, que más de 500 hombres y mujeres vinieran con ellos, porque pensaban que se volvían al cielo. Vino empero con ellos un principal del pueblo y un su hijo y un hombre suyo; habló con ellos el Almirante, hizoles mucha honra, señalóle muchas tierras e islas que había en aquellas partes, pensó de traerlos a los Reyes, y dizque no supo que se le antojó, parece que de miedo y de noche oscuro quisose ir a tierra; y el Almirante dizque porque tenía la nao en seco en tierra, no le queriendo enojar, le dejó ir diciendo que en amaneciendo tornaría, el cual nunca tornó. Hallaron los dos cristianos por el camino mucha gente que atravesaba a sus pueblos, mujeres y hombres con un tizón en la mano, yerbas para tomar sus sahumeros que acostumbraban: no hallaron población por el camino de más de cinco casas, y todos les hacían el mismo acatamiento. Vieron muchas maneras de árboles e yerbas y flores odoríferas. Vieron aves de muchas maneras diversas de las de España, salvo perdices y ruiseñores que cantaban, y ánsares, y desto hay allí harto: bestias de cuatro pies no vieron, salvo perros que no ladraban. La tierra muy fértil y muy labrada de aquellos mames y fexoes y habas muy diversas de las nuestras, eso mismo panizo y mucha cantidad de algodón cogido y filado y obrado, y que en una sola casa habían visto más de 500 arrobas, y que se pudiera haber allí cada año 4.000 quintales. Dice el Almirante que le parecía que no lo sembraban y que da fruto todo el año: es muy fino, tiene el capillo muy grande: todo lo que aquella gente tenía dizque daba por muy vil precio, y que una gran espuerta de algodón daba por cabo de agujeta o otra cosa que le dé. Son gente, dice el Almirante, muy sin mal ni de guerra: desnudos todos hombres y mujeres como sus madres los parió. Verdad es que las mujeres traen una cosa de algodón solamente tan grande que le covija su natura y no más, son ellas de muy buen acatamiento, ni muy negras, salvo menos que canarias. Tengo por dicho, serenísimos Príncipes (dice el Almirante), que sabiendo la lengua dispuesta suya personas devotas religiosas, que luego todos se tornarían cristianos; y así espero en nuestro Señor que Vuestras Altezas se determinarán a ello con mucha diligencia para tornar a la Iglesia tan grandes pueblos, y los convertirán, así como han destruido aquellos que no quisieron confesar el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo; y después de sus días, que todos somos mortales, dejarán sus reinos en muy tranquilo estado, y limpios de herejía y maldad, y serán bien rescebidos delante el Eterno Criador, al cual plega de les dar larga vida y acrecentamiento grande de mayores reinos y señoríos, y voluntad y disposición para acrecentar la santa religión cristiana, así como hasta aquí tienen fecho, amén. Hoy tiré la nao de monte y me despacho para partir el jueves en nombre de Dios e ir al Sueste a buscar del oro y especerías y descubrir tierra. Estas todas son palabras del Almirante, el cual pensó partir el jueves; pero porque le hizo el viento contrario no pudo partir hasta doce días de noviembre.

LUNES 12 DE NOVIEMBRE.

Partió del puerto y río de Mares al rendir del cuarto de alba para ir a una isla que mucho afirmaban los indios que traía, que se llamaba *Babeque*, adonde, según dicen por señas, que la gente della coge el oro con candelas de noche en la playa; y después con martillo dizque hacían vergas dello, y para ir a ella era menester poner la proa al Leste cuarta del Sueste. Después de haber andado ocho leguas por la costa delante halló un río, y dende andadas otras cuatro halló otro río que parecía muy caudaloso y mayor que ninguno de los otros que había hallado. No se

quiso detener ni entrar en alguno dellos por dos respectos, el uno y principal porque el tiempo y viento era bueno para ir en demanda de la dicha isla de *Babeque*, lo otro porque si en el hobiera alguna populosa o famosa ciudad cerca de la mar se pareciera, y para ir por el río arriba eran menester navíos pequeños, lo que no eran los que llevaba; y así se perdiera también mucho tiempo, y los semejantes ríos son cosa para descubrirse por sí. Toda aquella costa era poblada mayormente cerca del río, a quien puso por nombre el río del Sol: dijo, quel domingo antes 11 de noviembre le había parecido que fuera bien tomar algunas personas de las de aquel río para llevar a los Reyes, porque aprendieran nuestra lengua para saber lo que hay en la tierra, y porque volviendo sean lenguas de los cristianos y tomen nuestras costumbres y las cosas de la fe, porque yo vi e cognozzo (dice el Almirante) questa gente no tiene secta ninguna ni son idólatras, salvo muy mansos, y sin saber que sea mal, ni matar a otros, ni prender, y sin armas, y tan temerosos que a una persona de los nuestros fuyen 100 dellos, aunque burlen con ellos, y crédulos y cognoscedores que hay Dios en el cielo, e firmes que nosotros habemos venido del cielo, y muy presto a cualquiera oración que nos les digamos que digan y hacen el señal de la cruz. Así que deben Vuestras Altezas determinarse a los hacer cristianos, que creo que si comienzan, en poco tiempo acabará de los haber convertido a nuestra Santa Fe multitudumbre de pueblos, y cobrando grandes señoríos y riquezas y todos sus pueblos de la España, porque sin duda es en estas tierras grandísimas suma de oro, que no sin causa dicen estos indios que yo traigo, que ha en estas islas lugares adonde cavan el oro y lo traen al pescuezo, a las orejas y a los brazos e a las piernas, y son manillas muy gruesas, y también ha piedras y ha perlas preciosas y infinita especería; y en este río de Mares, de adonde partí esta noche, sin duda ha grandísima cantidad de almáciga, y mayor si mayor se quisiere hacer, porque los mismos árboles plantándolos prenden de ligero y ha muchos y muy grandes, y tienen la hoja como lentisco y el fruto, salvo ques mayor así los árboles como la hoja, como dice Plinio, e yo he visto en la isla de Xió, en el archipiélago, y mandé sangrar muchos destos árboles para ver si echaría resina para la traer, y como haya siempre llovido el tiempo que yo he estado en el dicho río no he podido haber della, salvo muy poquita que traigo a vuestras Altezas, y también puede ser que no es el tiempo para los sangrar, que esto creo que conviene al tiempo que los árboles comienzan a salir del invierno y quieren echar la flor; y acá ya tienen el fruto cuasi maduro agora. Y también aquí se habría grande suma de algodón, y creo que se vendería muy bien acá sin le llevar a España, salvo a las grandes ciudades del *Gran Can* que se descubrirán sin duda, y otras muchas de otros señores que habrán en dicha servir a Vuestras Altezas, y adonde se les darán de otras cosas de España y de las tierras de Oriente, pues éstas son a nos en Poniente, y aquí ha también infinito lináloe, aunque no es cosa para hacer gran caudal, más del almáciga es de entender bien porque no la ha, salvo en la dicha isla de Xió, y creo que sacan dello bien 50.000 ducados, si mal no me acuerdo; y ha aquí en la boca del dicho río el mejor puerto que fasta hoy vi, limpio e ancho, e fondo, y buen lugar y asiento para hacer una villa e fuerte, e que cualesquier navíos se puedan llegar el bordo a los muros, e tierra muy temperada y alta, y muy buenas aguas. Así que ayer vino a bordo de la nao una almadía con seis mancebos, y los cinco entraron en la nao; estos mandé detener e los traigo. Y después envié a una casa, que es de la parte del río del Poniente, y trujeron siete cabezas de mujeres entre chicas e grandes y tres niños. Esto hice porque mejor se comportan los hombres en España habiendo mujeres de su tierra que sin ellas, porque ya otras muchas veces se acaeció traer los hombres de Guinea para que aprendiesen la lengua en Portugal, y después que volvían y pensaban de se aprovechar dellos en su tierra por la buena compañía que le habían hecho y dádivas que se les habían dado, en llegando en tierra jamás parecían. Otros no lo hacían así. Así que teniendo sus mujeres teman gana de negociar lo que se les encargare, y también estas mujeres mucho enseñarán a los nuestros su lengua, la cual es toda una en todas estas islas de India, y todos se entienden y todas las andan con sus almadías, lo que no han en Guinea adonde es mil maneras de lenguas que la una no entiende la otra. Esta noche vino a bordo en una almadía el marido de una destas mujeres, y padre de tres hijos, un macho y dos fembras, y dijo que yo le dejase venir con ellos, y a mí me aplogó mucho, y quedan agora todos consolados con el que deben todos ser parientes, y él es ya hombre de 45 años. Todas estas palabras son formales del Almirante. Dice también arriba que hacía algún frío, y por esto que no le fuera buen consejo en invierno navegar al Norte para descubrir. Navegó este lunes hasta el sol puesto 18 leguas al Leste cuarta del Sueste hasta un cabo, a que puso nombre el *Cabo de Cuba*.

MARTES 13 DE NOVIEMBRE.

Esta noche todo estuvo a la corda, como dicen los marineros, que es andar barloventeando y no andar nada, por ver un abra, que es una abertura de sierras como entre sierra y sierra, que le comenzó a ver al poner del sol, adonde se mostraban dos grandísimas montañas, y parecía que se apartaba la tierra de Cuba con aquella de Bohío, y esto decían los indios que consigo llevaban por señas. Venido el día claro dio las velas sobre la tierra, y pasó una punta que le pareció a noche obra de dos leguas, y entró en un grande golfo, cinco leguas al Sursudeste, y le quedaban otras cinco para llegar al cabo adonde en medio de dos grandes montes hacía un degollado, el cual no pudo determinar si era entrada de mar; y porque deseaba ir a la isla que llamaban *Babeque* adonde tenía nueva, según él entendía, que había mucho oro, la cual isla le salía al Leste, como no vido alguna grande población para ponerse al rigor del viento que le crecía más que nunca hasta allí, acordó hacerse a la mar, y andar al Leste con el viento que era Norte, y andaba ocho millas cada hora, y desde las diez del día que tomó aquella derrota, hasta el poner del sol anduvo 56 millas, que son 14 leguas al Leste desde el Cabo de Cuba. Y de la otra tierra del Bohío que le quedaba a sotaviento comenzando del cabo del sobredicho golfo descubrió a su parecer 80 millas, que son 20 leguas, y corriase toda aquella costa Lesueste y Ouesnoreste.

MIÉRCOLES 14 DE NOVIEMBRE.

Toda la noche de ayer anduvo al reparo y barloventeando (porque decía que no era razón de navegar entre aquellas islas de noche hasta que las hobiese descubierto), porque los indios que traía le dijeron ayer martes que habría tres jornadas, desde el río de Mares, hasta la isla de Babeque, que se debe entender jornadas de sus almadías, que pueden andar 7 leguas, y el viento también le escaseaba, y habiendo de ir al Leste no podía sino a la cuarta del Sueste, y por otros inconvenientes que allí refiere se hobo de detener hasta la mañana. Al salir del sol determinó de ir a buscar puerto porque de Norte se había mudado el viento al Nordeste, y si puerto no hallara fuérale necesario volver atrás a los puertos que dejaba en la isla de Cuba. Llegó a tierra habiendo andado aquella noche 24 millas al Leste cuarta del Sueste, anduvo al Sur millas hasta tierra, adonde vio muchas entradas y muchas isletas, y puertos, y por quel viento era mucho y la mar muy alterada no osó acometer a entrar, antes corrió por la costa al Norueste cuarta del Oeste, mirando si había puerto, y vido que había muchos, pero no muy claros. Después de haber andado así 64 millas halló una entrada muy honda, ancha un cuarto de milla, y buen puerto y río, donde entró y puso la proa al Sursudueste, y después al Sur hasta llegar al Sueste, todo de buena anchura y muy fondo, donde vida tantas islas que no las pudo contar, todas, de buena grandeza, y muy altas tierras llenas de diversos árboles de mil maneras e infinitas palmas. Maravillóse en gran manera por tantas islas y tan altas, y certifica a los Reyes que las montañas que desde antier ha visto por estas costas y las destas islas, que le parece que no las hay más altas en el mundo ni tan hermosas y claras sin niebla ni nieve, y al pie dellas grandísimo fondo; y dice que cree que estas islas son aquellas innumerables que en los mapamundos en fin de Oriente se ponen; y dijo que creía que había grandísimas riquezas y piedras preciosas y especería en ellas, y que duran muy mucho al Sur, y se ensanchan a toda parte. Púsoles nombre *la mar de nuestra Señora*; y al puerto que está cerca de la boca de la entrada de las dichas islas puso *puerto del Príncipe*, en el cual no entró más de velle desde fuera hasta otra vuelta que dio el sábado de la semana venidera, como allí parecerá. Dice tantas y tales cosas de la fertilidad y hermosura y altura destas islas que halló en este puerto, que dice a: los Reyes que no se maravillen de encarecellas tanto, porque les certifica que cree que no dice la centésima parte: algunas dellas que parecía que llegan al cielo y hechas como puntas de diamantes: otras que sobre su gran altura tienen encima como una mesa, y al pie dellas fondo grandísimo que podrá llegar a ellas una grandísima carraca, todas llenas de arboledas y sin peñas.

JUEVES 15 DE NOVIEMBRE.

Acordó de andallas estas islas con las barcas de los navíos y dice maravillas dellas, y que halló almáciga e infinito lináloe, y algunas dellas eran labradas de las raíces de que hacen su pan los indios, y halló haber encendido fuego en algunos lugares: agua dulce no vida, gente había alguna y huyeron: en todo lo que anduvo halló hondo de 15 y 16 brazas, y toda basa, que quiere decir, quel suelo de abajo es arena y no peñas, lo que mucho desean los marineros, porque las peñas cortan los cables de las anclas de las naos.

VIERNES 16 DE NOVIEMBRE.

Porque en todas las partes, islas y tierras donde entraba dejaba siempre puesta una cruz: entró en la barca y fue a la boca de aquellos puertos, y en una punta de la tierra halló dos maderos muy grandes, uno más largo que el otro, y el uno sobre otros hechos una cruz, que dizque un carpintero no los pudiera poner más proporcionados; y adorada aquella cruz mandó hacer de los mismos maderos una muy grande y alta cruz. Halló cañas por aquella playa que no sabía dónde nacían, y creía que las traería algún río y las echaba a la playa, y tenía en esto razón. Fue a una cala dentro de la entrada del puerto de la parte del Sueste (cala es una entrada angosta que entra el agua del mar en la tierra): allí hacia un alto de piedra y peña como cabo, y al pie dél era muy fondo, que la mayor carraca del mundo pudiera poner el bordo en tierra, y había un lugar o rincón donde podían estar seis navíos sin anclas como en una sala. Parecióle que se podía hacer allí una fortaleza a poca costa, si en algún tiempo en aquella mar de islas resultase algún rescate famoso. Volviéndose a la nao halló los indios que consigo traía que pescaban caracoles muy grandes que en aquellas mares hay, y hizo entrar la gente allí e buscar si había nácaras, que son las ostias donde se crían las perlas, y hallaron muchas, pero no perlas, y atribuyólo a que no debía de ser el tiempo dellas que creía él que era por mayo y junio. Hallaron los marineros un animal que parecía taso o taxo. Pescaron también con redes y hallaron un pece, entre otros muchos, que parecía propio puerco, no como tonina, el cual dizque era todo concha, muy tiesta, y no tenía cosa blanda sino la cola y los ojos, y un agujero debajo della para expeler sus superfluidades; mandólo salar para llevarlo que viesen los Reyes.

SÁBADO 17 DE NOVIEMBRE.

Entró en la barca por la mañana y fue a ver las islas que no había visto por la banda del Sudueste: vida muchas otras y muy fértiles y muy graciosas, y entre medio dellas muy gran fondo: algunas dellas dividían arroyos de agua dulce, y creía que aquella agua y arroyos salían de algunas fuentes que manaban en los altos de las sierras de las islas. De aquí yendo adelante halló una ribera de agua muy hermosa y dulce, y salía muy fría por lo enjuto della: había un prado muy lindo y palmas muchas y altísimas más que las que había visto: halló nueces grandes de las de India, creo que dice, y ratones grandes de los de India también, y cangrejos grandísimos. Aves vida muchas y olor vehemente de almizque, y creyó que lo debía de haber allí. Este día de seis mancebos que tomó en el río Mares, que mandó que fuesen en la carabela Niña, se huyeron los dos más viejos.

DOMINGO 18 DE NOVIEMBRE.

Salió en las barcas otra vez con mucha gente de los navíos y fue a poner la gran cruz que había mandado hacer de los dichos dos maderos a la boca de la entrada del dicho puerto del Príncipe, en un lugar vistoso y descubierto de árboles: ella muy alta y muy hermosa vista. Dice que la mar crece y descrece allí mucho más que en otro puerto de lo que por aquella tierra haya visto, y que no es más maravilla por las muchas islas, y que la marea es al revés de las nuestras, porque allí la luna al Sudueste cuarta del Sur es baja mar en aquel puerto. No partió de aquí por ser domingo.

LUNES 19 DE NOVIEMBRE.

Partió antes que el sol saliese y con calma, y después al mediodía ventó algo el Leste y navegó al Normordeste; al poner del sol le quedaba el puerto del Príncipe al Sursudueste, y estaría dél 7 leguas. Vido la isla de Babeque al Leste justo, de la cual estaría 60 millas. Navegó toda esta noche al Nordeste escaso, andaría 60 millas y hasta las diez del día martes otras 12, que son por todas 18 leguas, y al Nordeste cuarta del Norte.

MARTES 20 DE NOVIEMBRE.

Quedábanle el Babeque o las islas del Babeque al Lesueste, de donde salía el viento que llevaba contrario. Y viendo que no se mudaba y la mar se alteraba, determinó de dar la vuelta al puerto del Príncipe, de donde había salido, que le quedaba 25 leguas. No quiso ir a la isleta que llamó *Isabela*, que le estaba 12 leguas que pudiera ir a surgir aquel día, por dos razones: la una porque vida dos islas al Sur, las quería ver; la otra porque los indios que traía, que había tomado en Guanahani, que llamó *San Salvador*, que estaba 8 leguas de aquella *Isabela*, no se

le fuesen, de los cuales dizque tiene necesidad, y por traerlos a Castilla. Tenían dizque entendido que en hallando oro los había el Almirante de dejar tornar a su tierra. Llegó en paraje del puerto del Príncipe; pero no lo pudo tomar porque era de noche y porque lo decayeron las corrientes al Norueste. Tornó a dar la vuelta y puso la proa al Nordeste con viento recio; amansó y mudóse el viento al tercero cuarto de la noche, puso la proa en el Leste cuarta del Nordeste: el viento era Susueste y mudóse al alba de todo en Sur, y tocaba en el Sueste. Salido el sol marcó el puerto del Príncipe, y quedábale al Sudueste y cuasi a la cuarta del Oeste, y estaría dél 48 millas, que son 12 leguas.

MIÉRCOLES 21 DE NOVIEMBRE.

Al sol salido navegó al Leste con viento Sur: anduvo poco por la mar contraria; hasta horas de vísperas hobo andado 24 millas. Después se mudó el viento al Leste y anduvo al Sur cuarta del Sueste, y al poner del sol había andado 12 millas. Aquí se halló el Almirante en 42° de la línea equinocial a la parte del Norte, como en el puerto de Mares; pero aquí dice que tiene suspenso el cuadrante hasta llegar a tierra que lo adobe. Por manera que le parecía que no debía distar tanto, y tenía razón, porque no era posible como no estén estas islas sino en ... grados. Para creer quel cuadrante andaba bueno le movía ver, dizque el Norte tan alto como en Castilla, y si esto es verdad mucho allegado y alto andaba con la Florida; pero ¿dónde están luego agora estas islas que entre manos traía? Ayudaba a esto que hacía dizque gran calor; pero claro es que si estuviera en la costa de la Florida que no hobiera calor sino frío: y es también manifiesto que en 42° en ninguna parte de la tierra se cree hacer calor sino fuese por alguna causa de *per accidens*, lo que hasta hoy no creo yo que se sabe. Por este calor que allí el Almirante dice que padecía, arguye que en estas Indias, y por allí donde andaba, debía de haber mucho oro. Este día se apartó Martín Alonso Pinzón con la carabela Pinta, sin obediencia y voluntad del Almirante, por cudicia dizque pensando que un indio que el Almirante había mandado poner en aquella carabela le había de dar mucho oro, y así se fue sin esperar sin causa de mal tiempo, sino porque quiso. Y dice aquí el Almirante, otras muchas me tiene hecho y dicho.

JUEVES 22 DE NOVIEMBRE.

Miércoles en la noche pavecó al Sur cuarta del Sueste con el viento Leste, y era cuasi calma: al tercero cuarto ventó Normordeste: todavía iba al Sur por ver aquella tierra que por allí le quadaba, y cuando salió el sol se halló tan lejos como el día pasado por las corrientes contrarias, y quedábale la tierra 40 millas. Esta noche Martín Alonso siguió el camino del Leste para ir a la isla de Babeque, donde dicen los indios que hay mucho oro, el cual iba a vista del Almirante, y habría hasta él 16 millas. Anduvo el Almirante toda la noche la vuelta de tierra, y hizo tomar algunas de las velas y tener farol toda la noche, porque le pareció que venía hacia él, y la noche hizo muy clara, y el ventecillo bueno para venir a él si quisiera.

VIERNES 23 DE NOVIEMBRE.

Navegó el Almirante todo el día hacia la tierra, al Sur siempre, con poco viento, y la corriente nunca le dejó llegar a ella, antes estaba hoy tan lejos della al poner del sol, como en la mañana. El viento era Lesnordeste y razonable para ir al Sur, sino que era poco; y sobre este cabo encavalgaba otra tierra o cabo que va también al Leste, a quien aquellos indios que llevaba llamaban *Bohio*, la cual decían que era muy grande y que había en ella gente que tenía un ojo en la frente, y otros que se llamaban Canibales, a quien mostraban tener gran miedo. Y desde vieron que lleva este camino, dizque no podían hablar porque los comían, y que son gente muy armada. El Almirante dice que bien cree que había algo dello, más que pues eran armados sería gente de razón, y creía que habían captivado algunos, y que porque no volvían a sus tierras dirían que los comían. Lo mismo creían de los cristianos y del Almirante al principio que algunos los vieron.

SEXTA PARTE

SÁBADO 24 DE NOVIEMBRE.

Navegó aquella noche toda, y a la hora de tercia del día tomó la tierra sobre la isla llana, en aquel mismo lugar donde había arribado la semana pasada cuando iba a la isla de Babeque. Al principio no osó llegar a la tierra porque le parecía que aquella abra de sierras rompía la mar mucho en ella. Y en fin llegó a la mar de nuestra Señora, donde había las muchas islas, y entró en el puerto questá junto a la boca de la entrada de las islas, y dice que si él antes supiera este puerto, y no se ocupara en ver las islas de la mar de nuestra Señora, no le fuera necesario volver atrás, aunque dice que lo da por bien empleado por haber visto las dichas islas. Así que llegando a tierra envió la barca y tentó el puerto, y halló muy buena barra, honda de seis brazas, y hasta 20, y limpio, todo basa: entró en él poniendo la proa al Sudueste, y después volviendo al Oeste, quedando la isla llana de la parte del Norte, la cual con otra su vecina hace una laguna de mar en que cabrían todas las naos de España y podían estar seguras sin amarras de todos los vientos. Y esta entrada de la parte del Sueste, que se entra poniendo la proa al Susudueste, tiene la salida al Oeste muy honda y muy ancha; así que se puede pasar entremedio de las dichas islas, y por cognoscimiento dellas, a quien viniere de la mar de la parte del Norte, ques su travesía desta costa. Están las dichas islas al pie de una grande montaña ques su longura de Leste Oeste, y es harto luenga y más alta y luenga que ninguna de todas las otras que están en esta costa adonde hay infinitas, y hace fuera una restinga alluengo de la dicha montaña como un banco que llega hasta la entrada. Todo esto de la parte del Sueste y también de la parte de la isla llana hace otra restinga, aunquesta es pequeña, y así entremedias de ambas hay grande anchura y fondo grande, como dicho es. Luego a la entrada a la parte del Sueste dentro en el mismo puerto, vieron un río grande y muy hermoso, y de más agua que hasta entonces habían visto, y que bebía el agua dulce hasta la mar. A la entrada tiene un banco, mas después adentro es muy hondo de ocho y nueve brazas. Está todo lleno de palmas y de muchas arboledas como los otros.

DOMINGO 25 DE NOVIEMBRE.

Antes del sol salido entró en la barca, y fue a ver un cabo o punta de tierra al Sueste de la isleta llana, obra de una legua y media, porque le parecía que había de haber algún río bueno. Luego a la entrada del cabo de la parte del Sueste, andando dos tiros de ballesta, vio venir un grande arroyo de muy linda agua que descendía de una montaña abajo, y hacia gran ruido. Fue al río, y vio en él unas piedras relucir con unas manchas en ellas de color de oro, y acordóse que en el río Tejo, que al pie dél junto a la mar se halló oro, y parecióle que cierto debía tener oro, y mandó coger ciertas de aquellas piedras para llevar a los Reyes. Estando así dan voces los mozos grumetes, diciendo que vían pinales. Miró por la sierra, y vídolos tan grandes y tan maravillosos que no podía encarecer su altura y derechura como husos gordos y delgados, donde conoció que se podían hacer navios e infinita tablazón y másteles para los mayores naos de España. Vido robles y madroños, y un buen río, y aparejo para hacer sierras de agua. La tierra y los aires más templados que hasta allí, por la altura y hermosura de las sierras. Vido por la playa muchas otras piedras de color de hierro y otras que decían algunos que eran de minas de plata, todas las cuales trae el río. Allí cogió una entena y mástel para la mezan a de la carabela Niña. Llegó a la boca del río, y entró en una cala al pie de aquel cabo de la parte del Sueste muy honda y grande, en que cabrían 100 naos sin alguna amarra ni anclas, y el puerto que los ojos otro tal nunca vieron. Las sierras altísimas, de las cuales descendían muchas aguas lindísimas; y todas las sierras llenas de pinos, y por todo aquello diversísimas y hermosísimas florestas de árboles. Otros dos o tres ríos le quedaban atrás. Encarece todo esto en gran manera a los Reyes, y muestra haber rescebido de verlo, y mayormente los pinos, inestimable alegría y gozo, porque se podían hacer allí cuantos navíos desearan, trayendo los aderezos, sino fuere madera y pez que allí se hará harta, y afirma no encarecello la centésima parte de lo que es, y que plugó a nuestro Señor de le mostrar siempre una cosa mejor que otra, y siempre en lo que hasta allí había descubierto iba de bien en mejor, así en las tierras y arboledas, y yerbas y frutos y flores como en las gentes, y siempre de diversa manera, y así en un lugar como en otro. Lo mismo en los puertos y en las aguas. Y finalmente dice que cuando el que lo ve le es tan grande admiración, cuánta más será a quien lo oyere, y que nadie lo podrá creer sino lo viere.

LUNES 26 DE NOVIEMBRE.

Al salir el sol levantó las anclas del puerto de Santa Catalina adonde estaba dentro de la isla llana, y navegó de luengo de la costa con poco tiempo Sudueste al campo del Cabo del

Pico, que era al Sueste. Llegó al cabo tarde porque le calmó el viento, y llegando vida al Sueste cuarta del Leste, otro cabo quedaría del sesenta millas, y de allí vido otro cabo que estaría hacia el navio al Sueste cuarta del Sur, y pareció le que estaría del 20 millas; al cual puso nombre el *Cabo de Campana*, al cual no pudo llegar de día porque le tornó a calmar del todo el viento. Andaría en todo aquel día 32 millas, que son 8 leguas. Dentro de las cuales notó y marcó nueve puertos muy señalados, los cuales todos los marineros hacían maravillas, y cinco ríos grandes, porque iba siempre junto con tierra para verlo bien todo. Toda aquella tierra es montañas altísimas muy hermosas, y no secas ni de peñas sino todas andables y valles hermosísimos. Y así los valles como las montañas eran llenos de árboles altos y frescos, que era gloria mirarlos, y parecía que eran muchos pinales. Y también detrás del dicho *Cabo del Pico*, de la parte del Sueste, están dos isletas que terná cada una en cerco dos leguas, y dentro dellas tres maravillosos puertos y dos grandes ríos. En toda esta costa no vido poblado ninguno desde la mar; podría ser haberlo, y hay señales dello, porque donde quiera que saltaban en tierra hallaban señales de haber gente y huegos muchos. Estimaba que la tierra que hoy vido de la parte de Sueste del *Cabo de Campana* era la isla que llamaban los indios *Bohio*; parécelo porque dicho cabo está apartado de aquella tierra. Toda la gente que hasta hoy ha hallado dizque tiene grandísimo temor de los *Caniba* o *Canima*, y dicen que viven en esta *isla de Bohio*; la cual debe de ser muy grande, según le parece, y cree que van a tomar a aquellos a sus tierras y casas, como sean muy cobardes y no saber de armas. Y a esta causa le parecía que aquellos indios que traía no suelen poblarse a la costa de la mar, por ser vecinos a esta tierra, los cuales dizque después que le vieron tomar la vuelta de esta tierra no podían hablar temiendo que los habían de comer, y no les podía quitar el temor, y decían que no tenían sino un ojo y la cara de perro, y creía el Almirante que mentían, y sentía el Almirante que debían de ser del señorío del *Gran Can*, que los captivaban.

MARTES 27 DE NOVIEMBRE.

Ayer al poner del sol llegó cerca de un cabo, que llamó *Campana*, y porquel cielo claro y el viento poco no quiso ir a tierra a surgir, aunque tenía de sotavento cinco o seis puertos maravillosos, porque se detenía más de lo que quería por el apetito y deleitación que tenía y rescebia de ver y mirar la hermosura y fresca de aquellas tierras donde quiera que entraba, y por no se tardar en proseguir lo que pretendía. Por estas razones se tuvo aquella noche a la corda y temporejar hasta el día. Y porque las aguages y corrientes lo habían echado aquella noche más de cinco o seis leguas al Sueste adelante de donde había anochecido, y le había parecido la tierra de Campana: y allende aquel cabo parecía una grande entrada que mostraba dividir una tierra de otra, y hacia como isla en medio: acordó volver atrás con viento Sudueste, y vino adonde le había parecido el abertura, y halló que no era sino una grande bahía, y al cabo della de la parte del Sueste un cabo, en el cual hay una montaña alta y cuadrada que parecía isla. Saltó el viento en el Norte y tornó a tomar la vuelta del Sueste, por correr la costa y descubrir todo lo que allí hobiese. Y vido luego al pie de aquel *Cabo de Campana* un puerto maravilloso y un gran río, y de allí a un cuarto de legua otro río, y de allí a media legua otro río, y dende a otra media legua otro río, y dende a una legua otro río, y dende a otra otro río, y dende a otro cuarto otro río, y dende a otra legua otro río grande, desde el cual hasta el *Cabo de Campana* habría 20 millas, y le quedan al Sueste; y los más destos ríos tenían grandes entradas y anchas y limpias, con sus puertos maravillosos para naos grandísimas, sin bancos de arena ni de peña ni restingas. Viniendo así por la costa a la parte del Sueste del dicho postrero río halló una grande población, la mayor que hasta hoy haya hallado, y vido venir infinita gente a la ribera de la mar dando grandes voces, todos desnudos con sus azagayas en la mano. Deseó hablar con ellos y amainó las velas, y surgió y envió las barcas de la nao y de la carabela por manera ordenados que no hiciesen daño alguno a los indios ni lo rescibiesen, mandando que les diesen algunas cosillas de aquellos resgates. Los indios hicieron ademanes de no los dejar saltar en tierra y restillos. Y viendo que las barcas se allegaban más a tierra, y que no les habían miedo, se apartaron de la mar. Y creyendo que saliendo dos o tres hombres de las barcas no temieran, salieron tres cristianos diciendo que no hobiesen miedo en su lengua, porque sabían algo della por la conversación de los que traen consigo. En fin dieron todos a huir que ni grande ni chico quedó. Fueron los tres cristianos a las casas, que son de paja y de la hechura de las otras que habían visto, y no hallaron a nadie ni cosa en alguna dellas. Volvieron a los navios, y alzaron velas a medio día para ir a un cabo hermoso que quedaba al Leste, que habría hasta él ocho leguas. Habiendo andado media legua por la misma bahía vida el Almirante a la parte del Sur un singularísimo puerto, y de la parte del Sueste

unas tierras hermosas a maravilla, así como una vega montuosa dentro en estas montañas, y parecían grandes humos y grandes poblaciones en ella, y las tierras muy labradas; por lo cual determinó de se bajar a este puerto, y probar si podía haber lengua o práctica con ellos; el cual era tal que si a los otros puertos había alabado, este dice que alababa más con las tierras y templanza y comarca dellas y población: dice maravillas de la lindeza de la tierra y de los árboles donde hay pinos y palmas, y de la grande vega, que aunque no es llana de llano que va al Sursueste, pero es llana de montes llanos y bajos, la más hermosa cosa del mundo, y salen por ella muchas riberas de aguas que descenden destas montañas. Después de surgida la nao saltó el Almirante en la barca para sondar el puerto, que como una escodilla; y cuando fue frontero de la boca al Sur halló una entrada de un río que tenía de anchura que podía entrar una galera por ella, y de tal manera que no se veía hasta que se llegase a ella, y entrando por ella tanto como longura de la barca tenía cinco brazas y de ocho de hondo. Andando por ella fue cosa maravillosa ver las arboledas y frescuras, y el agua clarísima, y las aves y amenidad, que dice que le parecía que no quisiera salir de allí. Iba diciendo a los hombres que llevaba en su compañía, que para hacer relación a los Reyes de las cosas que van no bastaran mil lenguas a referirle ni su mano para lo escribir, que le parecía que estaba encantado. Deseaba que aquello vieran muchas otras personas prudentes y de crédito, de las cuales dice ser cierto que no encarecieran estas cosas menos que él. Dice más el Almirante aquí estas palabras: cuánto será el beneficio que de aquí se puede haber, yo no lo escribo. Es cierto, Señores Príncipes, que donde hay tales tierras que debe haber infinitas cosas de provecho; mas yo no me detengo en ningún puerto, porque quería ver todas las más tierras que yo pudiese para hacer relación dellas a Vuestras Altezas, y también no sé la lengua, y la gente destas tierras no me entienden ni yo ni otro que yo tenga a ellos; y estos indios que yo traigo muchas veces le entiendo una cosa por otra al contrario, ni fio mucho dellos porque muchas veces han probado a fugir. Mas agora placiendo a nuestro Señor veré lo más que yo pudiere, y poco a poco andaré entendiendo y conociendo, y faré enseñar esta lengua a personas de mi casa, porque veo que toda la lengua una fasta aquí; y después se sabrán los beneficios, y se trabajará de hacer todos estos pueblos cristianos porque de ligero se hará, porque ellos no tienen secta ninguna ni son idólatras, y Vuestras Altezas mandarán hacer en estas partes ciudad e fortaleza, y se convertirán estas tierras. Y certifico a Vuestras Altezas que debajo del sol no me parece que las puede haber mejores en fertilidad, en temperancia de frío y calor, en abundancia de aguas buenas y sanas, y no como los ríos de Guinea que son todos pestilencia, porque, loado nuestro Señor, hasta hoy de toda mi gente no ha habido persona que le haya mal la cabeza ni estado en cama por dolencia, salvo un viejo de dolor de piedra, de que él estaba toda su vida apasionado, y luego sanó al cabo de dos días. Esto que digo es en todos tres navios. Así que placirá a Dios que Vuestras Altezas enviarán acá o vernán hombres doctos, y verán después la verdad de todo. Y porque atrás tengo hablado del sitio de villa e fortaleza en el río de Mares por el buen puerto y por la comarca; es cierto que todo es verdad lo que yo dije, mas no ha ninguna comparación de allá aquí, ni de la mar de nuestra Señora; porque aquí debe haber infra la tierra grandes poblaciones y gente innumerable y cosas de grande provecho, porque aquí y en todo lo otro descubierto, y tengo esperanza de descubrir antes que yo vaya a Castilla, digo que terná la cristiandad negociación en ellas, cuanto más la España a quien debe estar sujeto todo. Y digo que Vuestras Altezas no deben consentir que aquí trate ni haga pie ningún extranjero, salvo católicos cristianos, pues esto fue el fin y el comienzo del propósito que fuese por acrecentamiento y gloria de la Religión cristiana, ni venir a estas partes ninguno que no sea buen cristiano. Todas son sus palabras. Subió allí por el río arriba y halló unos brazos del río, y rodeando el puerto halló a la boca del río estaban unas arboledas muy graciosas como una muy deleitable huerta, y allí halló una almadia o canoa hecha de un madero tan grande como una fusta de 12 bancos, muy hermosa, varada debajo de una atarazana o ramada hecha de madera y cubierta de grandes hojas de palma, por manera que ni el sol ni el agua le podían hacer daño; y dice que allí era el propio lugar para hacer una villa o ciudad y fortaleza por el buen puerto, buenas aguas, buenas tierras, buenas comarcas y mucha leña.

MIÉRCOLES 28 DE NOVIEMBRE.

Estúvose en aquel puerto aquel día porque llovía y hacía gran cerrazón, aunque podía correr toda la costa con el viento que era Sudueste y fuera a popa, pero porque no pudiera ver bien la tierra, y no sabiéndola es peligroso a los navios, no se partió. Salieron a tierra la gente de los navios a lavar su ropa, entraron algunos de ellos un rato por la tierra adentro, hallaron

grandes poblaciones y las casas vacías, porque se habían huido todos. Tornáronse por otro río abajo, mayor que aquel donde estaban en el puerto.

JUEVES 29 DE NOVIEMBRE.

Porque llovía y el cielo estaba de la manera cerrado no se partió. Llegaron algunos de los cristianos a otra población cerca de la parte del Noroeste, y hallaron en las casas a nadie ni nada; y en el camino toparon con un viejo que no les pudo huir: tomáronle y dijéronle que no le querían hacer mal, y diéronle algunas cosillas del rescate y dejáronlo. El Almirante quisiera vello para vestillo y tomar lengua dél, porque le contentaba mucho la felicidad de aquella tierra y disposición que para poblar en ella había, y juzgaba que debía de haber grandes poblaciones. Hallaron en una casa un pan de cera, que trujo a los Reyes, y dice que donde cera hay también debe haber otras mil cosas buenas. Hallaron también los marineros en una casa una cabeza de hombre dentro en un cestillo, cubierto con otro cestillo, y colgado de un poste de la casa, y de la misma manera hallaron otra en otra población. Creyó el Almirante que debía ser de algunos principales del linaje, porque aquellas casas eran de manera que se acogen en ellas muchas gente en una sola, y deben ser parientes descendientes de uno solo.

VIERNES 30 DE NOVIEMBRE.

No se pudo partir porquel viento era levante muy contrario a su camino. Envió ocho hombres bien armados y con ellos dos indios de los que traía para que viesen aquellos pueblos de la tierra dentro, y por haber lengua. Llegaron a muchas casas y no hallaron a nadie ni nada, que todos se habían huido. Vieron cuatro mancebos que estaban cavando en sus heredades, así como vieron los cristianos dieron a huir, no los pudieron alcanzar. Anduvieron dizque mucho camino. Vieron muchas poblaciones y tierra fertilísima, y toda labrada y grandes riberas de agua, y cerca de una vieron una almadía o canoa de 95 palmos de longura de un solo madero, muy hermosa, y que en ella cabrían y navegarían ciento y cincuenta personas.

SÁBADO 1° DE DICIEMBRE.

No se partió por la misma causa del viento contrario, y porque llovía mucho. Asentó una cruz grande a la entrada de aquel puerto que creo llamó el *Puerto Santo*, sobre unas peñas vivas. La punta es aquella questá a la parte del Sueste, a la entrada del puerto, y quien hobiere de entrar en este puerto se debe llegar más sobre la parte del Noroeste a aquella punta que sobre la otra del Sueste; puesto que al pie de ambas, junto con la peña, hay 12 brazas de hondo y muy limpio: mas a la entrada del puerto, sobre la punta del Sueste, hay una baja que sobreagua, la cual dista de la punta tanto que se podría pasar entre medias, habiendo necesidad, porque al pie de la baja y del cabo todo es fondo de 12 y de 15 brazas, y a la entrada se ha de poner la proa al Sudueste.

DOMINGO 2 DE DICIEMBRE.

Todavía fue contrario el viento y no pudo partir; dice que todas las noches del mundo vienta terrenal, y que todas las naos que allí estuvieren no hayan miedo de toda la tormenta de mundo, porque no puede recalar dentro por una baja que está al principio del puerto. En la boca de aquel río dizque halló un grumete ciertas piedras que parecen tener oro, trújolas para mostrar a los Reyes. Dice que hay por allí a tiro de lombarda grandes ríos.

LUNES 3 DE DICIEMBRE.

Por causa de que hacía siempre tiempo contrario no partía de aquel puerto y acordó de ir a ver un cabo muy hermoso un cuarto de legua del puerto de la parte del Sueste: fue con las barcas y alguna gente armada: al pie del cabo había una boca de un buen río, puesta la proa al Sueste para entrar, y tenía 100 pasos de anchura: tenía una braza de fondo a la entrada o en la boca; pero dentro había 12 brazas, ó 5, y 4, y 2, y cabrían en él cuantos navios hay en España. Dejando un brazo de aquel río fue al Sueste y halló una caleta en que vida cinco muy grandes almadías que los indios llaman *Canoas*, como fustas muy hermosas y labradas que diz era placer vellás, y al pie del monte vida todo labrado. Estaban debajo de árboles muy espesos, y yendo por un camino que salía a ellas, fueron a dar a una atarazana muy bien ordenada y

cubierta que ni sol ni agua no les podía hacer daño, y debajo della había otra canoa hecha de un madero como las otras, como una fusta de 17 bancos: era placer ver las labores que tenía y su hermosura. Subió una montaña arriba, y después hallóla toda llana y sembrada de muchas cosas de la tierra, y calabazas, que era gloria vella; y en medio della estaba una gran población: dio de súbito sobre la gente del pueblo, y como los vieron hombres y mujeres dan de huir. Aseguróles el indio que llevaba consigo de los que traía diciendo, que no hobiesen miedo que gente buena era. Hízolos dar el Almirante cascabeles y sortijas de latón y contezuelas de vidrio verdes y amarillas, con que fueron muy contentos. Visto que no tenían oro ni otra cosa preciosa, y que bastaba dejallos seguros y que toda la comarca era poblada y huidos los demás de miedo; y certifica el Almirante a los Reyes que 10 hombres hagan huir a 10,000: tan cobardes y medrosos son que ni traen armas salvo unas varas, y en el cabo dellas un palillo agudo tostado; acordó volverse. Dice que las varas se las quitó todas con buena maña, resgatándose de manera que todas las dieron. Tornados adonde habían dejado las barcas envió ciertos cristianos al lugar por donde subieron, porque le había parecido que había visto un gran colmenar; antes que viniesen los que había enviado ayuntáronse muchos indios y vinieron a las barcas donde ya se había el Almirante recogido con su gente toda: uno dellos se adelantó en el río junto con la popa de la barca, y hizo una grande plática, que el Almirante no entendía, salvo que los otros indios de cuando en cuando alzaban las manos al cielo y daban una grande voz. Pensaba el Almirante que lo aseguraban y que les placía de su venida; pero vido al indio que consigo traía demudarse la cara y amarillo como la cera, y temblaba mucho, diciendo por señas quel Almirante se fuese fuera del río que los querían matar, y llegóse a un cristiano que tenía una ballesta armada, y mostróla a los indios, y entendió el Almirante que los decía que los matarían todos, porque aquella ballesta tiraba lejos y mataba. También tomó una espada y la sacó de la baina, mostrándosela diciendo lo mismo, lo cual oído por ellos dieron todos a huir, quedando todavía temblando el dicho indio de cobardía y poco corazón, y era hombre de buena estatura y recio. No quiso el Almirante salir del río, antes hizo remar en tierra hacia donde ellos estaban, que eran muy muchos, todos teñidos de colorado y desnudos como su madre los parió, y algunos dellos con penachos en la cabeza y otras plumas, todos con sus manojos de azagayas. Lleguéme a ellos y díles algunos bocados de pan, demandéles las azagayas, y dábales por ellas a unos un cascabelito, a otros una sortijuela de latón, a otros unas contezuelas; por manera que todos se apaciguaron y vinieron todos a las barcas y daban cuanto tenían, porque qué quiera que les daban. Los marineros habían muerto una tortuga y la cáscara estaba en la barca en pedazos, y los grumetes dábanles della como la uña, y los indios les daban un manajo de azagayas. Ellos son gente como los otros que he hallado (dice el Almirante), y de la misma creencia, y creían que veníamos del cielo, y de lo que tienen luego lo dan por cualquiera cosa que les den, sin decir ques poco, y creo que así harían de especería y de oro si lo tuviesen. Vide una casa hermosa, no muy grande, y de dos puertas, porque así son todas, y entré en ella y vide una obra maravillosa, como cámaras hechas por una cierta manera que no lo sabría decir, y colgado al cielo della caracoles y otras cosas. Yo pensé que era templo, y los llamé y dije por señas si hacían en ella oración, dijeron que no, y subió uno dellos arriba y me daba todo cuanto allí había, y dello tomé algo.

SEPTIMA PARTE

MARTES 4 DE DICIEMBRE.

Hízose a la vela con poco viento, y salió de aquel puerto que nombró *Puerto Santo*: a las 2 leguas vido un buen río de que ayer habló: fue de luengo de costa y corriase toda la tierra, pasado el dicho cabo, Lesueste y Ouesnoroeste hasta el Cabo Lindo, que está al cabo del Monte al Leste cuarta del Sueste, y hay de uno a otro 5 leguas. Del cabo del Monte, a legua y media hay un gran río algo angosto, pareció que tenía buena entrada y era muy hondo, y de allí a tres cuartos de legua vido otro grandísimo río, y debe venir de muy lejos; en la boca tenía bien 100 pasos y en ella ningún banco, y en la boca ocho brazas y buena entrada, porque lo envió a ver y sondar con la barca, y tiene el agua dulce hasta dentro en la mar, y es de los caudalosos que había hallado, y debe haber grandes poblaciones. Después del Cabo Lindo hay una grande bahía que sería buen paso por Lesnordeste y Sueste. y Sursudueste.

MIÉRCOLES 5 DE DICIEMBRE.

Toda esta noche anduvo a la carda sobre el Cabo Lindo, adonde anocheció, por ver la tierra que iba al Leste, y al salir del sol vido otro cabo al Leste a 2 leguas y media: pasado aquel vido que la costa volvía al Sur y tomaba del Sudueste, y vido luego un cabo muy hermoso y alto a la dicha derrota, y distaba desotro 7 leguas: quisiera ir allá, pero por el deseo que tenía de ir a la isla de Babeque, que le quedaba según decían los indios que llevaba al Nordeste, lo dejó. Tampoco pudo ir al Babeque porque el viento que llevaba era Nordeste. Yendo así miró al Sueste y vido tierra y era una isla muy grande, de la cual ya tenía dizque información de los indios, a que llamaban ellos *Bohio*, poblada de gente. De esta gente dizque los de Cuba o Juana, y de todas esotras islas tienen gran miedo porque dizque comían los hombres. Otras cosas le contaban los dichos indios, por señas, muy maravillosas: mas el Almirante no dizque las creía, sino que debían tener más astucia y mejor ingenio los de aquella isla Bohio para los captivar aquellos, porque eran muy flacos de corazón. Así que porquel tiempo era Nordeste y tomaba del Norte, determinó de dejar a Cuba o Juana, que hasta entonces había tenido por tierra firme por su grandeza, porque bien habría andado en un paraje ciento y veinte leguas, y partió al Sueste cuarta del Leste, puesto que la tierra quel había visto se hacía al Sueste, daba este resguardo, porque siempre el viento rodea del Norte para el Nordeste, y de allí al Leste y Sueste. Cargó mucho el viento y llevaba todas sus velas, la mar llana y la corriente que le ayudaba, por manera que hasta la una después de medio día desde la mañana hacia de camino 8 millas por hora, y eran seis horas aún no cumplidas, porque dicen que allí eran las noches cerca de quince horas: después anduvo 10 millas por hora; y así andaría hasta el poner del sol 88 millas, que son 22 leguas, todo al Sueste. Y porque se hacía noche mandó a la carabela Niña que se adelantase para ver con día el puerto, porque era velera, y llegando a la boca del puerto, que era como la bahía de Cádiz, y porque era ya de noche envió a su barca que sondase el puerto, la cual llevó lumbré de candela, y antes quel Almirante llegase adonde la carabela estaba barloventeando y esperando que la barca le hiciese señas para entrar en el puerto, apagósele la lumbré a la barca: La carabela como no vida lumbré corrió de largo e hizo lumbré al Almirante, y llegado a ella contaron lo que había acaecido. Estando en esto los de la barca hicieron otra lumbré: la carabela fue a ella, y el Almirante no pudo y estuvo toda aquella noche barloventeando.

JUEVES 6 DE DICIEMBRE.

Cuando amanecía se halló 4 leguas del puerto; púsole nombre *Puerto María*, y vido un cabo hermoso al Sur, cuarta del Sudueste, al cual puso nombre *Cabo del Estrella*, y parecióle que era la postrera tierra de aquella isla hacia el Sur, y estaría el Almirante dél 28 millas. Parecióle otra tierra como isla no grande al Leste, y estaría dél 40 millas. Quedábale otro cabo muy hermoso y bien hecho, a quien puso nombre *Cabo del Elefante* al Leste, cuarta del Sueste, y distábale ya 54 millas. Quedábale otro cabo al Lesueste, al que puso nombre el *Cabo de Cinquin*, estaría dél 28 millas. Quedábale una gran escisura o abertura o abra a la mar, que le pareció ser río, al Sueste y tomaba de la cuarta del Leste, habría dél a la abra 20 millas. Pareciale que entre el Cabo del Elefante del de Cinquin había una grandísima entrada, y algunos de los marineros decían que era apartamiento de isla; aquélla puso por nombre la *Isla de la Tortuga*. Aquella isla grande parecía altísima tierra, no cerrada con montes sino rasa como hermosas campiñas, y parece toda labrada o grande parte della, y parecían las sementeras como trigo en el mes de mayo en la campiña de Córdoba. Viéronse muchos fuegos aquella noche, y de día muchos humos como atalayas, que parecía estar sobre aviso de alguna gente con quien tuviesen guerra. Toda la costa desta tierra va al Leste. A horas de vísperas entró en el puerto dicho, y púsole nombre *Puerto de San Nicolás*, porque era día de San Nicolás por honra suya, y a la entrada dél se maravilló de su hermosura y bondad. Y aunque tiene mucho alabados los puertos de Cuba, pero sin duda dice él que no es menos éste, antes los sobrepuja, y ninguno le es semejante. En boca y entrada tiene legua y media de ancho y se pone la proa al Sursueste, puesto que por la grande anchura se puede poner la proa adonde quisieren. Vade esta manera al Sursueste 2 leguas; y a la entrada dél por la parte del Sur se hace como una angla, y de allí se sigue así igual hasta el cabo, adonde está una playa muy hermosa y uu campo de árboles de mil maneras y todos cargados de frutas, que creía el Almirante ser de especería y nueces moscadas, sino que no estaban maduras y no se conocía, y un río en medio de la playa. El hondo de este puerto es maravilloso que hasta llegar a la tierra en longura de una (*En blanco en el original*) no llegó la sondaresa o plomada al fondo con 40 brazas, y hay hasta esta longura el hondo de 15 brazas y muy limpio, y así es todo el dicho puerto de cada cabo hondo dentro a una pasada de tierra de 15 brazas y limpio, y desta manera es toda la

costa muy hondable y limpia que no parece una sola baja, y al pie della tanto como longura de un remo de barca de tierra tiene cinco brazas, y después de la longura del dicho puerto yendo al Sursueste, en la cual longura pueden barloventear mil carracas, boja un brazo del puerto al Nordeste por la tierra dentro una grande media legua, y siempre en una misma anchura como que lo hicieran por un cordel, el cual queda de manera questando en aquel brazo, que será de anchura de 25 pasos, no se puede ver la boca de la entrada grande, de manera que queda puerto cerrado, y el fondo de este brazo es así, en el comienzo hasta la fin de 11 brazas y todo basa o arena limpia, y hasta tierra y poner los bordas en las yerbas tiene ocho brazas. Es todo el puerto muy airoso y desabahado, de árboles raso. Toda esta isla le pareció de más peñas que ninguna otra que haya hallado: los árboles más pequeños, y muchos dellos de la naturaleza de España, como carrascos y madroños y otros, y lo mismo de las yerbas. Es tierra muy alta, y toda campiña o rasa, y de muy buenos aires, y no se ha visto tanto frío como allí, aunque no es de contar por frío, mas dijolo al respecto de las otras tierras. Hacia enfrente de aquel puerto una hermosa vega, y en medio della el río susodicho: y en aquella comarca (dice) debe haber grandes poblaciones según se vían las almadías con que navegan tantas y tan grandes dellas como una fusta de 15 bancos. Todos los indios huyeron, y huían como vían los navíos. Los que consigo de las isletas traía tenían tanta gana de ir a su tierra, que pensaba (dice el Almirante) que después que se partiese de allí los tenía de llevar a sus casas, y que ya lo tenían por sospechoso porque no lleva el camino de su casa, por lo cual dice que ni les creía lo que le decían, ni los entendía bien ni ellos a él, y dizque habían el mayor miedo del mundo de la gente de aquella isla. Así que por querer haber lengua con la gente de aquella isla le fuera necesario detenerse algunos días en aquel puerto, pero no lo hacía por ver mucha tierra, y por dudar quel tiempo le duraría. Esperaba en nuestro Señor que los indios que traía sabrían su lengua y él la suya, y después tornaría y hablará con aquella gente, y placirá a Su Magestad (dice él) que hallará algún buen resgate de oro antes que vuelva.

VIERNES 7 DE DICIEMBRE.

Al rendir del cuarto del alba dio las velas y salió de aquel Puerto de San Nicolás, y navegó con el viento Sudueste al Nordeste 2 leguas hasta un cabo que hace el Carenero, y quedábale al Sueste un angla y el Cabo de la Estrella al Sudueste, y distaba del Almirante 24 millas. De allí navegó al Leste luengo de costa hasta el Cabo Cinquin, que sería 48 millas; verdad es que las 20 fueron al Leste cuarta del Nordeste, y aquella costa es tierra toda muy alta y muy grande fondo: hasta dar en tierra es de 20 y 30 brazas, y fuera tanto como un tiro de lombarda no se halla fondo; lo cual todo lo probó el Almirante aquel día por la costa mucho a su placer con el viento Sudueste. El angla que arriba dijo llega, dizque al Puerto de San Nicolás tanto como tiro de una lombarda, que si aquel espacio se atajase e cortase quedaría hecha isla, lo demás bajaría en el cerco 3 ó 4 millas. Toda aquella tierra era muy alta y no de árboles grandes sino como carrascos y madroños, propia, diz, tierra de Castilla. Antes que llegase al dicho Cabo Cinquin con dos leguas, halló un agrezuela como la abertura de una montaña, por la cual descubrió un valle grandísimo, y vidolo todo sembrado como cebadas, y sintió que debía de haber en aquel valle grandes poblaciones, y a las espaldas dél había grandes montañas y muy altas, y cuando llegó al Cabo de Cinquin, lo demoraba el Cabo de la Tortuga al Nordeste, y habría 32 millas, y sobre este Cabo Cinquin, a tiro de una lombarda, está una peña en la mar que sale en alto, que se puede ver bien; y estando el Almirante sobre el dicho cabo le demoraba el Cabo del Elefante al Leste, cuarta del Sueste, y habría hasta él 70 millas, y toda tierra muy alta. Y a cabo de 6 leguas halló una grande angla, y vido por la tierra dentro muy grandes valles y campiñas y montañas altísimas, todo a semejanza de Castilla. Y dende a 8 millas halló un río muy hondo sino que era angosto, aunque bien pudiera entrar en él una carraca, y la boca todavía sin banco ni bajas. Y dende a 16 millas halló un puerto muy ancho y muy hondo hasta no hallar fondo en la entrada ni a las bordas a tres pasos, salvo 15 brazas, y va dentro un cuarto de legua. Y puesto que fuese aún muy temprano, como la una después de medio día, y el viento era a popa y recio, pero porque el cielo mostraba querer llover mucho y había gran cerrazón, que es peligrosa aun para la tierra que se sabe, cuanto más en la que no se sabe, acordó de entrar en el puerto, al cual llamó *Puerto de la Concepción*, y salió a tierra en un río no muy grande questá al cabo del puerto, que viene por unas vegas y campiñas que era maravilla ver su hermosura: llevó redes para pescar, y antes que llegase a tierra saltó una lisa como las de España propia en la barca, que hasta entonces no había visto pece que pareciese a los de Castilla. Los marineros pescaron y mataron otras, y lenguados y otros peces como los de Castilla. Anduvo un poco por aquella tierra ques toda labrada, y oyó cantar el ruiseñor y otros

pajaritos como los de Castilla. Vieron cinco hombres, mas no les quisieron aguardar sino huir. Halló arrayan y otros árboles y yerbas como los de Castilla, y así es la tierra y las montañas.

SABADO 8 DE DICIEMBRE.

Allí en aquel puerto les llovió mucho con viento Norte muy recio: el puerto es seguro de todos los vientos excepto Norte, puesto que no le puede hacer daño alguno, porque la resaca es grande, que no da lugar a que la nao labore sobre las amarras ni el agua del río. Después de media noche se tornó el viento al Nordeste y después al Leste, de los cuales vientos es aquel puerto bien abrigado por la isla de la Tortuga, que está frontera 36 millas.

DOMINGO 9 DE DICIEMBRE.

Este día llovió e hizo tiempo de invierno como en Castilla por Octubre. No había visto población sino una casa muy hermosa en el Puerto de San Nicolás, y mejor hecha que en otras partes de las que había visto. La isla es muy grande, y dice el Almirante no será mucho que boje 200 leguas: ha visto ques toda muy labrada; creía que debían ser las poblaciones lejos de la mar de donde ven cuando llegaba, y así huían todos y llevaban consigo todo lo que tenían, y hacían ahumadas como gente de guerra. Este puerto tiene en la boca 1.000 pasos, que un cuarto de legua: en ella ni hay banco ni baja, antes no se halla cuasi fondo hasta en tierra a la orilla de la mar, y hacia dentro en luengo va 3.000 pasos todo limpio y basa, que cualquiera nao puede surgir en él sin miedo y entrar sin resguardo: al cabo dél tiene dos bocas de ríos que traen poca agua: enfrente dél hay unas vegas las más hermosas del mundo y cuasi semejables a las tierras de Castilla, antes éstas tienen ventaja, por lo cual puso nombre a la dicha isla *la Isla Española*.

LUNES 10 DE DICIEMBRE.

Ventó mucho el Nordeste, y hizole garrar las anclas medio cable, de que se maravilló el Almirante, y echólo a que las anclas estaban mucho a tierra y venía sobre ella el viento. Y visto que era contrario para ir donde pretendía, envió seis hombres bien aderezados de armas a tierra que fuesen 2 ó 3 leguas dentro en la tierra para ver si pudieran haber lengua. Fueron y volvieron no habiendo hallado gente ni casas: hallaron empero unas cabañas y caminos muy anchos y lugares donde habían hecho lumbrer muchos; vieron las mejores tierras del mundo, y hallaron árboles de almáciga muchos, y trujeron della y dijeron que había mucha, salvo que no es agora el tiempo para cogella porque no cuaja.

MARTES 11 DE DICIEMBRE.

No partió por el viento que todavía era Leste y Nordeste. Frontero de aquel puerto, como está dicho, está la Isla de la Tortuga, y parece grande isla, y va la costa de ella cuasi como la Española, y puede haber de la una a la otra, a lo más, 10 leguas; conviene a saber, desde el Cabo de Cinquin, a la cabeza de la Tortuga, después la costa della se corre al Sur. Dice que quería ver aquel entre medio destas dos islas por ver la Isla Española, que la más hermosa cosa del mundo, y porque según le decían los indios que traía por allí se había de ir a la Isla de Babeque, los cuales le decían que era isla muy grande y de muy grandes montañas y ríos y valles, y decían que la Isla de Bohio era mayor que la Juana a que llaman Cuba, y que no está cercada de agua, y parece dar a entender ser tierra firme, que aquí detrás desta Española, a que ellos llaman *Caritaba*, y que es cosa infinita, y cuasi traen razón que ellos sean trabajados de gente astuta, porque todas estas islas viven con gran miedo de los de *Caniba*, y así torno a decir como otras veces dije, dice él, que *Caniba* no es otra cosa sino la gente del *Gran Can*, que debe ser aquí muy vecino, y terná navios y vernán a captivarlos, y como no vuelven creen que se los han comido. Cada día entendemos más a estos indios y ellos a nosotros, puesto que muchas veces hayan entendido uno por otro (dice el Almirante). Envío gente a tierra, hallaron mucha almáciga sin cuajarse, dice que las aguas lo deben hacer, y que en Xio la cogen por marzo, y que en enero la cogieran en aquellas tierras por ser tan templadas. Pescaron muchos pescados como los de Castilla, albuces, salmones, pijotas, gallos, pámpanos, lisas, corbinas, camarones y vieron sardinas: hallaron mucho lináloe.

MIÉRCOLES 12 DE DICIEMBRE.

No partió aqueste día por la misma causa del viento contrario dicha. Puso una gran cruz a la entrada del puerto, de la parte del Oeste, en un alto muy vistoso, en señal (dice él) que Vuestras Altezas tienen la tierra por suya, y principalmente por señal de Jesucristo nuestro Señor, y honra de la cristiandad; la cual puesta, tres marineros metieron por el monte a ver los árboles y yerbas, y oyeron un gran golpe de gente, todos desnudos como los de atrás, a los cuales llamaron e fueron tras ellos, pero dieron los indios a huir. Y finalmente, tomaron una mujer que no pudieron más porque yo (él dice) les había mandado que tomasen algunos para honrarlos y hacellos perder el miedo, y si hobiese alguna cosa de provecho, como no parece poder ser otra cosa, según la ferrosura de la tierra, y así trujeron la mujer muy moza y hermosa a la nao, y habló con aquellos indios, porque todos tenían una lengua. Hizola el Almirante vestir, y dióle cuentas de vidrio y cascabeles y sortijas de latón, y tornó la enviar a tierra muy honradamente, según su costumbre: envió algunas personas de la nao con ella, y tres de los indios que llevaba consigo, porque hablasen con aquella gente. Los marineros que iban en la barca, cuando la llevaban a tierra, dijeron al Almirante que ya no quisiera salir de la nao si no quedarse con las otras mujeres indias que había hecho tomar en el Puerto de Mares de la Isla Juana de Cuba. Todos estos indios que venían con aquella india dizque venían en una canoa, ques su carabela, en que navegan de alguna parte, y cuando asomaron a la entrada del puerto y vieron los navíos volviéronse atrás y dejaron la canoa por allí en algún lugar, y fuéronse camino de su población. Ella mostraba el paraje de la población. Traía esta mujer un pedacito de oro en la nariz, que era señal que había en aquella isla oro.

JUEVES 13 DE DICIEMBRE.

Volvieron los tres hombres que había enviado el Almirante con la mujer a tres horas de la noche, y no fueron con ella hasta la población porque les pareció lejos, o porque tuvieron miedo. Dijeron que otro día vernían mucha gente a los navíos, porque ya debían destar asegurados por las nuevas que daría la mujer. El Almirante, con deseo de saber si había alguna cosa de provecho en aquella tierra, y por haber alguna lengua con aquella gente por ser la tierra tan hermosa y fértil, y tomasen gana de servir a los Reyes, determinó de tornar a enviar a la población, confiando en las nuevas que la india habría dado de los cristianos ser buena gente, para lo cual escogió nueve hombres bien aderezados de armas y aptos para semejante negocio, con los cuales fue un indio de los que traía. Éstos fueron a la población, que estaba 4 leguas y media al Sueste, la cual hallaron en un grandísimo valle y vacía, porque como sintieron ir los cristianos todos huyeron dejando cuanto tenían la tierra dentro. La población era de 1.000 casas y de más de 3.000 hombres. El indio que llevaban los cristianos corrió tras ellos dando voces, diciendo que no hobiesen miedo, que los cristianos no eran de *Cariba*, mas antes eran del cielo, y que daban muchas cosas hermosas a todos los que hallaban. Tanto les imprimió lo que decía que se aseguraron y vinieron juntos dellos más de 2.000, y todos venían a los cristianos y les ponían las manos sobre la cabeza, que era señal de gran reverencia y amistad, los cuales estaban todos temblando hasta que muchos los aseguraron. Dijeron los cristianos que después que ya estaban sin temor iban todos a sus casas, y cada uno les traía de lo que tenía de comer, que es pan de niames, que son unas raíces como rábanos grandes que nacen, que siembran y nacen y plantan en todas sus tierras, y es su vida; y hacen dellas pan y cuecen y asan y tienen sabor propio de castañas, y no hay quien no crea comiéndolas que no sean castañas. Dábanles pan y pescado, y de lo que tenían. Y porque los indios que traía en el navío tenían entendido que el Almirante deseaba tener algún papagayo, parece que aquel indio que iba con los cristianos dijoles algo desto, y así les trujeron papagayos y los daban cuanto les pedían sin querer nada por ello. Rogábanles que no se viniesen aquella noche y que les darían otras muchas cosas que tenían en la sierra. Al tiempo que toda aquella gente estaba junta con los cristianos vieron venir una gran batalla o multitud de gente con el marido de la mujer que había el Almirante honrado y enviado, la cual traían caballera sobre sus hombros, y venían a dar gracias a los cristianos por la honra que el Almirante le había hecho, y dábanles que le había dado. Dijeron los cristianos al Almirante que era toda gente más hermosa y de mejor condición que ninguna otra de las que habían hasta allí hallado; pero dice el Almirante que no sabe cómo puedan ser de mejor condición que las otras, dando a entender que todas las que habían en las otras islas hallado eran de muy buena condición. Cuanto a la hermosura decían los cristianos que no había comparación así en los hombres como en las mujeres, y que son blancos más que los otros, y que entre los otros vieron dos mujeres mozas tan blancas como podían ser en España. Dijeron también de la hermosura de las tierras que

vieron que ninguna comparación tienen las de Castilla las mejores en hermosura y en bondad, y el Almirante así lo vía por las que ha visto y por las que tenía presentes, y decíanle que las que vía ninguna comparación tenían con aquellas de aquel valle, ni la campiña de Córdoba llegaba aquella con tanta diferencia como tiene el día de la noche. Decían que todas aquellas tierras estaban labradas, y que por medio de aquel valle pasaba un río muy ancho y grande que podía regar todas las tierras. Estaban todos los árboles verdes y llenos de fruta, y las yerbas todas floridas y muy altas; los caminos muy anchos y buenos; los aires eran como en abril en Castilla, cantaba el ruiseñor y otros pajaritos como en el dicho mes en España, que dicen que era la mayor dulzura del mundo. Las noches cantaban algunos pajaritos suavemente: los grillos y ranas se oían muchas; los pescados como en España. Vieron muchos almácigos y lináloe, y algodonaes: oro no hallaron, y no es maravilla en tan poco tiempo no se halle. Tomó aquí el Almirante experiencia de qué horas era el día y la noche, y de sol a sol; halló que pasaron 20 ampolletas que son de a media hora, aunque dice que allí puede haber defecto, porque o no la vuelven tan presto o deja de pasar algo. Dice también que halló por el cuadrante que estaba de la línea equinocial 34 grados.

VIERNES 14 DE DICIEMBRE.

Salió de aquel Puerto de la Concepción con terral, y luego desde a poco calmó, y así lo experimentó cada día de los que por allí estuvo. Después vino viento Levante; navegó con él al Nornordeste, llegó a la Isla de la Tortuga, vida una punta della que llamó la *Punta Pierna*, que estaba al Lesnordeste de la cabeza de la isla, y habría 12 millas, y de allí descubrió otra punta que llamó la *Punta Lanzada*, en la misma derrota del Nordeste, que habría 16 millas. Y así desde la cabeza de la Tortuga hasta la Punta Aguda, habría 44 millas, que son 11 leguas al Lesnordeste. En aquel camino había algunos pedazos de playa grandes. Esta isla de la Tortuga es tierra muy alta, pero no montañosa, y es muy hermosa y muy poblada de gente como la de la Isla Española, y la tierra así toda labrada, que parecía ver la campiña de Córdoba. Visto quel viento le era contrario, y no podía ir a la isla Baneque, acordó tornarse al Puerto de la Concepción, de donde había salido, y no pudo cobrar un río que está de la parte del Leste del dicho puerto dos leguas.

OCTAVA PARTE

SÁBADO 15 DE DICIEMBRE.

Salió del Puerto de la Concepción otra vez para su camino, pero en saliendo del puerto ventó Leste recio su contrario, y tomó la vuelta de la Tortuga hasta ella, y de allí dio vuelta para ver aquel río que ayer quisiera ver y tomar y no pudo, y desta vuelta tampoco lo pudo tomar, aunque surgió media legua de sotaviento en una playa, buen surgidero y limpio. Amarrados sus navíos fue con las barcas a ver el río, y entró por un brazo de mar que está antes de media legua, y no era la boca: volvió y halló la boca que no tenía aun una braza y venía muy recio: entró con las barcas por él para llegar a las poblaciones que los que antier había enviado habían visto, y mandó echar la sirga en tierra, y tirando los marineros della subieron las barcas dos tiros de lombarda y no pudo andar más por la recia del corriente del río. Vido algunas casas y el valle grande donde están las poblaciones, y dijo que otra cosa más hermosa no había visto, por medio del cual valle viene aquel río. Vido también gente a la entrada del río, más todos dieron a huir. Dice más, que aquella gente debe ser muy cazada, pues vive con tanto temor, porque en llegando que llegan a cualquiera parte, luego hacen ahumadas de las atalayas por toda la tierra, y esto más en esta Isla Española y en la Tortuga, que también es grande isla, que en las otras que atrás dejaba. Puso nombre al valle, *Valle del Paraíso*, y al río Guadalquivir, porque dizque así viene tan grande como Guadalquivir por Córdoba, y a las veras o riberas del playa de piedras muy hermosas, y todo andable.

DOMINGO 16 DE DICIEMBRE.

A la media noche con el vintezuelo de tierra dio las velas por salir de aquel golfo, y viniendo del bordo de la Isla Española yendo a la bolina, porque luego a hora de tercia ventó Leste, a medio golfo halló una canoa con un indio solo en ella, de que se maravillaba el Almirante cómo se podía tener sobre el agua siendo el viento grande. Hizolo meter en la nao a él y a su canoa, y

halagado diole cuentas de vidrio, cascabeles y sortijas de latón, y llevó en la nao hasta tierra a una población que estaba de allí 16 millas junto a la mar, donde surgió el Almirante y halló buen surgidero en la playa junto a la población, que parecía ser de nuevo hecha, porque todas las casas eran nuevas. El indio fuese luego con su canoa a tierra, y da nuevas del Almirante y de los cristianos, por ser buena gente, puesto que ya las tenían por lo pasado de las otras donde habían ido los seis cristianos, y luego vinieron más de 500 hombres, y desde a poco vino el rey dellos, todos en la playa juntos a los navios, por questaban surgidos muy cerca de tierra. Luego uno a uno, y muchos a muchos, venían a la nao sin traer consigo cosa alguna, puesto que algunos traían algunos granos de oro finísimo en las orejas y en la nariz, el cual luego daban de buena gana. Mandó hacer honra a todos el Almirante, y dice él porque son la mejor gente del mundo y más mansa; y sobre todo, que tengo mucha esperanza en nuestro Señor que Vuestras Altezas los harán todos cristianos, y serán todos suyos, que por suyos los tengo. Vida también quel dicho rey estaba en la playa, que todos le hacían acatamiento. Envióle un presente el Almirante, el cual dizque rescibió con mucho estado, y que sería mozo de hasta 21 años, y que tenía un ayo viejo y otros consejeros que le consejaban y respondían, y que hablaba muy pocas palabras. Uno de los indios que traía el Almirante habló con él, le dijo que cómo venían los cristianos del cielo, y que andaba en busca de oro, y quería ir a la Isla de Baneque; y él respondió que bien era, y que en la dicha isla había mucho oro, el cual amostró al alguacil del Almirante que le llevó el presente, el camino que había de llevar, y que en dos días iría de allí a ella, y que si de su tierra habían menester algo lo daría de muy buena voluntad. Este Rey y todos los otros andaban desnudos como sus madres los parieron, y así las mujeres, sin algún empacho, y son los más hermosos hombres y mujeres que hasta allí hobieron hallado: harto blancos, que si vestidos anduviesen y se guardasen del sol y del aire, serían cuasi tan blancos como en España, por questa tierra es harto fría y la mejor que lengua pueda decir: es muy alta, y sobre el mayor monte podrían arar bueyes, y hecha toda a campiñas y valles. En toda Castilla no hay tierra que se pueda comparar a ella en hermosura y bondad. Toda esta isla y la de la Tortuga son todas labradas como la campiña de Córdoba. Tienen sembrado en ellas ajos, que son unos ramillos que plantan, y al pie de ellos nacen unas raíces como zanahorias, que sirven por pan, y rallan y amasan y hacen pan dellas, y después tornan a plantar el mismo ramillo en otra parte y torna a dar cuatro o cinco de aquellas raíces que son muy sabrosas, propio gusto de castañas. Aquí las hay las más gordas y buenas que había visto en ninguna parte, porque también dizque de aquellas había en Guinea. Las de aquel lugar eran tan gordas como la pierna, y aquella gente todos dizque eran gordos y valientes y no flacos como los otros que antes había hallado, y de muy dulce conversación sin secta. Y los árboles de allí diz que eran tan viciosos que las hojas dejaban de ser verdes y eran prietas de verdura. Era cosa de maravilla ver aquellos valles y los ríos y buenas aguas, y las tierras para pan, para ganado de toda suerte, de que ellos no tienen alguna, para huertas y para todas las cosas del mundo quel hombre sepa pedir. Después a la tarde vino el rey a la nao: el Almirante le hizo la honra que debía, y le hizo decir cómo era de los Reyes de Castilla, los cuales eran los mayores Príncipes del mundo. Mas ni los indios quel Almirante traía, que eran los intérpretes, creían nada, ni el Rey tampoco, sino creían que venían del cielo, y que los reinos de los Reyes de Castilla eran en el cielo, y no en este mundo. Pusiéronle de comer al Rey de las cosas de Castilla, y él comía un bocado y después dábalo todo a sus consejeros y al ayo, y a los demás que metió consigo. Crean Vuestras Altezas questas tierras son en tanta cantidad buenas y fértiles, y en especial éstas desta Isla Española, que no hay persona que lo sepa decir, y nadie lo puede creer si no lo viese. Y crean questa isla y todas las otras son así suyas como Castilla, que aquí no falta salvo asiento y mandarles hacer lo que quisieren, porque yo con esta gente que traigo, que no son muchos, correría todas estas islas sin afrenta, que ya he visto solos tres destos marineros descender en tierra, y haber multitud destos indios y todos huir, sin que les quisiesen hacer mal. Ellos no tienen armas, y son todos desnudos y de ningún ingenio en las armas y muy cobardes, que 1.000 no aguardarían tres, y así son buenos para les mandar y les hacer trabajar, sembrar, y hacer todo lo otro que fuere menester, y que hagan villas y se enseñen a andar vestidos y a nuestras costumbres.

LUNES 17 DE DICIEMBRE.

Ventó aquella noche reciamente, viento Lesnordeste, no se alteró mucho la mar porque lo estorba y escuda la Isla de la Tortuga questá frontero y hace abrigo: así estuvo allí aqueste día. Envió a pescar los marineros con redes: holgáronse mucho con los cristianos los indios, y trujéronle ciertas flechas de los de Caniba o de los Canibales, y son de las espigas de cañas, y

exigieronles unos palillos tostados y agudos y son muy largos. Mostraronles dos hombres que les faltaban algunos pedazos de carne de su cuerpo, y hicieronles entender que los canibales los habían comido a bocados: el Almirante no lo creyó. Tornó a enviar ciertos cristianos a la población, y a trueque de contezuelas de vidrio rescataron algunos pedazos de oro labrado en hoja delgada. Vieron a uno que tuvo el Almirante por Gobernador de aquella provincia que llamaban *Cacique*, un pedazo tan grande como la mano de aquella hoja de oro y parecía que lo quería resgatar; el cual se fue a su casa, y los otros quedaron en la plaza, y él hacía hacer pedazuelos de aquella pieza, y trayendo cada vez un pedazuelo resgatábalo. Después que no hobo más dijo por señas que había enviado por más y que otro día lo traerían. Estas cosas todas y la manera dellos y sus costumbres y mansedumbre y consejo, muestra de ser gente más despierta y entendida que otros que hasta allí hobiese hallado, dice el Almirante. En la tarde vino allí una canoa de la Isla de la Tortuga con bien 40 hombres, y en llegando a la playa toda la gente del pueblo quedaba junta se asentaron todos en señal de paz, y algunos de la canoa, y cuasi todos descendieron en tierra. El Cacique se levantó solo y con palabras que parecían de amenazas los hizo volver a la canoa y les echaba agua, y tomaba piedras de la playa y las echaba en el agua, y después que ya todos con mucha obediencia se pusieron y embarcaron en la canoa, él tomó una piedra y la puso en la mano a mi alguacil para que les tirase, al cual yo había enviado a tierra, y al escribano y a otros para ver si traían algo que aprovechase, y el alguacil no les quiso tirar. Allí mostró mucho aquel Cacique que se favorecía con el Almirante. La canoa se fue luego, y dijeron al Almirante después de ida que en la Tortuga había más oro que en la Isla Española, porque es más cerca de Baneque. Dijo el Almirante que creía que en aquella Isla Española ni en la Tortuga hobiese minas de oro sino que lo traían de Baneque, y que traen poco, porque no tienen aquellos que dar por ello, y aquella tierra es tan gruesa que no ha menester que trabajen mucho para sustentarse ni para vestirse como anden desnudos. Y creía el Almirante que estaba muy cerca de la fuente, y que nuestro Señor le había de mostrar donde nasce el oro. Tenía nueva que de allí al Baneque había cuatro jornadas, que podrían ser 30 ó 40 leguas, que en un día de buen tiempo se podían andar.

MARTES 18 DE DICIEMBRE.

Estovo en aquella playa surto este día porque no había viento, y también porque había dicho el Cacique que había de traer oro, no porque tuviese en mucho el Almirante el oro (dizque) que podía traer, pues allí no había minas, sino por saber mejor de dónde lo traían. Luego en amaneciendo mandó ataviar la nao y la carabela de armas y banderas por la fiesta que era este día de sancta María de la O, o conmemoración de la Anunciación: tiráronse muchos tiros de lombardas, y el Rey de aquella Isla Española (dice el Almirante) había mudragado de su casa que debía distar cinco leguas de allí según pudo juzgar, y llegó a hora de tercia a aquella población, donde ya estaban algunos de la nao que el Almirante había enviado para ver si venía oro, los cuales dijeron que venían con el Rey más de 200 hombres, y que lo traían en unas andas cuatro hombres, y era mozo como arriba se dijo. Hoy estando el Almirante comiendo debajo del castillo, llegó a la nao con toda su gente. Y dice el Almirante a los Reyes: Sin duda pareciera bien a Vuestras Altezas su estado y acatamiento que todos le tienen, puesto que todos andan desnudos. Él, así como entró en la nao halló que estaba comiendo a la mesa debajo del castillo de popa, y él a buen andar se vino a sentar a par de mí, y no me quiso dar lugar que yo me saliese a él ni me levantase de la mesa, salvo que yo comiese. Yo pensé que tenía a bien de comer de nuestras viandas: mandé luego traerle cosas que comiese. Y cuando entró debajo del castillo hizo señas con la mano que todos los suyos quedasen fuera, y así lo hicieron con la mayor priesa y acatamiento del mundo, y se asentaron todos en la cubierta, salvo dos hombres de una edad madura, que yo estimé por sus consejeros y ayo, que vinieron y se asentaron a sus pies, y de las viandas que yo le puse delante tomaba de cada una tanto como se toma para hacer la salva, y después luego lo demás enviábalo a los suyos, y todos comían della, y así hizo en el beber, que solamente llegaba a la boca y después así lo daba a los otros, y todo con un estado maravilloso, y muy pocas palabras, y aquellas que decía, según yo podía entender, eran muy asentadas y de seso, y aquellos dos le miraban a la boca y hablaban por él y con él, y con mucho acatamiento. Después de comido un escudero traía un cinto, que es propio como los de Castilla en la hechura, salvo que de otra obra, que él tomó y me lo dio, y dos pedazos de oro labrado que eran muy delgados, que creo que aquí alcanzan poco dél, puesto que tengo que están muy vecinos de donde nasce, y hay mucho. Yo vide que le agradaba un arambel que yo tenía sobre mi cama; yo se lo di y unas cuentas muy buenas de ámbar que yo traía al pescuezo, y unos zapatos colorados, y una almatraja de agua

de azahar, de que quedó tan contento que fue maravilla, y él y su ayo y consejero llevan grande pesar porque no me entendían ni yo a ellos. Con todo le cognoscí que me dijo que si me cumpliese algo de aquí que toda la isla estaba a mi mandar. Yo envié por unas cuentas mías adonde por un señal tengo un excelente de oro en que están esculpidos Vuestras Altezas, y se lo amostré, y le dije otra vez como ayer que Vuestras Altezas mandaban y señoreaban todo lo mejor del mundo, y que no había tan grandes Principes; y le mostré las banderas reales y las otras de la cruz, de que él tuvo en mucho; y que grandes señores serían Vuestras Altezas, decía él contra sus consejeros, pues de tan lejos y del cielo me habían enviado hasta aquí sin miedo; y otras cosas muchas se pasaron que yo no entendía, salvo que bien vía que todo tenía a grande maravilla. Después que ya fue tarde y él se quiso ir, el Almirante le envió en la barca muy honradamente, y hizo tirar muchas lombardas, y puesto en tierra subió en sus andas y se fue con sus más de 200 hombres, y a su hijo le llevaban atrás en los hombros de un indio, hombre muy honrado. A todos los marineros y gente de los navios donde quiera que los topaba les mandaba dar de comer y hacer mucha honra. Dijo un marinero que le había topado en el camino y visto que todas las cosas que le había dado el Almirante, y cada una dellas llevaba delante del Rey un hombre, a lo que parecía de los más honrados. Iba su hijo atrás del Rey buen rato, con tanta compañía de gente como él, y otro tanto un hermano del mismo Rey, salvo que iba el hermano a pie y llevábanlo del brazo dos hombres honrados. Este vino a la nao después del Rey, al cual dio el Almirante algunas cosas de los dichos resgates, y allí supo el Almirante que al Rey llamaban en su lengua Cacique. En este día se resgató dizque poco oro; pero supo el Almirante de un hombre viejo que había muchas islas comarcanas a cien leguas y más según pudo entender, en las cuales nasce muy mucho oro, y en las otras, hasta decirle que había isla que era todo oro, y en las otras que hay tanta cantidad que lo cogen y ciernen como con cedazos, y lo funden y hacen vergas y mil labores: figuran por señas la hechura. Este viejo señaló al Almirante la derrota y el paraje donde estaba: determinóse el Almirante de ir allá, y dijo que si no fuera el dicho viejo tan principal persona de aquel Rey que lo detuviera y llevara consigo, o si supiera la lengua que se lo rogara, y creía, según estaba bien con él y con los cristianos, que se fuera con él de buena gana; pero porque tenía ya aquellas gentes por de los Reyes de Castilla, y no era razón de hacelles agravio, acordó de dejallo. Puso una cruz muy poderosa en medio de la plaza de aquella población, a lo cual ayudaron los indios mucho, y hicieron, dizque oración y la adoraron, y por la muestra que dan espera en nuestro Señor el Almirante que todas aquellas islas han de ser cristianos.

MIÉRCOLES 19 DE DICIEMBRE.

Esta noche se hizo a la vela por salir de aquel golfo que hace allí la Isla de la Tortuga con La Española, y siendo de día tornó el viento Levante, con el cual todo este día no pudo salir de entre aquellas dos islas, y a la noche no pudo tomar un puerto que por allí parecía. Vida por allí cuatro cabos de tierra y una grande bahía y río, y de allí vida una angla muy grande, y tenía una población, y a las espaldas un valle entre muchas montañas altísimas, llenas de árboles, que juzgó ser pinos, y sobre los *Dos Hermanos* hay una montaña muy alta y gorda que va de Nordeste al Sudueste, y del Cabo de Torres al Lesueste está una isla pequeña, a la cual puso nombre *Santo Tomás*, porque es mañana su vigilia. Todo el cerco de aquella isla tiene cabos y puertos maravillosos, según juzgaba él desde la mar. Antes de la isla de la parte del Oeste hay un cabo que entra mucho en la mar alto y bajo, y por eso le puso nombre *Cabo alto y bajo*. Del camino de Torres al Leste cuarta del Sueste hay 60 millas hasta una montaña más alta que otra que entra en la mar, y parece desde lejos isla por sí por un degollado que tiene de la parte de tierra; púsole nombre *Monte Caribata*, porque aquella provincia se llamaba Caribata. Es muy hermoso y lleno de árboles verdes y claros, sin nieve y sin niebla, y era entonces por allí el tiempo, cuanto a los aires y templanza, como por marzo en Castilla, y en cuanto a los árboles y yerbas como por mayo: las noches dizque eran de catorce horas.

NOVENA PARTE

JUEVES 20 DE DICIEMBRE.

Hoy al poner del sol entró en un puerto que estaba entre la isla de Santo Tomás y el Cabo de Caribata, y surgió. Este puerto es hermosísimo y que cabían en él cuantas naos hay en cristianos: la entrada dél parece desde la mar imposible a los que no hobiesen en él entrado,

por unas restringas de peñas que pasan desde el monte hasta cuasi la isla, y no puestas por orden sino unas acá y otras acullá, unas a la mar y otras a la tierra; por lo cual es menester estar despiertos para entrar por unas entradas que tiene muy anchas y buenas para entrar sin temor, y todo muy fondo de siete brazas, y pasadas las restringas dentro hay 12 brazas. Puede la nao estar con una cuerda cualquiera amarrada contra cualesquiera vientos que haya. A la entrada de este puerto dizque había un cañal, que queda a la parte del Oeste de una isleta de arena, y en ella muchos árboles, y hasta el pie de ella hay siete brazas; pero hay muchas bajas en aquella comarca, y conviene abrir el ojo hasta entrar en el puerto: después no hayan miedo a toda la tormenta del mundo. De aquel puerto se parecía un valle grandísimo y todo labrado, que descende a él del Sueste, todo cercado de montañas altísimas que parece que llegan al cielo, y hermosísimas, llenas de árboles verdes, y sin duda que hay allí montañas más altas que la isla de Tenerife en Canaria, que se tenía por de las más altas que puede hallarse. Desta parte de la Isla de Santo Tomás está otra isleta a una legua, y dentro de ella otra, y en todas hay puertos maravillosos, mas cumple mirar por las bajas. Vida también poblaciones y ahumadas que se hacían.

VIERNES 21 DE DICIEMBRE.

Hoy fue con las barcas de los navíos a ver aquel puerto; el cual vida ser tal que afirmó que ninguno se le iguala de cuantos haya jamás visto, y escúsase diciendo que ha loado los pasados tanto que no sabe cómo lo encarecer, y que teme que sea juzgado por manificador excesivo más de lo que es la verdad; a esto satisface diciendo: que trae consigo marineros antiguos, y estos dicen y dirán lo mismo, y todos cuantos andan en la mar: conviene a saber, todas las alabanzas que ha dicho de los puertos pasados ser verdad, y ser éste muy mejor que todos ser asimismo verdad. Dice más desta manera: Yo he andado 23 años en la mar, sin salir della tiempo que se haya de contar, y vi todo el Levante y Poniente, que dice por ir al camino de Septentrión, que es Inglaterra, y he andado la Guinea, mas en todas estas partidas no se hallará la perfección de los puertos ... (*En blanco en el original*) fallado siempre lo (*En blanco en el original*) mejor que otro, que yo con buen tiento miraba mi escribir, y tornó a decir que afirmó haber bien escrito, y que agora éste es sobre todos, y cabrían en él todas las naos del mundo, y cerrado que con una cuerda la más vieja de la nao la tuviese amarrada. Desde la entrada hasta el fondo habrá cinco leguas. Vida unas tierras muy labradas, aunque todas son así, y mandó salir dos hombres fuera de las barcas que fuesen a un alto para que viesen si había población, porque de la mar no se vía ninguna; puesto que aquella noche cerca de las diez horas vinieron a la nao en una canoa ciertos indios a ver al Almirante y a los cristianos por maravilla, y les dio de los rescates con que se holgaron mucho. Los dos cristianos volvieron y dijeron donde habían visto una población grande, un poco desviada de la mar. Mandó el Almirante remar hacia la parte donde la población estaba hasta llegar cerca de tierra, y vio unos indios que venían a la orilla de la mar, y parecía que venían con temor, por lo cual mandó detener las barcas y que les hablasen los indios que traía en la nao, que no les haría mal alguno. Entonces se allegaron más a la mar, y el Almirante más a tierra, y después que del todo perdieron el miedo, venían tantos que cabrían la tierra, dando mil gracias así hombres como mujeres y niños: los unos corrían de acá y los otros de allá a nos traer pan que hacen de niames, a aquellos llaman ajas, que son muy blanco y bueno, y nos traían agua en calabazas y en cántaros de barro de la hechura de los de Castilla, y nos traían cuanto en el mundo tenían y sabían que el Almirante quería, y todo con un corazón tan largo y tan contento que era maravilla; y no se diga que porque lo que daban valía poco por eso lo daban liberalmente, dice el Almirante, porque lo mismo hacían y tan liberalmente los que daban pedazos de oro, como los que daban la calabaza del agua; y fácil cosa es de cognoscer (dice el Almirante) cuando se da una cosa con muy deseoso corazón de dar. Estas son sus palabras: Esta gente no tiene varas ni azagayas, ni otras ningunas armas ni los otros de toda esta isla, y tengo que grandísima: son así desnudos como su madre los parió, así mujeres como hombres, que en las otras tierras de la Juana, y las otras de las otras islas, traían las mujeres delante de sí unas cosas de algodón con que cobijan su natura tanto como una bragueta de calzas de hombre, en especial después que pasan de edad de 12 años; mas aquí ni moza ni vieja; y en los otros lugares todos los hombres hacían esconder sus mujeres de los cristianos por zelos, más allí no, y hay muy lindos cuerpos de mujeres, y ellas las primeras que venían a dar gracias al cielo y traer cuanto tenían en especial cosas de comer, pan de ajas y gonzá avellanada, y de cinco o seis maneras frutas, de las cuales mandó curar el Almirante para traer a los Reyes. No menos, diz, que hacían las mujeres en las otras partes antes que se ascondiesen, y el Almirante mandaba en todas partes estar todos los suyos sobre aviso que no

enojase a alguno en cosa ninguna, y que nada les tomasen contra su voluntad, y así les pagaban todo lo que dellos rescibian. Finalmente (dice el Almirante) que no puede creer que hombre haya visto gente de tan buenos corazones y francos para dar, y tan temerosos que ellos se deshacian todos por dar a los cristianos cuanto tenían, y en llegando los cristianos luego corrian a traerlo todo. Después envió el Almirante seis cristianos a la población para que la viesén qué era, a los cuales hicieron cuanta honra podían y sabían, y les daban cuanto tenían, porque ninguna duda les queda sino que creían el Almirante y toda su gente haber venido del cielo: lo mismo creían los indios que consigo el Almirante traía de las otras islas, puesto que ya se les había dicho lo que debían de tener. Después de haber ido los seis cristianos vinieron ciertas canoas con gente a rogar al Almirante, de parte de un Señor, que fuese a su pueblo cuando allí se partiese. Canoa es una barca en que navegan, y son dellas grandes y dellas pequeñas. Y visto quel pueblo de aquel Señor estaba en el camino sobre una punta de tierra, esperando con mucha gente al Almirante, fue allá, y antes que se partiese vino a la playa tanta gente que era espanto, hombres y mujeres, dando voces que no se fuese sino que se quedase con ellos. Los mensajeros del otro Señor que había venido a convidar, estaban aguardando con sus canoas porque no se fuese sin ir a ver al Señor, y así lo hizo, y en llegando que llegó el Almirante adonde aquel Señor le estaba esperando, y tenían muchas cosas de comer, mandó asentar toda su gente, manda que lleven lo que tenían de comer a las barcas donde estaba el Almirante, junto a la orilla de la mar. Y como vido quel Almirante había rescebido lo que le habían llevado, todos o los más de los indios dieron a correr al pueblo, que debía estar cerca, para traerle más comida y papagayos y otras cosas de lo que tenían con tan franco corazón que era maravilla. El Almirante les dio cuentas de vidrio y sortijas de latón y cascabeles, no porque ellos demandasen algo, sino porque le parecía que era razón, y sobre todo (dice el Almirante) porque los tiene ya por cristianos y por de los Reyes de Castilla más que las gentes de Castilla; y dice que otra cosa no falta, salvo saber la lengua y mandarles, porque todo lo que se les mandare harán sin contradicción alguna. Partióse de allí el Almirante para los navios, y los indios daban voces, así hombres como mujeres y niños, que no se fuesen y se quedasen con ellos los cristianos. Después que se partían venían tras ellos a la nao canoas llenas dellos, a los cuales hizo hacer mucha honra y dalles de comer y otras cosas que llevaron. Había también venido antes otro Señor de la parte del Oeste y aun a nado venían muy mucha gente, y estaba la nao más de grande media legua de tierra. El Señor que dije se había tornado, envíele ciertas personas para que le viesén y le preguntasen destas islas; e los recibió muy bien, y los llevó consigo a su pueblo para dalles ciertos pedazos grandes de oro, y llegaron a un gran río, el cual los indios pasaron a nado: los cristianos no pudieron y así se tornaron. En toda esta comarca hay montañas altísimas que parecen llegar al cielo, que la de la Isla de Tenerife parece nada en comparación dellas en altura y en hermosura, y todas son verdes, llenas de arboledas que es una cosa de maravilla. Entre medias dellas hay vegas muy graciosas, y al pie de este puerto al Sur hay una vega tan grande que los ojos no pueden llegar con la vista al cabo, sin que tenga impedimento de montaña, que parece que debe tener 15 ó 20 leguas, por la cual viene un río, y es toda poblada y labrada, y está tan verde agora como si fuera en Castilla por mayo o por junio, puesto que las noches tienen catorce horas y sea la tierra tanto Septentrional. Así este puerto es muy bueno para todos los vientos que puedan ventar, cerrado y hondo, y todo poblado de gente muy buena y mansa, y sin armas buenas ni malas, y puede cualquiera navío estar sin miedo en él que otros navíos que vengan de noche a le saltar, porque puesto que la boca sea bien ancha de más de dos laguas, es muy cerrada de dos restringas de piedra que escasamente la ven sobre agua, salvo una entrada muy angosta en esta restringa, que no parece sino que fue hecho a mano, y que dejaron una puerta abierta cuanto los navíos puedan entrar. En la boca hay siete brazas de hondo hasta el pie de una isleta llana que tiene una playa y árboles al pie della; de la parte del Oeste tiene la entrada y se puede llegar una nao sin miedo hasta poner el bordo junto a la peña. Hay de la parte del Norueste tres islas y un gran río a una legua del cabo deste puerto: es el mejor del mundo; púsole nombre el *Puerto de la mar de Santo Tomás*, porque era hoy su día: díjole mar por su grandeza.

SÁBADO 22 DE DICIEMBRE.

En amaneciendo dio las velas para ir su camino a buscar las islas que los indios le decían que tenían mucho oro, y de algunas que tenían más oro que tierra: no le hizo tiempo y haba de tornar a surgir, y envió la barca a pescar con la red. El Señor de aquella tierra, que tenía un lugar cerca de allí, le envió una grande canoa llena de gente, y en ella un principal criado suyo

a rogar al Almirante que fuese con los navíos a su tierra y que le daría cuanto tuviese. Envióle con aquél un cinto que en lugar de bolsa traía una carátula que tenía dos orejas grandes de oro de martillo, y la lengua y la nariz. Y como sea esta gente de muy franco corazón que cuanto le piden dan con la mejor voluntad del mundo, les parece que pidiéndoles algo les hacen grande merced: esto dice el Almirante. Toparon la barca y dieron el cinto a un grumete, y vinieron con su canoa a bordo de la nao con su embajada. Primero que los entendiese pasó alguna parte del día, ni los indios quel traía los entendían bien porque tienen alguna diversidad de vocablos en nombres de las cosas: en fin, acabó de entender por señas su convite. El cual determinó de partir el domingo para allá, aunque no solía partir de puerto en domingo, sólo por su devoción y no por superstición alguna; pero con esperanza, dice él, que aquellos pueblos han de ser cristianos por la voluntad que muestran y de los Reyes de Castilla, y porque los tiene ya por suyos, y porque le sirvan con amor, les quiere y trabaja hacer todo placer. Antes que partiese hoy envió seis hombres a una población muy grande tres leguas de allí de la parte del Oweste, porquel Señor della vino el día pasado al Almirante y dijo que tenía ciertos padazos de oro. En llegando allá los cristianos, tomó el Señor de la mano al escribano del Almirante, que era uno dellos, el cuan enviaba el Almirante para que no consintiese hacer a los demás cosa indebida a los indios, porque como fuesen tan francos los indios, y los españoles tan codiciosos y desmedidos, que no les basta que por un cabo de agujeta y aun por un pedazo de vidrio y descudilla y por otras cosas de no nada les daban los indios cuanto querían; pero aunque sin dalles algo se lo querrian todo haber y tomar, lo quel Almirante siempre prohibía, y aunque también eran muchas cosas de poco valor, sino era el oro, las que daban a los cristianos; pero el Almirante mirando al franco corazón de los indios que por seis contezuelas de vidrio darian y daban un pedazo de oro, por eso mandaba que ninguna cosa se recibiese dellos que no se les diese algo en pago. Así que tomó por la mano el Señor al escribano y lo llevó a su casa con todo el pueblo, que era muy grande, que le acompañaba, y les hizo dar de comer, y todos los indios les traían muchas cosas de algodón labradas y en ovillas hilado. Después que fue tarde dioles tres ánsares muy gordas el Señor y unos pedacitos de oro, y vinieron con ellos mucho número de gente, y les traían todas las cosas que allá habían resgatado, y a ellos mismos porfiaban de traellos acuestas, y de hecho lo hicieron por algunos ríos y por algunos lugares lodosos. El Almirante mandó dar al Señor algunas cosas, y quedó él y toda su gente con gran contentamiento, creyendo verdaderamente que habían venido del cielo, y en ver los cristianos se tenían por bienaventurados. Vinieron este día más de 120 canoas a los navíos todas cargadas de gente y todos traen algo, especialmente de su pan y pescado, y agua en cantarillos de barro, y simientes de muchas simientes que son buenas especias: echaban un grano en una escudilla de agua y bébenla, y decían los indios que consigo traía el Almirante que era cosa sanísima.

DOMINGO 23 DE DICIEMBRE.

No pudo partir con los navíos a la tierra de aquel Señor que lo había enviado a rogar y convidar por falta del viento; pero envió con los tres mensajeros que allí esperaban las barcas con gente y al escribano. Entretanto que aquellos iban, envió dos de los indios que consigo traía a las poblaciones que estaban por allí cerca del paraje de los navíos, y volvieron con un Señor a la nao con nuevas que en aquella isla española había gran cantidad de oro, y que a ella lo venían a comprar de otras partes, y dijéronle que allí hallaría cuanto quisiese. Vinieron otros que confirmaban haber en ella mucho oro, y mostrábanle la manera que se tenía en cogello. Todo aquello entendía el Almirante con pena; pero todavía tenía por cierto que en aquellas partes había grandísima cantidad dello, y que hallando el lugar donde se saca habrá gran barato dello, y según imaginaba que por no nada. Y torna a decir que cree que debe haber mucho, porque en tres dias que había, quedaba en aquel puerto había habido buenos pedazos de oro, y no puede creer que allí lo traigan de otra tierra. Nuestro Señor que tiene en las manos todas las cosas vea de remediar y dar como fuere su servicio: estas son palabras del Almirante. Dice que aquella hora cree haber venido a la nao más de 1.000 personas, y que todas traían algo de lo que poseen; y antes que lleguen a la nao, con medio tiro de ballesta, se levantan en sus canoas en pie y toman en las manos lo que traen diciendo: tornad, tomad, También cree que más de 500 vinieron a la nao nadando por no tener canoas, y estaba surta cerca de una legua de tierra. Juzgaba que habían venido cinco Señores, hijos de Señores, con toda su casa, mujeres y niños a ver los cristianos. A todos mandaba dar el Almirante, porque todo, dizque era bien empleado, y dice: Nuestro Señor me aderece, por su piedad, que halle este oro, digo su mina, que hartos tengo aquí que dicen que la saben: estas son sus palabras. En la noche

llegaron las barcas y dijeron que había gran camino hasta donde venían, y que al monte de Caribatan hallaron muchas canoas con muy mucha gente que venían a ver el Almirante y a los cristianos del lugar donde ellos iban. Y tenía por cierto que si aquella fiesta de Navidad pudiera estar en aquel puerto viniera toda la gente de aquella isla, que estimaba ya por mayor que Inglaterra, por verlos; los cuales se volvieron todos con los cristianos a la población, la cual, dizque afirmaban ser la mayor y la más concertada de calles que otras de las pasadas y halladas hasta allí, la cual, dizque es de parte de la Punta Santa, al Sueste cuasi tres leguas. Y como las canoas andan mucho de remos fuéronse delante a hacer saber al Cacique, aquellos llamaban allí. Hasta entonces no había podido entender el Almirante si lo dicen por Rey o por Gobernador. También dicen otro nombre por grande que llaman *Nitayno* no sabía si lo decían por Hidalgo o Gobernador o Juez. Finalmente, el Cacique, vino a ellos y se ayuntaron en la plaza que estaba muy barrida, todo el pueblo, que había más de 2.000 hombres. Este Rey hizo mucha honra a la gente de los navíos, y los populares cada uno les traía algo de comer y de beber. Después el Rey dio a cada uno unos paños de algodón que visten las mujeres y papagallos para el Almirante y ciertos pedazos de oro; daban también los populares de los mismos paños, y otras cosas de sus casas a los marineros, por pequeña cosa que les daban, la cual según la recibían parecía que la estimaban por reliquias. Ya a la tarde, queriendo despedir, el Rey les rogaba que aguardasen hasta otro día; lo mismo todo el pueblo. Visto que determinaban su venida, vinieron con ellos mucho del camino, trayéndoles a cuestras lo quel Cacique y los otros les habían dado hasta las barcas, que quedaban a la entrada del río.

LUNES 24 DE DICIEMBRE.

Antes de salido el sol levantó las anclas, con el viento terral. Entre los muchos indios que ayer habían venido a la nao, que les habían dado señales de haber en aquella isla oro, y nombrado los lugares donde lo cogían, vido uno parece que más dispuesto y aficionado, o que con más alegría le hablaba, y halagólo rogándole que se fuese con él a mostralle las minas de oro; este trujo otro compañero o pariente consigo, los cuales entre los otros lugares que nombraban donde se cogía el oro dijeron de *Cipango*, al cual ellos llamaban *Civaó*, y allí afirman que hay gran cantidad de oro, y quel Cacique trae las banderas de oro de martillo, salvo que está muy lejos al Leste. El Almirante dice aquí estas palabras a los Reyes. Crean Vuestras Altezas que en el mundo todo no puede haber mejor gente, ni más mansa: deben tomar Vuestras Altezas grande alegría porque luego los harán cristianos, y los habrán enseñado en buenas costumbres de sus reinos, que más mejor gente ni tierra puede ser, y la gente y la tierra en tanta cantidad que yo no sé ya cómo lo escriba; porque yo he hablado en superlativo grado la gente y la tierra de la Juana, a que ellos llaman Cuba; mas hay tanta diferencia dellos y della a esta en todo como del día a la noche; ni creo que otro ninguno que esto hobiere visto hobiese hecho ni dijese menos de lo que yo tengo dicho, y digo que es verdad que es maravilla las cosas de acá y los pueblos grandes de esta Isla Española, que así la llamé, y ellos le llaman Bohio, y todos de muy singularísima tracto amoroso y habla dulce, no como los otros que parece cuando hablan que amenazan, y de buena estatura hombres y mujeres, y no negros. Verdad es que todos se tiñen, algunos de negro y otros de otra color, y los más de colorado. He sabido que lo hacen por el sol que no les haga tanto mal, y las casas y lugares tan hermosos, y con señorio en todos como juez o señor dellos, y todos le obedecen que es maravilla, y todos estos señores son de pocas palabras y muy lindas costumbres, y su mando es lo más con hacer señas con la mano, y luego es entendido que es maravilla. Todas son palabras del Almirante. Quien hobiere de entrar en la mar de Santo Tomé se debe meter una buena legua sobre la boca de la entrada sobre una isleta llana que en el medio hay, que le puso nombre la Amiga, llevando la proa en ella. Y después que llegare a ella con el ot (*incompleto en el original*) de una piedra, pase de la parte del Oeste, y qué dele ella al Leste, y se llegue a ella y no a la otra parte, porque viene una restringa muy grande del Oeste, e aun en la mar fuera della hay unas tres bajas, y esta restringa se llega a la Amiga un tiro de lombarda, y entremedias pasará y hallará a lo más bajo siete brazas y cascajos abajo, y dentro hallará puerto para todas las naos del mundo, y que estén sin amarras. Otra restringa y bajas vienen de la parte del Leste a la dicha isla Amiga, y son muy grandes, y salen en la mar mucho, y llega hasta el cabo cuasi dos leguas; pero entre ellas pareció que había entrada a tiro de dos lombardas de la Amiga, y al pie del Monte Caribatan de la parte del Oeste hay un muy buen puerto y muy grande.

MARTES 25 DE DICIEMBRE DÍA DE NAVIDAD.

Navegando con poco viento el día de ayer desde la mar de Santo Tomé hasta la Punta Santa, sobre la cual a una legua estuvo así hasta pasado el primer cuarto, que serían a las once horas de la noche, acordó echarse a dormir, porque había dos días y una noche que no había dormido. Como fuese calma, el marinero que gobernaba la nao acordó irse a dormir, y dejó el gobernador a un mozo grumete, lo que mucho siempre había el Almirante prohibido en todo el viaje, que hobiese viento o que hobiese calma; conviene a saber, que no dejaran gobernar a los grumetes. El Almirante estaba seguro de bancos y de peñas, porque el domingo cuando envió las barcas a aquel Rey habían pasado al Leste de la dicha Punta Santa bien 3 leguas y media, y habían visto los marineros toda la costa y los bajos que hay desde la dicha Punta Santa al Leste Sueste bien 3 leguas, y vieron por dónde se podía pasar, lo que todo este viaje no hizo. Quiso nuestro Señor que a las doce horas de la noche, como habían visto acostar y reposar el Almirante y vían que era calma muerta, y la mar como en una escudilla, todos se acostaron a dormir, y quedó el gobernalle en la mano de aquel muchacho, y las aguas que corrían llevaron la nao sobre uno de aquellos bancos. Los cuales puesto que fuese de noche, sonaban que de una grande legua se oyeran y vieran, y fue sobre él tan mansamente que casi no se sentía. El mozo que sintió el gobernalle y oyó el sonido de la mar, dio voces, a las cuales salió el Almirante, y fue tan presto que aun ninguno había sentido questuviesen encallados. Luego el maestre de la nao, cuya era la guardia, salió; y díjoles el Almirante a él y a los otros que halasen el batel que traían por popa, y tomasen un ancla y la echasen por popa, y él con otros muchos saltaron en el batel, y pensaba el Almirante que hacían lo que les había mandado; ellos no curaron sino de huir a la carabela que estaba a barlovento media legua. La carabela no los quiso rescebir haciéndolo virtuosamente, y por esto volvieron a la nao, pero primero fue a ella la barca de la carabela. Cuando el Almirante vido que se huían y que era su gente, y las aguas menguaban y estaba ya la nao la mar de través, no viendo otro remedio, mandó cortar el mastel y alijar de la nao todo cuanto pudieron para ver si podían sacarla, y como todavía las aguas menguasen no se pudo remediar, y tomó lado hacia la mar travesía, puesto que la mar era poco o nada, y entonces se abrieron los conventos y no la nao. El Almirante fue a la carabela para poner en cobro la gente de la nao en la carabela, y como ventase ya venticillo de la tierra, y también aún quedaba mucho de la noche, ni supiesen cuánto duraban los bancos, temporejó a la corda hasta que fue de día y luego fue a la nao por de dentro de la restringa del banco. Primero había enviado el batel a tierra con Diego de Arana, de Córdoba, alguacil del Armada, y Pedro Gutiérrez, repostero de la Casa Real, a hacer saber al Rey que lo había enviado a convidar y rogar el sábado que se fuese con los navíos a su puerto, el cual tenía su villa adelante obra de una legua y media del dicho banco, el cual como lo supo dicen que lloró, y envió toda su gente de la villa con canoas muy grandes y muchas a descargar todo lo de la nao; y así se hizo y se descargó todo lo de las cubiertas en muy breve espacio: tanto fue el grande aviamiento y diligencia que aquel Rey dio. Y él con su persona, con hermanos y parientes estaban poniendo diligencia así en la nao como en la guarda de lo que se sacaba a tierra, para que todo estuviere a muy buen recaudo. De cuando en cuando enviaba uno de sus parientes al Almirante llorando a lo consolar, diciendo que no rescibiese pena ni enojo qué le daría cuanto tuviese. Certifica el Almirante a los Reyes que en ninguna parte de Castilla tan buen recaudo en todas las cosas se pudiera poner sin faltar un agujeta. Mandó poner todo junto con las casas entretanto que se vaciaban algunas casas que quería dar, donde se pusiese y guardase todo. Mandó poner hombres armados en rededor de todo, que velasen toda la noche. Él con todo el pueblo lloraban tanto (dice el Almirante): son gente de amor y sin cudicia, y convenibles para toda cosa, que certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra: ellos aman a sus prójimos como a sí mismos, y tienen una habla la más dulce del mundo y mansa, y siempre con risa. Ellos andan desnudos, hombres y mujeres, como sus madres los parieron. Mas crean Vuestras Altezas que entre si tienen costumbres muy buenas, y el Rey muy maravilloso estado, de una cierta manera tan continente que es y para qué. Todo esto dice así el Almirante.

DÉCIMA PARTE

MIÉRCOLES 26 DE DICIEMBRE.

Hoy a salir del sol vino el Rey de aquella tierra questaba en aquel lugar a la carabela Niña, donde estaba el Almirante, y cuasi llorando le dijo que no tuviese pena que él le daría cuanto

tenía, y que había dado a los cristianos questaban en tierra dos muy grandes casas, y que más les daría si fuesen menester, y cuantas canoas pudiesen cargar y descargar la nao y poner en tierra cuanta gente quisiese; y que así lo había hecho ayer, sin que se tomase una migaja de pan ni otra cosa alguna: tanto (dice el Almirante) son fieles y sin cudicia de lo ageno, y así era sobre todos aquel Rey virtuoso. En tanto quel Almirante estaba hablando con él, vino otra canoa de otro lugar que traía ciertos pedazos de oro, los cuales quería dar por un cascabel, porque otra cosa tanto no deseaban como cascabeles. Que aún no llega la canoa a bordo cuando llamaban y mostraban los pedazos de oro, diciendo *chug chug* por cascabeles, que están en puntos de se tornar locos por ellos. Después de haber visto esto, y partiéndose estas canoas que eran de los otros lugares, llamaron al Almirante y le rogaron que les mandase guardar un cascabel hasta otro día, por quel traería cuatro pedazos de oro tan grandes como la mano. Holgó el Almirante de oír esto, y después un marinero que venía de tierra dijo al Almirante que era cosa de maravilla las piezas de oro que los cristianos questaban en tierra resgataban por no nada; por una agujeta daban pedazos que serían más de dos castellanos, y que entonces no era nada al respecto de lo que sería dende a un mes. El Rey se holgó mucho con ver al Almirante alegre, y entendió que deseaba mucho oro, y díjole por señas que él sabía cerca de allí adonde había dello muy mucho en grande suma, y questuviese de buen corazón que él daría cuanto oro quisiese, y dello dizque le daba razón, y en especial que lo había en Cipango, a que ellos llamaban Cívao, en tanto grado que ellos no lo tienen en nada, y que lo traería allí, aunque también en aquella Isla Española, a quien llaman Bohío, y en aquella provincia Caribata lo había mucho más. El Rey comió en la carabela con el Almirante, y después salió con él en tierra, donde hizo al Almirante mucha honra y le dio colación de dos o tres maneras de ajas, y con camarones y caza, y otras viandas aquellos tenían, y de su pan que llamaban *cazavi*, donde lo llevó a ver unas verduras de árboles junto a las casas, y andaban con él bien 1.000 personas, todos desnudos. El Señor ya traía camisa y guantes quel Almirante le había dado, y por los guantes hizo mayor fiesta que por cosa de las que le dio. En su comer con su honestidad y hermosa manera de limpieza se mostraba bien ser de linaje. Después de haber comido, que tardó buen rato estar a la mesa, trujeron ciertas yerbas con que se fregó mucho las manos: creyó el Almirante que lo hacía para ablandarlas, y diéronle agua manos. Después que acabaron de comer llevó a la playa al Almirante, y el Almirante envió por un arco turquesco y un manojo de flechas, y el Almirante hizo tirar a un hombre de su compañía, que sabía dello; y el Señor, como no sepa qué sean armas, porque no las tienen ni las usan, le pareció gran cosa; aunque dizquel comienzo fue sobre habla de los de Caniba, aquellos llaman *Caribes*, que los vienen a tomar, y traen arcos y flechas sin hierro que en todas aquellas tierras no había memoria dél, y de acero ni de otro metal, salvo de oro y de cobre, aunque cobre no había visto sino poco el Almirante. El Almirante le dijo por señas que los Reyes de Castilla mandarían destruir a los caribes, y que a todos se los mandarían traer las manos atadas. Mandó el Almirante tirar una lombarda y una espingarda, y viendo el efecto que su fuerza hacían y lo que penetraban, quedó maravillado. Y cuando su gente oyó los tiros cayeron todos en tierra. Trujeron al Almirante una gran carátula, que tenía grandes pedazos de oro en las orejas y en los ojos y en otras partes, la cual le dio con otras joyas de oro quel mismo Rey había puesto al Almirante en la cabeza y al pescuezo; y a otros cristianos que con él estaban dio también muchas. El Almirante recibió mucho placer y consolación destas cosas que vía, y se le templó el angustia y pena que había rescebido y tenía de la pérdida de la nao, y conoció que nuestro Señor había hecho encallar allí la nao porque hiciese allí asiento. Y a esto (dice él) vinieron tantas cosas a la mano, que verdaderamente no fue aquel desastre salvo gran ventura. Porque es cierto (dice él) que si yo no encallara que yo fuera de largo sin surgir en este lugar por quel está metido acá dentro en una grande bahía, y en ella dos o tres restringas de bajas. Ni este viaje dejara aquí gente, ni aunque yo quisiera dejarla no les pudiera dar tan buen aviamiento ni tantos pertrechos ni tantos mantenimientos ni aderezo para fortaleza. Y bien es verdad que mucha gente desta que va aquí me habían rogado y hecho rogar que les quisiese dar licencia para quedarse. Agora tengo ordenado de hacer una torre y fortaleza, todo muy bien, y una grande cava, no porque crea que haya esto menester por esta gente, porque tengo por dicho que con esta gente que yo traigo sujuzgaría toda esta isla, la cual creo ques mayor que Portugal, y más gente al doblo, mas son desnudos y sin armas, y muy cobardes fuera de remedio. Mas es razón que se haga esta torre; y se esté como se ha de estar, estando tan lejos de Vuestras Altezas; y porque conozcan el ingenio de la gente de Vuestras Altezas, y lo que pueden hacer, porque con amor y temor le obedezcan; y así ternán tablas para hacer toda la fortaleza dellas, y mantenimientos de pan y vino para más de un año, y simientes para sembrar, y la barca de la nao, y un calafate, y un carpintero, y un lombardero, y un tonelero, y

muchos entre ellos hombres que desean mucho, por servicio de Vuestras Altezas y me hace placer, de saber de la mina adonde se coge el oro. Así que todo es venido mucho a pelo para que se faga este comienzo. Y sobre todo que cuando encalló la nao fue tan paso que cuasi no se sintió ni había ola ni viento. Todo esto dice el Almirante. Y añade más para mostrar que fue gran ventura y determinada voluntad de Dios que la nao allí encallase porque dejase allí gente, que sino fuera por la traición del maestre y de la gente, que eran todos o los más de su tierra, de no querer echar el ancla por popa para sacar la nao, como el Almirante los mandaba, la nao se salvara, y así no pudiera saberse la tierra (dice él) como se supo aquellos días que allí estuvo y adelante, por los que allí entendía dejar, porque él iba siempre con intención de descubrir y no parar en parte más de un día sino era por falta de los vientos, porque la nao dizque era muy pesada y no para el oficio de descubrir; y llevar tal nao diz que causarían los de Palos, que no cumplieron con el Rey y la Reina lo que le habían prometido, dar navíos convenientes para aquella jornada, y no lo hicieron. Concluye el Almirante diciendo que de todo lo que en la nao había no se perdió una agujeta, ni tabla ni clavo, porque ella quedó sana como cuando partió, salvo que se cortó y rajó algo para sacar la vasija y todas las mercaderías, y pusieronlas todas en tierra y bien guardadas, como está dicho; y dice que espera en Dios que a la vuelta que él entendía hacer de Castilla, había de hallar un tonel de oro que habrían resgatado los que había de dejar, y que habrían hallado la mina de oro, y la especería, y aquello en tanta cantidad que los Reyes antes de tres años emprendiesen y aderezasen para ir a conquistar la Casa Santa, que así (dice él) protesté a Vuestras Altezas que toda la ganancia desta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalén, y Vuestras Altezas se rieron y dijeron que les placía, y que sin esto tenían aquella gana. Estas son palabras del Almirante.

JUEVES 27 DE DICIEMBRE.

En saliendo el sol vino a la carabela el Rey de aquella tierra, y dijo al Almirante que había enviado por oro, y que lo quería cubrir todo de oro antes que se fuese, antes le rogaba que no se fuese; y comieron con el Almirante el Rey e un hermano suyo, y otro su pariente muy privado, los cuales dos le dijeron que querían ir a Castilla con él. Estando en esto vinieron cómo la carabela Pinta estaba en un río al cabo de aquella isla: luego envió el Cacique allá una canoa, y en ella el Almirante, un marinero, porque amaba tanto al Almirante que era maravilla. Ya entendía el Almirante con cuanta priesa podía por despacharse para la vuelta de Castilla.

VIERNES 28 DE DICIEMBRE.

Para dar orden y priesa en el acabar de hacer la fortaleza, y en la gente que en ella había de quedar, salió el Almirante en tierra y parecióle quel Rey le había visto cuando iba en la barca, el cual se entró presto en su casa disimulando, y envió a un su hermano que recibiese al Almirante, y llevólo a una de las casas que tenía dadas a la gente del Almirante, la cual era la mayor y mejor de aquella villa. En ella le tenían aparejado un estrado de camisas de palma, donde le hicieron asentar. Después el hermano envió un escudero suyo a decir al Rey que el Almirante estaba allí, como quel Rey no sabía que era venido, puesto quel Almirante creía que lo disimulaba por hacelle mucha más honra. Como el escudero se lo dijo dio el Cacique, dizque a correr para el Almirante, y púsole al pescuezo una gran plasta de oro que traía en la mano. Estuvo allí con él hasta la tarde deliberando lo que había de hacer.

SÁBADO 29 DE DICIEMBRE.

En saliendo el sol vino a la carabela un sobrino del Rey muy mozo, y de buen entendimiento y buenos hígados (como dice el Almirante); y como siempre trabajase por saber a dónde se cogía el oro, preguntaba a cada uno, porque por señas ya entendía algo, y así aquel mancebo le dijo que a cuatro jornadas había una isla al Leste que se llamaba *Guarionex*, y otras que se llamaban *Macorix* y *Mayonic* y *Fuma* y *Cibao* y *Coroay*, en las cuales había infinito oro, los cuales nombres escribió el Almirante y supo esto que le había dicho un hermano del Rey, e riñó con él, según el Almirante entendió. También otras veces había el Almirante entendido que el Rey trabajaba porque no entendiéndose dónde nascía y se cogía el oro, porque no lo fuese a resgatar o comprar a otra parte. Mas es tanto y en tantos lugares y en esta mesma Isla Española (dice el Almirante) que es maravilla. Siendo ya de noche le envió el Rey una gran carátula de oro, y envióle a pedir un bacín de agua-manos y un jarro: creyó el Almirante que lo pedía para mandar hacer otro, y así se lo envió.

DOMINGO 30 DE DICIEMBRE.

Salíó el Almirante a comer a tierra, y llegó a tiempo que habían venido cinco Reyes sujetos a aqueste que se llamaba Guacanagari, todos con sus coronas, representando muy buen estado, que dice el Almirante a los Reyes, que sus Altezas hobieran placer de ver la manera dellos. En llegando en tierra el Rey vino a rescibir al Almirante, y lo llevó de brazos a la misma casa de ayer, a do tenía un estrado y sillas en que asentó al Almirante; y luego se quitó la corona de la cabeza y se la puso al Almirante, y el Almirante se quitó del pescuezo un collar de buenos alaqueques y cuentas muy hermosas de muy lindos colores, que parecía muy bien en toda parte, y se lo puso a él; y se desnudó un capuz de fina grana, que aquel día se había vestido, y se lo vistió; y envió por unos borceguies de color que le hizo calzar, y le puso en el dedo un grande anillo de plata, porque habían dicho que vieron una sortija de plata a un marinero, y que había hecho mucho por ella. Quedó muy alegre y muy contento, y dos de aquellos Reyes, que estaban con él, vinieron a donde el Almirante estaba con él y trujeron al Almirante dos grandes plastas de oro, cada uno la suya. Y estando así vino un indio diciendo que había dos dias que dejara la carabela Pinta al Leste en un puerto. Tornóse el Almirante a la carabela, y Vicente Yáñez, capitán de ella, afirmó que había visto ruibarbo, y que lo había en la Isla Amiga, questá a la entrada de la mar de Santo Tomé, questaba 6 leguas de allí, e que había cognoscido los ramos y raíz. Dicen quel ruibarbo echa unos ramitos fuera de tierra, y unos frutos que parecen moras verdes cuasi secas, y el palillo questá cerca de la raíz es tan amarillo y tan fino como la mejor color que puede ser para pintar, y debajo de la tierra hace la raíz una grande pera.

LUNES 31 DE DICIEMBRE.

Aqueste día se ocupó en mandar tomar agua y leña para la partida a España por dar noticia presto a los Reyes para que enviasen navíos que descubriesen lo que quedaba por descubrir, porque ya el negocio parecía tan grande y de tanto tomo, que es maravilla (dijo el Ahnirante), y dice que no quisiera partirse hasta que hobiera visto toda aquella tierra que iba hacia el Leste, y andarla toda por la costa, por saber también (dizque) el tránsito de Castilla a ella para traer ganados y otras cosas. Mas como hobiese quedado con un solo navío no le parecía razonable cosa ponerse a los peligros que le pudieran ocurrir descubriendo. Y quejábase que todo aquel mal e inconveniente haberse apartado de la carabela Pinta.

MARTES 1° DE ENERO DE 1493.

A media noche despachó la barca que fuese a la isleta Amiga para traer el ruibarbo. Volvió a visperas con un serón dello; no trujeron más porque no llevaron azada para cabar: aquello llevó por muestra a los Reyes. El Rey de aquella tierra, dizque había enviado muchas canoas por oro. Vino la canoa que fue a saber de la Pinta y el marinero, y no la hallaron. Dijo aquel marinero que 20 leguas de allí habían visto un Rey que traía en la cabeza dos grandes plastas de oro, y luego que los indios de la canoa le hablaron se las quitó, y vido también mucho oro a otras personas. Creyó el Almirante quel Rey Guacanagari debía de haber prohibido a todos que no vendiesen oro a los cristianos, porque pasase todo por su mano. Mas él había sabido los lugares, como dijo antier, donde lo había en tanta cantidad que no lo tenían en precio. También la especería que (como dice el Almirante) es mucha y más vale que pimienta y manegueta. Dejaba encomendados a los que allí quería dejar que hobiesen cuanta pudiesen.

MIÉRCOLES 2 DE ENERO.

Salíó de mañana en tierra para se despedir del Rey Guacanagari, e partirse en el nombre del Señor, e dióle una camisa suya, y mostróle la fuerza que tenían y efecto que hacían las lombardas, por lo cual mandó armar una y tirar al costado de la nao que estaba en tierra, porque vino a propósito de platicar sobre los caribes, con quien tienen guerra, y vido hasta dónde llegó la lombarda, y como pasó el costado de la nao, y fue muy lejos la piedra por la mar. Hizo hacer también un escaramuza con la gente de los navíos armada, diciendo al Cacique que no hubiese miedo a los caribes, aunque viniesen. Todo esto, dizque hizo el Almirante porque tuviese por amigos a los cristianos que dejaba, y por ponerle miedo que los temiese. Llevólo el Almirante a comer consigo a la casa donde estaba aposentado, y a los otros que iban con él.

Encomendóle mucho el Almirante a Diego de Arana y a Pedro Gutiérrez y a Rodrigo Escovedo, que dejaba juntamente por sus tenientes de aquella gente que allí dejaba, porque todo fuese bien regido y gobernado a servicio de Dios y de sus Altezas. Mostró mucho amor el Cacique al Almirante, y gran sentimiento en su partida, mayormente cuando le vida ir a embarcarse. Dijo al Almirante un privado de aquel Rey, que había mandado hacer una estatua de oro puro tan grande como el mismo Almirante, y que dende a diez días la habían de traer. Embarcóse el Almirante con propósito de se partir luego, mas el viento no le dio lugar. Dejó en aquella Isla Española, que los indios diz que llamaban Babia, 39 hombres con la fortaleza y dizque mucho amigos de aquel Rey Guacanagari, e sobre aquellos por sus tenientes a Diego de Arana, natural de Córdoba y a Pedro Gutiérrez, repostero de estrado del Rey, criado del despensero mayor, e a Rodrigo de Escovedo, natural de Segovia, sobrino de Fr. Rodrigo Pérez, con todos sus poderes que de los Reyes tenía. Dejóles todas las mercaderías que los Reyes mandaron comprar para los rescates que eran muchas, para que las trocasen y resgatasen por oro, con todo lo que traía la nao. Dejóles también pan vizcocho para un año y vino y mucha artillería, y la barca de la nao para que ellos, como marineros que eran los más, fuesen cuando viesen que convenía a descubrir la mina del oro, porque a la vuelta que volviese el Almirante hallase mucho oro, y lugar donde se asentase una villa, porque aquél no era puerto a su voluntad: mayormente quel oro que allí traían venía, dizque del Leste, y cuanto más fuesen al Leste tanto estaban cercanos de España. Dejóles también simientes para sembrar, y sus oficiales, escribano y alguacil, y entre aquellos un carpintero de naos y calafate, y un buen lombardero, que sabe bien de ingenios, y un tonelero y un físico y un sastre, y todos, dizque hombres de la mar.

JUEVES 3 DE ENERO.

No partió hoy porque a noche dizque vinieron tres de los indios que traía de las islas que se habían quedado, y dijéronle que los otros y sus mujeres venían al salir del sol. La mar también fue algo alterada, y no pudo la barca estar en tierra; determinó partir mañana mediante la gracia de Dios. Dijo que si él tuviera consigo la carabela Pinta tuviera por cierto de llevar un tonel de oro, porque osara seguir las costas de estas islas, lo que no osaba hacer por ser solo, porque no le acaciese algún inconveniente, y se impidiese su vuelta a Castilla y la noticia que debía dar a los Reyes de todas las cosas que había hallado. Y si fuera cierto que la carabela Pinta llegara a salvamento en España con aquel Martín Alonso Pinzón, dijo que no dejara de hacer lo que deseaba; pero porque no sabía dél, y porque ya que vaya podrá informar a los Reyes de mentiras, porque no le manden dar la pena que él merecía como quien tanto mal había hecho y hacía en haberse ido sin licencia, y estorbar los bienes que pudieran hacerse y saberse de aquella vez, dice el Almirante, confiaba que nuestro Señor le daría buen tiempo y se podría remediar todo.

VIERNES 4 DE ENERO.

Saliendo el sol levantó las anclas con poco viento con la barca por proa el camino del Norueste para salir fuera de la restringa, por otra canal más ancha de la que entró, la cual y otras son muy buenas para ir por delante de la Villa de la Navidad, y por todo aquello el más bajo fondo que halló fueron tres brazas hasta nueve, y estas dos van de Norueste al Sueste, según aquellas restringas eran grandes que duran desde el Cabo Santo hasta el Cabo de Sierpe, que son más de 6 leguas, y fuera en la mar bien 3, y sobre el Cabo Santo bien tres, y sobre el Cabo Santo a una legua no hay más de ocho brazas de fondo, y dentro del dicho Cabo de la parte del Leste hay muchos bajos y canales para entrar por ellos, y toda aquella costa se corre Norueste Sueste y es toda playa, y la tierra muy llana hasta bien 4 leguas la tierra adentro. Después hay montañas muy altas, y es toda muy poblada de poblaciones grandes, y buena gente, según se mostraba con los cristianos. Navegó así al Leste camino de un monte muy alto, que quiere parecer isla, pero no lo es, porque tiene participación con tierra muy baja, el cual tiene forma de un alfaneque muy hermoso, al cual puso nombre *MonteCristi*, el cual está justamente al Leste del Cabo Santo, y habrá 18 leguas. Aquel día por ser el viento muy poco no pudo llegar al *MonteCristi* con 6 leguas. Halló cuatro isletas de arena muy bajas, con una restringa que salía mucho al Norueste, y andaba mucho al Sueste. Dentro hay un grande golfo que va desde dicho monte al Sueste bien 20 leguas, el cual debe ser todo de poco fondo, y muchos bancos, y dentro dél en toda la costa muchos ríos no navegables, aunque aquel marinero quel Almirante envió con la canoa a saber nuevas de la Pinta, dijo que vida un río en el cual podían entrar naos. Surgió por allí el Almirante seis leguas de MonteCristi en 19 brazas,

dando la vuelta a la mar por apartarse de muchos bajos y restringas que por allí había, donde estuvo aquella noche. Da el Almirante aviso que el que hobiere de ir a la villa de la Navidad, que cognosciere a MonteCristi, debe meterse en la mar 2 leguas; pero porque ya se sabe la tierra y más por allí no se pone aquí. Concluye que Cipango estaba en aquella isla, y que hay mucho oro y especería y almáciga y ruibarbo.

SÁBADO 5 DE ENERO.

Cuando el sol quería salir dio la vela con el terral; después ventó Leste, y vido que de la parte del Sueste del MonteCristi, entre él y una isleta parecía ser buen puerto para surgir esta noche, y tomó el camino al Lesueste, y después al Sursueste bien 6 leguas a cerca del monte, y halló andadas las 6 leguas 17 brazas de hondo y muy limpio, y anduvo así 3 leguas con el mismo fondo. Después abajó a 12 brazas hasta el morro del monte, y sobre el morro del monte a una legua halló 9, y limpio todo arena menuda. Siguió así el camino hasta que entró entre el monte y la isleta, adonde halló tres brazas y media de fondo con baja mar, muy singular puerto adonde surgió. Fue con la barca a la isleta donde halló fuego y rastro que habian estado allí pescadores. Vido allí muchas piedras pintadas de colores, o cantera de piedras tales de labores naturales muy hermosas, dizque para edificios de iglesia o de otras obras reales, como las que halló en la isleta de San Salvador. Halló también en esta isleta muchos pies de almáciga. Este MonteCristi, dizque es muy hermoso y alto y andable, de muy linda hechura, y toda la tierra cerca de él es baja, muy linda campiña, y él queda así alto que viéndolo de lejos parece isla que no comunique con alguna tierra. Después del dicho monte al Leste vido un cabo a 24 millas, al cual llamó *Cabo del Becerro*, desde el cual hasta el dicho monte pasa en la plar bien 2 leguas unas restringas de bajos, aunque le pareció que había entre ellas canales para poder entrar; pero conviene que sea de día y vaya son dando con la barca primero. Desde el dicho monte al Leste hacia el Cabo del Becerro las 4 leguas es todo playa y tierra muy baja y hermosa, y lo otro es toda tierra muy alta y grandes montañas labradas y hermosas, y dentro de la tierra va una sierra de Nordeste al Sueste, la más hermosa que había visto, que parece propia como la sierra de Córdoba. Parecen también muy lejos otras montañas muy altas hacia el Sur y del Sueste, y muy grandes valles y muy verdes y muy hermosos y muy muchos ríos de agua; todo esto en tanta cantidad apacible que no creía encarecerlo la milésima parte. Después vido al Leste del dicho monte una tierra que parecía otro monte, así como aquel de Cristi en grandeza y hermosura. Y dende a la cuarta del Leste al Nordeste es tierra no tan alta, y habría bien 100 millas o cerca.

PARTE ONCE

DOMINGO 6 DE ENERO.

Aquel puerto es abrigado de todos los vientos salvo de Norte y Norueste, y dice que poco reinan por aquella tierra, y aún destos se pueden guarecer detrás de la isleta: tiene tres hasta cuatro brazas. Salido el sol dio la vela por ir la costa delante, la cual toda corría al Leste, salvo que menester dar resguardo a muchas restringas de piedra y arena que hay en la dicha costa. Verdad es que dentro dellas hay buenos puertos y buenas entradas por sus canales. Después de medio día ventó Leste recio, y mandó sobir a un marinero al topo del mástel para mirar los bajos, y vido venir la carabela Pinta con Leste a popa, y llegó al Almirante, y porque no había dónde surgir por ser bajo, volvióse el Almirante al MonteCristi a desandar 10 leguas atrás que había andado, y la Pinta con él. Vino Martín Alonso Pinzón a la carabela Niña, donde iba el Almirante, a se escusar diciendo que se había partido dél contra su voluntad, dando razones para ello; pero el Almirante dice que eran falsas todas, y que con mucha soberbia y cudicia se había apartado aquella noche que se apartó dél, y que no sabía (dice el Almirante) de dónde le hobiesen venido las soberbias y deshonestidad que había usado con él aquel viaje, las cuales quiso el Almirante disimular por no dar lugar a las malas obras de Satanás que deseaba impedir aquel viaje como hasta entonces había hecho, sino que por dicho de un indio de los quel Almirante le había encomendado con otros que lleva en su carabela, el cual le había dicho que en una isla que se llamaba *Baneque* había mucho oro, y como tenía el navio sutil y ligero se quiso apartar y ir por sí dejando al Almirante. Pero el Almirante quisose detener y costear la Isla Juana y la Española, pues todo era un camino del Leste. Después que Martín Alonso fue a la Isla Baneque dizque no halló nada de oro, y se vino a la costa de la Española por información

de otros indios que le dijeron haber en aquella Isla Española, que los indios llamaban Bohio, mucha cantidad de oro y muchas minas y por esta causa llegó cerca de la Villa de la Navidad, obra de 15 leguas, y había entonces más de veinte días, por lo cual parece que fueron verdad las nuevas que los indios daban, por las cuales envió el Rey Guacanagari la canoa, y el Almirante el marinero y debía de ser ida cuando la canoa llegó. Y dice aquí el Almirante que resgató la carabela mucho oro, que por un cabo de agujeta le daban buenos pedazos de oro del tamaño de dos dedos, y a veces como la mano, y llevaba el Martín Alonso la mitad, y la otra mitad se repartía por la gente. Añade el Almirante diciendo a los Reyes: Así que señores Principes que yo conozco que milagrosamente mandó quedar allí aquella nao nuestro Señor, porque es el mejor lugar de toda la isla para hacer el asiento y más a cerca de las minas del oro. También diz que supo que detrás de la isla Juana, de la parte del Sur, hay otra isla grande en que hay muy mayor cantidad de oro que en ésta, en tanto grado que cogían los pedazos mayores que habas, y en la Isla Española se cogían los pedazos de oro de las minas como granos de trigo. Llamábase, dizque aquella *Isla Yamaye*. También, dizque supo el Almirante que allí hacia el Leste había una isla adonde no había sino solas mujeres, y esto dizque de muchas personas lo sabía. Y que aquella Isla Española, o la otra Isla Yamaye estaba cerca de tierra firme, 10 jornadas de canoa, que podía ser 60 ó 70 leguas, y que era la gente vestida allí.

LUNES 7 DE ENERO.

Este día hizo tomar una agua que hacia la carabela y calafetalla, y fueron los marineros en tierra a traer leña, y dizque hallaron muchos almácigos y lináloe.

MARTES 8 DE ENERO.

Por el viento Leste y Sueste mucho que ventaba no partió este día, por lo cual mandó que se guarneciese la carabela de agua y leña, y de todo lo necesario para todo el viaje, porque aunque tenía voluntad de costear toda la costa de aquella Española que andando el camino pudiese, pero porque los que puso en las carabelas por capitanes eran hermanos, conviene a saber Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez, y otros que les seguían con soberbia y cudicia estimando que todo era ya suyo, no mirando la honra que Almirante les había hecho y dado, no habían obedecido ni obedecían sus mandamientos, antes hacían y decían muchas cosas no debidas contra él, y el Martín Alonso lo dejó desde 21 de Noviembre hasta 6 de Enero sin causa ni razón sino por su desobediencia; todo lo cual el Almirante había sufrido y callado por dar buen fin a su viaje; así que por salir de tan mala compañía, con los cuales dice que cumplía disimular aunque gente desmandada, y aunque tenía dizque consigo muchos hombres de bien, pero no era tiempo de entender en castigo; acordó volverse, y no parar más, con la mayor prisera que le fuese posible. Entró en la barca y fue al río, que es allí junto hacia el Sursudoeste del MonteCristi una grande legua, donde iban los marineros a tomar agua para el navio, y halló que el arena de la boca del río, el cual es muy grande y hondo, era dizque toda llena de oro, y en tanto grado que era maravilla, puesto que era muy menudo. Creía el Almirante que por venir por aquel río abajo se desmenuzaba por el camino, puesto que dice que en poco espacio halló muchos granos tan grandes como lentejas; mas de lo menudito dizque había mucha cantidad. Y porque la mar era llena y entraba el agua salada con la dulce, mandó subir con la barca el río arriba un tiro de piedra: hinchieron los barriles desde la barca, y volviéndose a la carabela hallaban metidos por los aros de los barriles pedacitos de oro, y lo mismo en los aros de la pipa. Puso por nombre el Almirante al río *el Río del Oro*, el cual de dentro, pasada la entrada muy hondo, aunque la entrada es baja y la boca muy ancha, y dél a la villa de la Navidad 17 leguas. Entremedias hay otros muchos ríos grandes; en especial tres, los cuales creía que debían tener mucho más oro que aquél, porque son más grandes, puesto que este es cuasi tan grande como Guadalquivir por Córdoba; y dellos a las minas del oro no hay 20 leguas. Dice más el Almirante, que no quiso tomar de la dicha arena que tenía tanto oro, pues sus Altezas lo tenían todo en casa y a la puerta de su villa de la Navidad, sino venirse a más andar por llevarles las nuevas y por quitarse de la mala compañía que tenía, y que siempre había dicho que era gente desmandada.

MIÉRCOLES 9 DE ENERO.

A media noche levantó las velas con el viento Sueste, y navegó al Lesnordeste: llegó a una punta que llamó *Punta roja*, que está justamente al Leste del MonteCristi 60 millas, y al abrigo

della surgió a la tarde, que serían tres horas antes que anocheciese. No osó salir de allí de noche porque había muchas restringas, hasta que se sepan, porque después serán provechosas si tienen como deben tener canales, y tienen mucho fondo y buen surgidero seguro de todos vientos. Estas tierras desde MonteCristi hasta allí donde surgió son tierras altas y llanas y muy lindas campiñas, y a las espaldas muy hermosos montes que van de Leste a Oueste, y son todos labrados y verdes, ques cosa de maravilla ver su hermosura, y tienen muchas riberas de agua. En toda esta tierra hay muchas tortugas, de las cuales tomaron los marineros en el MonteCristi que venían a desovar en tierra, y eran muy grapdes como una grande tablachina. El día pasado, cuando el Almirante iba al Río del Oro, dijo que vido tres serenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombres en la cara. Dijo que otras veces vido algunas en Guinea en la costa de la Manegueta. Dice que esta noche con el nombre de nuestro Señor partiría a su viaje sin más detenerse en cosa alguna, pues había hallado lo que buscaba, porque no quiere más enojo con aquel Martín Alonso hasta que sus Altezas supiesen las nuevas de su viaje y de lo que ha hecho: y después no sufriré (dice él) hechos de malas personas y de poca virtud, las cuales contra quien les dio aquella honra presumen hacer su voluntad con poco acatamiento.

JUEVES 10 DE ENERO.

Partióse de donde había surgido, y al sol puesto llegó a un río, al cual puso nombre *Río de Gracia*; dista de la parte del Sueste 3 leguas; surgió a la boca, ques buen surgidero, a la parte del Leste. Para entrar dentro tiene un banco, que no tiene sino dos brazas de agua y muy angosto: dentro es buen puerto cerrado, sino que tiene mucha bruma, y della iba la carabela Pinta, donde iba Martín Alonso, muy maltratada, porque dizque estuvo allí resgatando diez y seis días, donde resgataron mucho oro, que era lo que deseaba Martín Alonso. El cual, después que supo de los indios quel Almirante estaba en la costa de la misma Isla Española, y que no lo podía errar, se vino para él. Y dizque quisiera que toda la gente del pavio jurara que no habían estado allí sino seis días. Mas dizque era cosa tan pública su maldad que no podía encobrir. El cual, dice el Almirante, tenía hechas leyes que fuese para él la mitad del oro que se resgatase o se hobiese. Y cuando hobo de partirse de allí tomó cuatro hombres indios y dos mozas por fuerza, a los cuales el Almirante mandó dar de vestir y tornar en tierra que se fuesen a sus casas; lo cual (dice) es servicio de Vuestras Altezas, porque hombres y mujeres son todos de Vuestras Altezas, así desta isla en especial como de las otras. Mas aquí donde tienen ya asiento Vuestras Altezas se debe hacer honra y favor a los pueblos, pues que en esta isla hay tanto oro y buenas tierras y especería.

VIERNES 11 DE ENERO.

A media noche salió del Río de Gracia con el terral, navegó al Leste hasta un cabo que llamó *Belprado*, 4 leguas; y de allí al Sueste está el monte a quien puso *Monte de Plata*, y dice que hay 8 leguas. De allí del cabo de Belprado al Leste, cuarta del Sueste, está el cabo que dijo del Angel, y hay 18 leguas; y deste cabo al Monte de Plata hay un golfo y tierras las mejores y más lindas del mundo, todas campiñas altas y hermosas, que van mucho la tierra adentro, y después hay una sierra, que va de Leste a Oueste, muy grande y muy hermosa; y al pie del monte hay un puerto muy bueno, y en la entrada tiene 14 brazas, y este monte es muy alto y hermoso, y todo esto es poblado mucho, y creía el Almirante debía haber buenos ríos y mucho oro. Del Cabo del Angel al Leste, cuarta del Sueste, hay 4 leguas a una Punta que puso del Hierro; y al mismo camino, 4 leguas, está una punta, que llamó la *Punta Seca*; y de allí al mismo camino, a 6 leguas, está el Cabo que dijo Redondo; y de allí al Leste está el Cabo Francés, y en este cabo de la parte de Leste hay una angla grande, mas no le pareció haber surgidero. De allí una legua está el Cabo del Buen Tiempo; deste al Sur cuarta del Sueste hay un Cabo que llamó *Tajado*, una grande legua; deste hacia el Sur vido otro cabo, y parecióle que habría 15 leguas. Hoy hizo gran camino, porque el viento y las corrientes iban con él. No osó surgir por miedo de los bajos, y así estuvo a la carda toda la noche.

SABADO 12 DE ENERO.

Al cuarto del alba navegó al Leste con viento fresco, y anduvo así hasta el día, y en este tiempo 20 millas, y en dos horas después andaria 24 millas. De allí vida al Sur tierra, y fue hacia ella, y estaria della 48 millas, y dice que dado resguardo al navio andaria esta noche 28

millas al Nornordeste. Cuando vida la tierra, llamó a un cabo que vida el Cabo de Padre e Hijo, porque a la punta de la parte del Leste tiene dos farallones, mayor el uno que el otro. Después al Leste, 2 leguas, vido una grande abra y muy hermosa entre dos grandes montañas; y vida que era grandísimo puerto, bueno y de muy buena entrada; pero por ser muy de mañana y no perder camino porque por la mayor parte del tiempo hace por allí Lestes, y entonces le lleva Nornorueste, no quiso detenerse más. Siguió su camino al Leste hasta un cabo muy alto y muy hermoso, y todo de piedra tajado, a quien puso por nombre *Cabo del Enamorado*, el cual estaba al Leste de aquel puerto, a quien llamó *Puerto Sacro*, 32 millas; y en llegando a él descubrió otro muy más hermoso y más alto y redondo, de peña todo, así como el Cabo de San Vicente en Portugal, y estaba del Enamorado al Leste 12 millas. Después que llegó a emparejarse con el del Enamorado vida entremedias dél y de otro vido que se hacia una grandísima bahía, que tiene de anchor 3 leguas, y en medio della está una isleta pequeñuela, el fondo es mucho a la entrada hasta tierra: surgió allí en 12 brazas, envió la barca en tierra por agua, y por ver si habían lengua, pero la gente toda huyó. Surgió también por ver si toda era aquella una tierra con la Española; y lo que dijo ser golfo, sospechaba no fuese otra isla por sí. Quedaba espantado de ser tan grande la Isla Española.

DOMINGO 13 DE ENERO.

No salió deste puerto por no hacer terral con que saliese: quisiera salir por ir a otro mejor puerto, porque aquel era algo descubierto, y porque quería ver en qué paraba la conjunción de la Luna con el Sol, que esperaba a 17 deste mes, y la oposición della con Júpiter y conjunción con Mercurio, y el sol en apósito con Júpiter, que es causa de grandes vientos. Envío la barca a tierra en una hermosa playa para que tomasen de los ajes para comer, y hallaron ciertos hombres con arcos y flechas, con los cuales se pararon a hablar, y los compraron dos arcos y muchas flechas, y rogaron a uno dellos que fuese a hablar al Almirante a la carabela; y vino, el cual dizque era muy disforme en el acatadura más que otros que hobiesen visto: tenía el rostro todo tiznado de carbón, puesto que en todas partes acostumbran de se teñir de diversos colores. Traía todos los cabellos muy largos y encogidos y atados atrás, y después puestos en una rebecilla de plumas de papagayos, y él así desnudo como los otros. Juzgó el Almirante que debía de ser de los Caribes que comen los hombres, y que aquel golfo que ayer había visto, que hacia apartamiento de tierra, y que sería isla por sí. Preguntóle por los Caribes, y señalóle al Leste, cerca de allí, la cual dizque ayer vio el Almirante antes que entrase en aquella bahía, y dijole el indio que en ella había muy mucho oro, señalándole la popa de la carabela, que era bien grande, y que pedazos había tan grandes. Llamaba al oro *tuob* y no entendía por caona, como le llaman en la primera parte de la isla, ni por *nozay* como lo nombran en San Salvador y en las otras islas: al alambre o a un oro bajo llaman en la Española *tuob*. De la isla de Martinino dijo aquel indio que era toda poblada de mujeres sin hombres, y que en ella hay mucho *tuob*, que es oro o alambre, y que es más al Leste de Carib. También dijo de la isla de Goanin, adonde hay mucho *tuob*. Destas islas, dice el Almirante, que había por muchas personas días había noticia. Dice más el Almirante, que en las islas pasadas estaban con gran temor de Carib, y en algunas le llamaban Caniba, pero en la Española Carib; y que debe de ser gente arriscada, pues andan por todas estas islas, y comen la gente que pueden haber. Dice que entendía algunas palabras, y por ellas dizque saca otras cosas, y que los indios que consigo traía entendían más, puesto que hallaba diferencia de lenguas por lagran distancia de las tierras. Mandó dar al indio de comer, y dióle pedazos de paño verde y colorado, y cuentezuelas de vidrio, a que ellos son muy aficionados, y tornó le a enviar a tierra, y dijole que trujese oro si lo había, lo cual creía por algunas casitas suyas que traía. En llegando la barca a tierra, estaban detrás los árboles bien 55 hombres desnudos con los cabellos muy largos, así como las mujeres los traen en Castilla. Detrás de la cabeza traían penachos de plumas de papagayos y de otras aves, y cada uno traía su arco. Descendió el indio en tierra, e hizo que los otros dejasen sus arcos y flechas, y un pedazo de palo que es como un muy pesado, que traen en lugar de espada, los cuales después se llegaron a la barca, y la gente de la barca salió a tierra, y comenzáronles a comprar los arcos y flechas y las otras armas, porquel Almirante así lo tenía ordenado. Vendidos dos arcos no quisieron dar más, antes se aparejaron de arremeter a los critianos y prendellos. Fueron corriendo a tomar sus arcos y flechas donde los tenían apartados, y tornaron con cuerdas en las manos para dizque atar a los cristianos. Viéndolos venir corriendo a ellos, estando los cristianos apercebidos, porque siempre los avisaba de esto el Almirante, arremetieron los cristianos a ellos, y dieron a un indio una gran cuchillada en las nalgas, y a otro por los pechos hirieron con una saetada, lo cual visto que podían ganar poco aunque no

eran los cristianos sino siete, y ellos cincuenta y tantos, dieron a huir que no quedó ninguno, dejando uno aquí las flechas y otro allí los arcos. Mataran dizque los cristianos muchos dellos si el piloto que iba por capitán dellos no lo estorbara. Volviéronse luego a la carabela los cristianos con su barca, y sabido por el Almirante dijo que por una parte le había pesado y por otra no, porque hayan miedo a los cristianos, porque sin duda (dice él) la gente de allí es dizque de mal hacer, y que creía que eran los de Carib, y que comiesen los hombres, y porque viniendo por allí la barca que dejó a los 39 hombres en la fortaleza y Villa de la Navidad, tengan miedo de hacerles algún mal. Y que si no son de los Caribes, al menos deben ser fronteros y de las mismas costumbres, y gente sin miedo, no como los otros de las otras islas que son cobardes y sin armas fuera de razón. Todo esto dice el Almirante, y que querría tomar algunos dellos. Dizque hacían muchas ahumadas como acostumbraban en aquella Isla Española.

LUNES 14 DE ENERO.

Quisiera enviar esta noche a buscar las casas de aquellos indios por tomar algunos dellos, creyendo que eran caribes, y por el mucho Leste y Nordeste, y mucha ola que hizo en la mar, pero ya de día, vieron mucha gente de indios en tierra; por lo cual mandó el Almirante ir allá la barca con gente bien aderezada, los cuales luego vinieron todos a la popa de la barca, y especialmente el indio que el día antes había venido a la carabela y el Almirante le había dado las casillas de resgate. Con éste, dizque venía un Rey el cual había dado al indio dicho unas cuentas que diese a los de la barca en señal de seguro y de paz. Este Rey, con tres de los suyos, entraron en la barca y vinieron a la carabela. Mandóles el Almirante dar de comer vizcocho y miel, y dióle un bonete colorado y cuentas, y un pedazo de paño colorado, y a los otros también pedazos de paño, el cual dijo que traería mañana una carátula de oro, afirmando que allí había mucho, y en Carib y en Matinino. Después los envió a tierra bien contentos. Dice más el Almirante que hacían agua mucha las carabelas por la quilla, y quejase mucho de los calafates que en Palos las calafatearon muy mal, y que cuando vieron que el Almirante había entendido el defecto de su obra, y los quisiera constreñir a que la enmendaran, huyeron. Pero no obstante la mucha agua que las carabelas hacían, confía en nuestro Señor que le truja, le tornará por su piedad y misericordia, que bien sabía su Alta Majestad cuánta controversia tuvo primero antes que se pudiese expedir de Castilla, que ninguno otro fue en su favor sino él, porque él sabía su corazón y después de Dios sus Altezas, y todo lo demás le había sido contrario sin razón alguna. Y dice más así: y han sido causa que la Corona Real de Vuestras Altezas no tengan los cuentos de renta más de la que tiene después que yo vine a les servir, que son siete años agora a 20 días de enero este mismo mes, y más lo que acrecentado sería de aquí en adelante. Mas aquel poderoso Dios remediará todo. Estas son sus palabras.

MARTES 15 DE ENERO.

Dice que quiere partir porque ya no aprovecha nada detenerse, por haber pasado aquellos desconciertos, debe decir del escándalo de los indios. Dice también que hoy ha sabido que toda la fuerza del oro estaba en la comarca de la Villa de la Navidad de sus Altezas, y que en la Isla de Carib había mucho alambre y en Matinino, puesto que será dificultoso en Carib, porque aquella gente dizque come carne humana, y que de allí se parecía la isla dellos, y que tenía determinado de ir allá, pues está en el camino, y a la de Matinino que dizque era poblada toda de mujeres sin hombres, y ver la una y la otra, y tomar diz algunos dellos. Envío el Almirante la barca a tierra, y el Rey de aquella tierra no había venido, porque dizque la población estaba lejos, mas envió su corona de oro, como había prometido, y vinieron otros muchos hombres con algodón y con pan y ajas, todos con sus arcos y flechas. Después que todo lo hubieron resgatado, vinieron dizque cuatro mancebos a la carabela, y parecióle al Almirante dar tan buena cuenta de todas aquellas islas que estaban hacia el Leste en el mismo camino que el Almirante había de llevar, que determinó de traer a Castilla consigo. Allí, dizque no tenían hierro ni otro metal que se hobiese visto, aunque en pocos días no se puede saber de una tierra mucho, así por la dificultad de la lengua, que no entendía el Almirante sino por discreción, pocos días. Los arcos de aquella gente dizque eran tan grandes como los de Francia e Inglaterra; las flechas son propias como las azagayas de las otras gentes que hasta allí había visto, que son de los pimpollos de las cañas cuando son simiente, que quedan muy derechas y de longura de una vara y como por aquellos no saben lo que pretendía en media, y de dos, y después ponen al cabo un pedazo de palo agudo de un palmo y medio, y encima de este paliillo algunos le injieren un diente de pescado y algunos y los más le ponen allí yerba, y no tiran

como en otras partes, salvo por una cierta manera que no pueden mucho ofender. Allí había muy mucho algodón y muy fino y luengo, y hay muchas almácigas, y pareciale que los arcos eran de tejo, y que hay oro y cobre: también hay mucho ají, ques su pimienta, della que vale más que pimienta, y toda la gente no come sin ella, que la halla muy sana: puédense cargar 50 carabelas cada año en aquella Española. Dice que halló mucha yerba en aquella bahía, de la que hallaban en el golfo cuando venia al descubrimiento, por lo cual creía que había islas al Leste hasta en derecho de donde las comenzó a hallar, porque tiene por cierto que aquella yerba nasce en poco fondo junto a tierra, y dice que si así es, muy cerca estaban estas Indias de las Islas de Canaria, y por esta razón creía que distaban menos de 400 leguas.

MIÉRCOLES 16 DE ENERO.

Partió antes del día tres horas del golfo que llamó el Golfo de las Flechas, con viento de la tierra, después con viento Oueste, llevando la proa al Leste cuarta del Nordeste para ir, dizque a la Isla de Carib donde estaba la gente de quien todas aquellas islas y tierras tanto miedo tenían, porque dizque con sus canoas sin número andaban todas aquellas mares, y dizque comían los hombres que pueden haber. La derrota, dizque le había mostrado unos indios de aquellos cuatro que tomó ayer en el Puerto de las Flechas. Después de haber andado a su parecer 64 millas señalaronle los indios quedaria la dicha isla al Sueste: quiso llevar aquel camino, y mandó templar las velas, y después de haber andado 2 leguas refrescó el viento muy bueno para ir a España: notó en la gente que comenzó a entristecerse por desviarse del camino derecho, por la mucha agua que hacian ambas carabelas, y no tenían algún remedio salvo el de Dios; hobo de dejar el camino que creía que llevaba de la isla y volvió al derecho de España, Nordeste cuarta del Leste, y anduvo así hasta el sol puesto 48 millas, que son 12 leguas. Dijéronle los indios que por aquella vía hallaria la isla de Matinino, que dizque era poblada de mujeres sin hombres, lo cual el Almirante mucho quisiera por llevar, dizque a los Reyes cinco o seis dellas; pero dudaba que los indios supiesen bien la derrota, y él no se podía detener por el peligro del agua que cogian las carabelas; más dizque era cierto que las había, y que cierto tiempo del año venían los hombres a ellas de la dicha Isla de Carib, que dizque estaba dellas 10 ó 12 leguas, y si parían niño enviábanlo a la isla de los hombres, y si niña dejábanla consigo. Dice el Almirante que aquellas dos islas no deben distar de donde había partido 15 o 20 leguas, y creía que eran al Sueste, y que los indios no le supieron señalar la derrota. Después de perder de vista al cabo que nombró de *San Theramo*, de la Isla Española, que le quedaba al Oueste 16 leguas, anduvo 12 leguas al Leste cuarta de Nordeste: llevaba muy buen tiempo.

PARTE DOCE

JUEVES 17 DE ENERO.

Ayer al poner del sol calmó algo el viento, andaria 14 ampolletas, que tenía cada una media hora o poco menos hasta el rendir del primer cuarto, y andaria cuatro millas por hora, que son 28 millas. Después refrescó el viento, y anduvo así todo aquel cuarto que fueron 10 ampolletas, y después otras seis hasta salido el sol 8 millas por hora, y así andaria por todas 84 millas, que son 21 leguas al Nordeste cuarta del Leste, y hasta el sol puesto andaria más 44 millas, que son 11 leguas al Leste. Aquí vino un alcatraz a la carabela y después otro y vido mucha yerba de la que está en el mar.

VIERNES 18 DE ENERO.

Navegó con poco viento esta noche al Leste cuarta del Sueste 40 millas, que son 10 leguas; y después al Sueste cuarta del Leste 30 millas, que son 7 leguas y media, hasta salido el sol. Después de salido el sol navegó todo el día con poco viento Lesnordeste y Nordeste y con Leste más y menos, puesta la proa a veces a la Norte y a veces a la cuarta del Nordeste y al Normordeste, y así contando lo uno y lo otro creyó que andaria 60 millas, que son 15 leguas. Pareció poca yerba en la mar; pero dice que ayer y hoy pareció la mar cuajada de atunes, y creyó el Almirante que de allí debían de ir a las almadrabas del Duque de Conil y de Cáliz. Por un pescado que se llama *rabiforcado*, que anduvo alrededor de la carabela, y después se fue la vía de Sursueste, creyó el Almirante que había por allí algunas islas. Y al Lesueste de la Isla Española dijo que quedaba la Isla de Carib y la de Matinino, y otras muchas.

SÁBADO 19 DE ENERO.

Anduvo esta noche 56 millas al Norte cuarta de Nordeste, y 64 al Nordeste cuarta del Norte. Después del sol salido navegó al Nordeste con el viento Lesueste, con viento fresco, y después a la cuarta del Norte, y andaría 84 millas, que son 21 leguas. Vido la mar cuajada de atunes pequeños: hobo alcatraces, rabos de juncos y rabiforcados.

DOMINGO 20 DE ENERO.

Calmó el viento esta noche, y a ratos ventaba unos balcos de viento, y andaría por todo 20 millas al Nordeste. Después del sol salido andaría 11 millas al Sueste, después al Nornordeste 36 millas, que son 9 leguas. Vido infinitos atunes pequeños: los aires, dizque muy suaves y dulces, como en Sevilla por abril o mayo, y la mar, dice, a Dios sean dadas muchas gracias, siempre muy llana. Rabiforcados y pardelas y otras aves muchas parecieron.

LUNES 21 DE ENERO.

Ayer después del sol puesto navegó al Norte cuarta del Nordeste, con el viento Leste y Nordeste: andaría 8 millas por hora hasta media noche que serían 56 millas. Después anduvo al Nornordeste 8 millas por hora, y así serían en toda la noche 104 millas, que son 26 leguas, a la cuarta del Norte de la parte del Nordeste. Después del sol salido navegó al Nornordeste con el mismo viento Leste, y a veces a la cuarta del Nordeste, y andaría 88 millas en once horas que tenía el día, que son 21 leguas, sacada una que perdió porque arribó sobre la carabela Pinta por hablalle. Hallaba los aires más fríos, y pensaba, dizque hallarlos más cada día cuantg más se llegase al Norte, y también por las noches ser más grandes por la angostura de la esfera. Parecieron muchos rabos de juncos y pardelas, y otras aves; pero no tantos peces, dizque por ser el agua más fría: vido mucha yerba.

MARTES 22 DE ENERO.

Ayer después del sol puesto navegó al Nornordeste con viento Leste y tomaba del Sueste: andaba 8 millas por hora hasta pasadas cinco ampolletas, y tres de antes que se comenzase la guardia, que eran ocho ampolletas: y así habría andado 72 millas, que son 18 leguas. Después anduvo a la cuarta del Nordeste al Norte seis ampolletas, que serían otras 18 millas. Después cuatro ampolletas de la segunda guarda al Nordeste 6 millas por hora, que son 3 leguas al Nordeste. Después hasta el salir del sol anduvo al Lesnordeste 11 ampolletas, 6 leguas por hora, que son 7 leguas. Después al Lesnordeste hasta las once horas del día, 32 millas. Y así calmó el viento y no anduvo más en aquel día. Nadaron los indios. Vieron rabos de juncos y mucha yerba.

MIÉRCOLES 23 DE ENERO.

Esta noche tuvo muchos mudamientos en los vientos, tanteado todo y dado los resguardos que los marineros buenos suelen y deben dar, dice que andaría esta noche al Nordeste cuarta del Norte, 84 millas, que son 21 leguas. Esperaba muchas veces a la carabela Pinta, porque andaba mal de la bolina, porque se ayudaba poco de la mezana por el mástel no ser bueno; y dice que si el capitán della, que s Martín Alonso Pinzón, tuviera tanto cuidado de proveerse de un buen mástel en las Indias, donde tantos y tales había, como fue cudicioso de se apartar dél, pensando de hinchar el navío de oro, él lo pusiera bueno. Parecieron muchos rabos de juncos y mucha yerba: el cielo todo turbado estos días; pero no había llovido, y la mar siempre muy llana como en un río, a Dios sean dadas muchas gracias. Después del sol salido andaría al Nordeste franco cierta parte del día 30 millas, que son 7 leguas y media, y después lo demás anduvo al Lesnordeste otras 30 millas, que son 7 leguas y media.

JUEVES 24 DE ENERO.

Andaría esta noche toda, consideradas muchas mudanzas que hizo el viento al Nordeste, 44 millas, que fueron 11 leguas. Después de salido el sol hasta puesto andaría al Lesnordeste 14 leguas.

VIERNES 25 DE ENERO.

Navegó esta noche al Lesnordeste un pedazo de la noche que fueron 13 ampolletas, 9 leguas y media; después anduvo al Nordeste otras seis millas. Salido el sol todo el día, porque calmó el viento, andaría al Lesnordeste 28 millas, que son 7 leguas. Mataron los marineros una tonina, y un grandísimo tiburón, y dizque lo habían bien menester porque no traían ya de comer sino pan y vino y ajos de las Indias.

SABADO 26 DE ENERO.

Esta noche anduvo al Leste, cuarta del Sueste, 56 millas, que son 14 leguas. Después del sol salido navegó a las veces al Lesueste, y a las veces al Sueste; andaría hasta las once horas del día 40 millas. Después hizo otro bordo, y después anduvo a la relinga, y hasta la noche anduvo hacia el Norte 24 millas, que son 6 leguas.

DOMINGO 27 DE ENERO.

Ayer después del sol puesto anduvo al Nordeste y al Norte, y al Norte cuarta del Nordeste, y andaría 5 millas por hora, y en 13 horas serían 65 millas, que son 16 leguas y media. Después del sol salido anduvo hacia el Nordeste 24 millas, que son 6 leguas hasta medio día, y de allí hasta el sol puesto andaría 3 leguas al Lesnordeste.

LUNES 28 DE ENERO.

Esta noche toda navegó al Lesnordeste, y andaría 36 millas, que son 9 leguas. Después del sol salido anduvo hasta el sol puesto al Lesnordeste 20 millas, que son cinco leguas. Los aires halló templados y dulces. Vido rabos de juncos y pardelas y mucha yerba.

MARTES 29 DE ENERO.

Navegó al Lesnordeste y andaría en la noche con Sur y Sudueste 39 millas, que son 9 leguas y media. En todo el día andaría 8 leguas. Los aires muy templados como en abril en Castilla: la mar muy llana: peces que llaman dorados vinieron a bordo.

MIÉRCOLES 30 DE ENERO.

En toda esta noche andaría 7 leguas al Lesnordeste. De día corrió al Sur, cuarta al Sueste, 13 leguas y media. Vido rabos de juncos y mucha yerba y muchas toninas.

JUEVES 31 DE ENERO.

Navegó esta noche al Norte cuarta del Nordeste, 30 millas, y después al Nordeste 35 millas, que son 16 leguas. Salido el sol hasta la noche anduvo al Lesnordeste 13 leguas y media. Vieron rabos de junco y pardelas.

VIERNES 1° DE FEBRERO.

Anduvo esta noche al Lesnordeste diez y seis leguas y media. El día corrió al mismo camino veinte y nueve leguas y un cuarto: la mar muy llana a Dios gracias.

SÁBADO 2 DE FEBRERO.

Anduvo esta noche al Lesnordeste 40 millas, que son 10 leguas. De día con el mismo viento a popa corrió 7 millas por hora; por manera que en once horas anduvo 77 millas, que son 19 leguas y cuarta: la mar muy llana, gracias a Dios, y los aires muy dulces. Vieron tan cuajada la mar de yerba, que si no la hobieran visto temieran ser bajos. Pardelas vieron.

DOMINGO 3 DE FEBRERO.

Esta noche yendo a popa con la mar muy llana, a Dios gracias, andarían 29 leguas. Pareció la estrella del Norte muy alta, como el Cabo de San Vicente: no pudo tomar el altura con el astrolabio ni cuadrante, porque la ola no le dio lugar. El día navegó al Lesnordeste su camino, y andaría 10 millas por hora, y así en once horas 27 leguas.

LUNES 4 DE FEBRERO.

Esta noche navegó al Leste cuarta del Nordeste, parte anduvo 12 millas por hora, y parte 10, y así anduvo 130 millas, que son 32 leguas y media. Tuvo el cielo muy turbado y lluvioso, y hizo algún frío, por lo cual dizque cognoscía que no había llegado a las Islas de los Azores. Después del sol levantado mudó el camino y fue al Leste. Anduvo en todo el día 77 millas, que son 19 leguas y cuarta.

MARTES 5 DE FEBRERO.

Esta noche navegó al Leste, andaría toda ella 54 millas, que son 14 leguas menos media. El día corrió 10 millas por hora, y así en once horas fueron 110 millas, que son 27 leguas y media. Vieron pardelas y unos palillos, que era señal que estaban cerca de tierra.

MIÉRCOLES 6 DE FEBRERO.

Navegó esta noche al Leste, andaría 11 millas por hora, en trece horas de la noche andaría 143 millas, que son 35 leguas y cuarta. Vieron muchas aves y pardelas. El día corrió 14 millas por hora, y así anduvo aquel día 154 millas, que son 38 leguas y media; de manera que fueron entre día y noche 74 leguas, poco más o menos. Vicente Yáñez dijo que hoy por la mañana le quedaba la Isla de Flores al Norte, y la de la Madera al Leste. Roldán dijo que la Isla del Fayal o la de Gregorio le quedaba al Nornordeste, y el Puerto Santo al Leste. Pareció mucha yerba.

JUEVES 7 DE FEBRERO.

Navegó esta noche al Leste: andaría 10 millas por hora, y así en trece horas 130 millas, que son 32 leguas y media; el día 8 millas por hora, en once horas 78 millas, que son 22 leguas. En esta mañana estaba el Almirante al Sur de la Isla de Flores 75 leguas, y el piloto Pedro Alonso, yendo al Norte, pasaba entre la Tercera y la de Santa María, y al Leste pasaba de barlovento de la isla de la Madera 12 leguas de la parte del Norte. Vieron los marineros yerba de otra manera que la pasada, de la que hay mucha en las islas de los Azores. Después se vida de la pasada.

VIERNES 8 DE FEBRERO.

Anduvo esta noche 3 millas por hora al Leste por un rato, y después caminó a la cuarta del Sueste; anduvo toda la noche 12 leguas. Salido el sol hasta medio día corrió 27 millas: después hasta el sol puesto, otras tantas, que son 13 leguas al Sursueste.

SÁBADO 9 DE FEBRERO.

Un rato desta noche andaría tres leguas al Sursueste, y después al Sur cuarta del Sueste; después al Nordeste hasta las diez horas del día otras cinco leguas, y después hasta la noche anduvo nueve leguas al Leste.

DOMINGO 10 DE FEBRERO.

Después del sol puesto navegó al Leste toda la noche 130 millas, que son 32 leguas y media: el sol salido hasta la noche anduvo 9 millas por hora, y así anduvo en once horas 99 millas, que son 24 leguas y media y una cuarta. En la carabela del Almirante carteaban o echaban punto Vicente Yáñez y los dos pilotos Sancho Ruiz y Pedro Alonso Niño y Roldán, y todos ellos pasaban mucho adelante de las islas de los Azores al Leste por sus cartas, y navegando al Norte ninguno tomaba la Isla de Santa María, que es la postrera de todas las de los Azores; antes serían delante 5 leguas e fueran en la comarca de la Isla de la Madera o en el Puerto Santo. Pero el Almirante se hallaba muy desviado de su camino, hallándose mucho más atrás aquellos, porque esta noche le quedaba la Isla de Flores al Norte, y al Leste iba en

demanda a Nafe en África, y pasaba a barlovento de la Isla de la Madera de la parte del Norte leguas. Así aquellos estaban más cerca de Castilla que el Almirante con 150 leguas. Dice que mediante la gracia de Dios desque vean tierra se sabrá quién andaba más cierto. Dice aquí también que primero anduvo 263 leguas de la Isla del Hierro a la venida que viese la primera yerba.

LUNES 11 DE FEBRERO.

Anduvo esta noche 12 millas por hora a su camino, y así en toda ella contó 39 leguas y en todo el día corrió 16 leguas y media. Vido muchas aves, de donde creyó estar cerca de tierra.

MARTES 12 DE FEBRERO.

Navegó al Leste 6 millas por hora esta noche, y andaría hasta el día 73 millas, que son 18 leguas y un cuarto. Aquí comenzó a tener grande mar y tormenta; y si no fuera la carabela dizque muy buena y bien aderezada, temiera perderse. El día correría 11 o 12 leguas con mucho trabajo y pelgro.

MIÉRCOLES 13 DE FEBRERO.

Después del sol puesto hasta el día tuvo gran trabajo del viento y de la mar muy alta y tormenta: relampagueó hacia el Nornordeste tres veces, dijo ser señal de gran tempestad que había de venir de aquella parte o de su contrario. Anduvo a árbol seco lo más de la noche: después dio una poca de vela y andaría 52 millas, que son 13 leguas. En este día blandió un poco el viento; pero luego creció, y la mar se hizo terrible, y cruzaban las olas que atormentaban los navíos. Andaría 55 millas, que son 13 leguas y media.

JUEVES 14 DE FEBRERO.

Esta noche creció el viento, y las olas eran espantables, contraria una de otra, que cruzaban y embarzaban el navío que no podía pasar adelante ni salir de entremedias dellas y quebraban en él: llevaba el papahigo muy bajo, para que solamente lo sacase algo de las ondas: andaría así tres horas, y correría 20 millas. Crecía mucho la mar y el viento; y viendo el peligro grande, comenzó a correr a popa donde el viento lo llevase, porque no había otro remedio. Entonces comenzó a correr también la carabela Pinta, en que iba Martín Alonso, y desapareció, aunque toda la noche hizo faroles el Almirante y el otro le respondía; hasta que parece que no pudo más por la fuerza de la tormenta, y porque se hallaba muy fuera del camino del Almirante. Anduvo el Almirante esta noche al Nordeste. cuarta del Leste, 54 millas. que son 13 leguas. Salido el sol fue mayor el viento, y la mar cruzando más terrible: llevaba el papahigo solo y bajo, para que el navío saliese de entre las ondas que cruzaban, porque no lo hundiesen. Andaba el camino del Lesnordeste, y después a la cuarta hasta el Nordeste: andaría seis horas así, y en ella 7 leguas y media. Él ordenó que se echase un romero que fuese a Santa María de Guadalupe y llevase un cirio de cinco libras de cera, y que hiciesen voto todos que al que cayese la suerte cumpliese la romería, para lo cual mandó traer tantos garbanzos cuantas personas en el navío venían, y señalar uno con un cuchillo haciendo una cruz, y metellos en un bonete bien revueltos. El primero que metió la mano fue el Almirante y sacó el garbanzo de la cruz, y así cayó sobre él la suerte, y desde luego se tuvo por romero y deudor de ir a cumplir el voto. Echóse otra vez la suerte para enviar romero a Santa María de Loreto, que está en la marca de Ancona, tierra del Papa, que casa donde Nuestra Señora ha hecho y hace muchos y grandes milagros, y cayó la suerte a un marinero del Puerto de Santa María, que se llamaba Pedro de Villa, y el Almirante le prometió de le dar dineros para las costas. Otro romero acordó que se enviase a que velase una noche en Santa Clara de Moguer, e hiciese decir una misa, para lo cual se tornaron a echar los garbanzos con el de la cruz, y cayó la suerte al mismo Almirante. Después desto el Almirante y toda la gente hicieron voto de en llegando a la primera tierra ir todos en camisa en procesión a hacer oración en una Iglesia que fuese de la invocación de Nuestra Señora. Allende los votos generales o comunes cada uno hacía en especial su voto, porque ninguno pensaba escapar, teniéndose todos por perdidos, según la terrible tormenta que padecían. Ayudaba a acrecentar el peligro que venía el navío con falta de lastre, por haberse aliviado la carga, siendo ya comidos los bastimentos, y el agua y vino bebido, lo cual por cudicia del próspero tiempo que entre las islas tuvieron, no proveyó el Almirante, teniendo

propósito de lo mandar lastrar en la Isla de las Mujeres, a donde lleva propósito de ir. El remedio que para esta necesidad tuvo fue, cuando hacerlo pudieron, henchir las pipas que tenían vacías de agua y vino, de agua de la mar, y con esto en ella se remediaron. Escribe aquí el Almirante las causas que le ponían temor de que allí nuestro Señor no quisiese que pereciese y otras que le daban esperanza de que Dios lo había de llevar en salvamento, para que tales nuevas como llevaba a los Reyes no pereciesen. Parecía que el deseo grande que tenía de llevar estas nuevas tan grandes, y mostrar que había salido verdadero en lo que había dicho y proferidose a descubrir, le ponía grandísimo miedo de no lo conseguir, y que cada mosquito, dizque le podía perturbar e impedir. Atribúyelo esto a su poca fe y desfallecimiento de confianza de la Providencia Divina. Confortábase por otra parte las mercedes que Dios le había hecho en dalle tanta victoria descubriendo lo que descubierto había, y complídole Dios todos sus deseos, habiendo pasado en Castilla en sus despachos muchas adversidades y contrariedades. Y que como antes hobiese puesto su fin y enderezado todo su negocio a Dios, y le había oído y dado todo lo que le había pedido, debía creer que le daría cumplimiento de lo comenzado y le llevaría en salvamento. Mayormente que pues le había librado a la ida cuando tenía mayor razón de temer de los trabajos que con los marineros y gente que llevaba, los cuales todos a una voz estaban determinados de se volver y alzarse contra él haciendo protestaciones, y el eterno Dios le dio esfuerzo y valor contra todos, y otras cosas de mucha maravilla que Dios había mostrado en él y por él en aquel viaje, allende aquellas que sus Altezas sabían de las personas de su casa. Así que (dice) que no debiera temer la dicha tormenta. Mas su flaqueza y congoja (dice él) no me dejaba asentar la ánima. Dice más, que también le daba gran pena dos hijos que tenía en Córdoba al estudio, que los dejaba huérfanos de padre y madre en tierra estraña, y los Reyes no sabían los servicios que les había en aquel viaje hecho, y nuevas tan prósperas que les llevaba para que se moviesen a los remediar. Por esto, y porque supiesen sus Altezas cómo nuestro Señor le había dado victoria de todo lo que deseaba de las Indias, y supiesen que ninguna tormenta había en aquellas partes, lo cual dice que se puede cognoscer por la yerba y árboles questán nacidos y crecidos hasta dentro en la mar, y porque si se perdiese con aquella tormenta los Reyes hobiesen noticia de su viaje, tomó un pergamino y escribió en él todo lo que pudo de todo lo que había hallado, rogando mucho a quien lo hallase que lo llevase a los Reyes. Este pergamino envolvió en un paño encerado, atado muy bien, y mandó traer un gran barril de madera, y púsolo en él sin que ninguna persona supiese qué era, sino que pensaron todos que era alguna devoción, y así lo mandó echar en la mar. Después con los aguaceros y turbionadas se mudó el viento al Oeste, y andaría así a popa sólo con el trinquete cinco horas con la mar muy desconcertada, y andaría 2 leguas y media al Nordeste. Había quitado el papahigo de la vela mayor por miedo que alguna onda de la mar no se lo llevase del todo.

PARTE TRECE

VIERNES 15 DE FEBRERO.

Ayer después del sol puesto comenzó a mostrarse claro el cielo de la banda del Oeste, y mostraba que quería de hacia allí ventar: dio la boneta a la vela mayor: todavía era la mar altísima, aunque iba algo bajándose: anduvo al Lesnordeste 4 millas por hora y en trece horas de noche fueron 13 leguas. Después del sol salido vieron tierra: parecían por proa al Lesnordeste, algunos decían que era la Isla de Madera, otros que era la Roca de Cintra en Portugal, junto a Lisboa. Saltó luego el viento por proa Lesnordeste, y la mar venía muy alta del Oeste, habría de la carabela a la tierra 5 leguas. El Almirante por su navegación se hallaba estar con las Islas de los Azores, y creía que aquella era una dellas: los pilotos y marineros se hallaban ya con tierra de Castilla.

SABADO 16 DE FEBRERO.

Toda esta noche anduvo dando bordos por encabargar la tierra que ya se cognosca ser isla, a veces iba al Nordeste, otras al Nornordeste, hasta que salió el sol que tomó la vuelta del Sur por llegar a la isla que ya no vian por la gran cerrazón, y vida por popa otra isla que distaría 8 leguas. Después del sol salido hasta la noche anduvo dando vueltas por llegarse a la tierra con el mucho viento y mar que llevaba. Al decir la salve, ques a boca de noche, algunos vieron lumbre de sotavento, y parecía que debía ser la isla que vieron ayer primero; y toda la noche anduvo barloventeando y allegándose lo más que podía para ver si al salir del sol vía alguna de

las islas. Esta noche reposó el Almirante algo porque desde el miércoles no había dormido ni podido dormir, y quedaba muy tollido de las piernas por estar siempre desabrigado al frío y al agua, y por el poco comer. El sol salido navegó al Sursudueste, y a la noche llegó a la isla, y por la gran cerrazón no pudo cognoscer qué isla era.

LUNES 18 DE FEBRERO.

Ayer después del sol puesto anduvo rodeando la isla para ver dónde había de surgir y tomar lengua: surgió con una ancla que luego perdió: tornó a dar la vela y barloventeó toda la noche. Después del sol salido llegó otra vez de la parte del norte de la isla, y donde le pareció surgió con un ancla, y envió la barca en tierra, y hobieron habla con la gente de la isla, y supieron como era la Isla de Santa María, una de las de los Azores, y enseñáronles el puerto donde habían de poner la carabela, y dijo la gente de la isla que jamás habían visto tanta tormenta como la que había hecho los quince días pasados, y que se maravillaban cómo habían escapado; los cuales (dizque) dieron muchas gracias a Dios, y hicieron muchas alegrías por las nuevas que sabían de haber el Almirante descubierto las Indias. Dice el Almirante que aquella su navegación había sido muy cierta, y que había carteadado bien, que fuesen dadas muchas gracias a nuestro Señor, aunque se hacia algo delantero; pero tenía por cierto que estaba en la comarca de las Islas de los Azores, y que aquella era una dellas. Y dizque fingió haber andado más camino por desatinar a los pilotos y marineros que cartean, por quedar él Señor de aquella derrota de las Indias, como de hecho queda, porque ninguno de todos ellos traía su camino cierto, por lo cual ninguno puede estar seguro de su derrota para las Indias.

MARTES 19 DE FEBRERO.

Después del sol puesto vinieron a la ribera tres hombres de la isla y llamaron: enviéles la barca, en la cual vinieron y trujeron gallinas y pan fresco, y era día de Carnestolendas, y trujeron otras cosas que enviaba el capitán de la isla, que se llamaba Juan de Castañeda, diciendo que lo conocía muy bien, y que por ser noche no venía a vello; pero que en amaneciendo vendría y traería más refresco, y traería consigo tres hombres que allá quedaban de la carabela, y que no los enviaba por el gran placer que con ellos tenía oyendo las cosas de su viaje. El Almirante mandó hacer mucha honra a los mensajeros, y mandó les dar camas en que durmiesen aquella noche, porque era tarde y estaba la población lejos. Y porque el jueves pasado, cuando se vido en la angustia de la tormenta, hicieron el voto y votos susodichos, y el de que en la primera tierra donde hobiese casa de nuestra Señora saliesen en camisa, acordó que la mitad de la gente fuese a complillo a una casita que estaba junto con la mar como ermita, y él iría después con la otra mitad. Viendo que era tierra segura, y confiando en las ofertas del Capitán y en la paz que tenía Portugal con Castilla, rogó a los tres hombres que se fuesen a la población y hiciesen venir un clérigo para que les dijese una misa. Los cuales idos en camisa, en cumplimiento de su romería, y estando en su oración, saltó con ellos todo el pueblo a caballo y a pie con el Capitán y prendiéronlos a todos. Después estando el Almirante sin sospecha esperando la barca para salir él a cumplir su romería con la otra gente hasta las once del día, viendo que no venían sospechó que los detenían o que la barca se había quebrado, porque toda la isla está cercada de peñas muy altas. Esto no podía ver el Almirante porque la ermita estaba detrás de una punta. Levantó el ancla y dio la vela hasta en derecho de la ermita, y vido muchos de caballo que se apearon y entraron en la barca con armas, y vinieron a la carabela para prender al Almirante. Levantóse el Capitán en la barca y pidió seguro al Almirante: dijo que se lo daba; pero ¿qué inovación era aquella que no vía ninguna de su gente en la barca? y añadió el Almirante que viniese y entrase en la carabela, quel haría todo lo quel quisiese. Y pretendía el Almirante con buenas palabras traello por prendello para recuperar su gente, no creyendo que violaba la fe dándole seguro, pues él habiéndole ofrecido paz y seguridad lo había quebrantado. El Capitán, como dizque traía mal propósito, no se fió a entrar. Visto que no se llegaba a la carabela, rogó que le dijese la causa por qué detenía su gente, y que dello pesaría al Rey de Portugal, y que en tierra de los Reyes de Castilla recibían los portugueses mucha honra, y entraban y estaban seguros como en Lisboa; y que los Reyes habían dado cartas de recomendación para todos los Príncipes y Señores y hombres del mundo, las cuales le mostraría si se quisiese llegar; y quel era su Almirante del mar Océano y Visorey de las Indias, que agora eran de sus Altezas, de lo cual mostraría las provisiones firmadas de sus firmas y selladas con sus sellos, las cuales le enseñó de lejos; y que los Reyes estaban en mucho amor y amistad con el Rey de Portugal, y le habían mandado que hiciese

toda la honra que pudiese a los navíos que topase de Portugal; y que dado que no le quisiese darle su gente, no por eso dejaría de ir a Castilla, pues tenía harta gente para navegar hasta Sevilla, y serían él y su gente bien castigados, haciéndoles aquel agravio. Entonces respondió el Capitán y los demás no conocen acá Rey e Reina de Castilla, ni sus cartas, ni le habían miedo, antes les darían a saber qué era Portugal, cuasi amenazándolo. Lo cual oído, el Almirante haba mucho sentimiento, y dizque pensó si había pasado algún desconcierto entre un reino y otro después de su partida, y no se pudo sufrir que no les respondiese lo que era razón. Después tornóse dizque a levantar aquel Capitán desde lejos, y dijo al Almirante que se fuese con la carabela al puerto, y que todo lo que él hacía y había hecho el Rey su Señor se lo había enviado a mandar; de lo cual el Almirante tomó testigos los que en la carabela estaban, y tornó el Almirante a llamar al Capitán y a todos ellos, les dio su fe, y prometió, como quien era, de no descender ni salir de la carabela hasta que llevase un ciento de portugueses a Castilla, y despoblar toda aquella isla. Y así se volvió a surgir en el puerto donde estaba primero, porquel tiempo y viento era muy malo para hacer otra cosa.

MIÉRCOLES 20 DE FEBRERO.

Mandó aderezar el navío y hinchir las pipas de agua de la mar por lastre, por questaba en muy mal puerto, y temió que se le cortasen las amaras. Y así fue; por lo cual dio la vela hacia la Isla de San Miguel, aunque en ninguna de las de los Azores hay buen puerto para el tiempo que entonces hacía, y no tenía otro remedio sino huir a la mar.

JUEVES 21 DE FEBRERO.

Partió ayer de aquella Isla de Santa María para la de San Miguel para ver si hallaba puerto para poder sufrir tan mal tiempo como hacía, con mucho viento y mucha mar, y anduvo hasta la noche sin poder ver tierra una ni otra por la gran cerrazón y oscurana quel viento y la mar causaban. El Almirante dice que estaba con poco placer porque no tenía sino tres marineros solos que supiesen de la mar, porque los que más allí estaban no sabían de la mar nada. Estuvo a la corda toda esta noche con muy mucha tormenta y grande peligro y trabajo, y en lo que nuestro Señor le hizo merced, fue que la mar o las ondas della venían de sola una parte, porque si cruzaran como las pasadas, muy mayor mal padeciera. Después del sol salido, visto que no vía la Isla de San Miguel, acordó tornarse a la Santa María por ver si podía cobrar su gente y la barca y las amarras y anclas que allá dejaba. Dice que estaba maravillado de tan mal tiempo como había en aquellas islas y partes, porque en las Indias navegó todo aquel invierno sin surgir, e había siempre buenos tiempos, y que una sola hora no vido la mar que no se pudiese bien navegar, y en aquellas islas había padecido tan grave tormenta, y lo mismo le acaeció a la ida hasta las Islas de Canaria; pero pasada dellas siempre halló los aires y la mar con gran templanza. Concluyendo dice el Almirante, que bien dijeron los sacros teólogos y los sabios filósofos, quel Paraiso terrenal está en el fin de Oriente, porque es lugar temperadísimo. Así que aquellas tierras que agora él había descubierto, es (dice él) el fin del Oriente.

VIERNES 22 DE FEBRERO.

Ayer surgió en la Isla de Santa María en el lugar o puerto donde primero había surgido, y luego vino un hombre a capear desde unas peñas que allí estaban fronteras, diciendo que no se fuesen de allí. Luego vino la barca con cinco marineros, y dos clérigos y un escribano: pidieron seguro, y dado por el Almirante subieron a la carabela, y porque era noche durmieron allí, y el Almirante les hizo la honra que pudo. A la mañana le requirieron que les mostrase poder de los Reyes de Castilla para que a ellos les constase cómo con poder dellos había hecho aquel viaje. Sintió el Almirante que aquello hacían por mostrar color que no habían en lo hecho errado, sino que tuvieron razón, porque no había podido haber la persona del Almirante, la cual debieran de pretender coger a las manos, pues vinieron con la barca armada, sino que no vieron quel juego les saliera a bien, y con temor de lo quel Almirante había dicho y amenazado, lo cual tenía propósito de hacer, y creyó que saliera con ello. Finalmente por haber la gente que le tenían, hobo de mostrarles la carta general de los Reyes para todos los Principes y Señores de encomienda, y otras provisiones; y dioles de lo que tenía y fuéronse a tierra contentos, y luego dejaron toda la gente con la barca, de los cuales supo que si tomaran al Almirante nunca le dejaran libre, porque dijo el Capitán quel Rey su Señor se lo había así mandado.

SABADO 23 DE FEBRERO.

Ayer comenzó a querer abanzar el tiempo, levantó las anclas y fue a rodear la isla para buscar algún buen surgidero para tomar leña y piedra para lastre, y no pudo tomar surtidero hasta horas de completas.

DOMINGO 24 DE FEBRERO.

Surgió ayer en la tarde para tomar leña y piedra, y porque la mar era muy alta no pudo la barca llegar en tierra, y al rendir de la primera guardia de noche comenzó a ventar Oeste y Sudueste: mandó levantar las velas por el gran peligro que en aquellas islas hay en esperar el viento Sur sobre el ancla, y en ventando Sudueste luego viento Sur. Y visto que era buen tiempo para ir a Castilla, dejó de tomar leña y piedra, y hizo que gobernasen al Leste, y andaría hasta el sol salido, que habría seis horas y media, 7 millas por hora, que son 45 millas y media. Después del sol salido hasta el ponerse anduvo 6 millas por hora, que en once horas fueron 66 millas, y 45 y media de la noche fueron 111 y media, y por consiguiente 28 leguas.

LUNES 25 DE FEBRERO.

Ayer después del sol puesto navegó al Leste su camino 5 millas por hora: en trece horas de esta noche andaría 65 millas, que son 16 leguas y cuarta. Después del sol salido hasta ponerse anduvo otras 16 leguas y media con la mar llana, gracias a Dios. Vino a la carabela un ave muy grande que parecía águila.

MARTES 26 DE FEBRERO.

Ayer después del sol puesto navegó a su camino al Leste, la mar llana, a Dios Gracias: lo más de la noche andaría 8 millas por hora, anduvo 100 millas, que son 25 leguas. Después del sol salido, con poco viento: tuvo aguaceros, anduvo obra de 8 leguas al Lesnordeste.

MIÉRCOLES 27 DE FEBRERO.

Esta noche y día anduvo fuera de camino por los vientos contrarios y grandes olas y mar, y hallábase 125 leguas del Cabo de San Vicente, y 80 de la Isla de la Madera, y 106 de la de Santa María. Estaba muy penado con tanta tormenta agora quedaba a la puerta de casa.

JUEVES 28 DE FEBRERO.

Anduvo de la misma manera esta noche con diversos vientos al Sur y al Sueste, y a una parte y a otra, y al Nordeste, y al Lesnordeste, y desta manera todo este día.

VIERNES 1° DE MARZO.

Anduvo esta noche al Leste cuarta al Nordeste, 12 leguas: de día corrió al Leste cuarta del Nordeste, 23 leguas y media.

SABADO 2 DE MARZO.

Anduvo esta noche a su camino al Leste cuarta del Nordeste, 28 leguas, y el día corrió 20 leguas.

DOMINGO 3 DE MARZO.

Después del sol puesto navegó a su camino al Leste. Vinole una turbiada que le rompió todas las velas y vidose en gran peligro, mas Dios los quiso librar. Echó suertes para enviar un peregrino dizque a Santa María de la Cinta en Huelva, que fuese en camisa, y cayó la suerte al Almirante. Hicieron todos también voto de ayunar el primer sábado que llegasen a pan y agua. Andaría 60 millas antes que se le rompiesen las velas: después anduvieron a árbol seco por la gran tempestad del viento y la mar que de dos partes los comía. Vieron señales de estar cerca de tierra; hallábanse todos cerca de Lisboa.

LUNES 4 DE MARZO.

Anoche padecieron terrible tormenta, que se pensaron perder de las mares de dos partes que venían, y los vientos que parecía que levantaban la carabela en los aires, y agua del cielo y relámpagos de muchas partes; plugo a nuestro Señor de lo sostener, y anduvo así hasta la primera guardia que nuestro Señor le mostró tierra, viéndola los marineros; y entonces por no llegar a ella hasta conoscella por ver si hallaba algún puerto o lugar donde se salvar, dio el papahigo por no tener otro remedio y andar algo, aunque con gran peligro, haciéndose a la mar, y así los guardó Dios hasta el día, que diz fue con infinito trabajo y espanto. Venido el día conoció la tierra, que era la Roca de Cintra, que junto con el río de Lisboa, adonde determinó entrar porque no podía hacer otra cosa: tan terrible era la tormenta que hacía en la villa de Cascaes, que es a la entrada del río. Los del pueblo dizque estuvieron toda aquella mañana haciendo plegarias por ellos, y después questuvo dentro venía la gente a verlos por maravilla de cómo habían escapado, y así a hora de tercia vino a pasar a Rastelo dentro del río de Lisboa, donde supo de la gente de la mar que jamás hizo invierno de tantas tormentas, y que se habían perdido 25 naos en Flandes, y otras estaban allí que había cuatro meses que no habían podido salir. Luego escribió el Almirante al Rey de Portugal, que estaba 9 leguas de allí, de cómo los Reyes de Castilla le habían mandado que no dejase de entrar en los puertos de Su Alteza a pedir lo que hobiese menester por sus dineros, y quel Rey le mandase dar lugar para ir con la carabela a la ciudad de Lisboa, porque algunos ruines pensando que traía mucho oro, estando en puerto despoblado, se pusiesen a cometer alguna ruindad, y también porque supiese que no venía de Guinea sino de las Indias.

MARTES 5 DE MARZO.

Hoy, después que el Patrón de la nao grande del Rey de Portugal, la cual estaba también surta en Rastelo, y la más bien artillada de artillería y armas, que dizque nunca nao se vido, vino el Patrón della, que se llamaba Bartolomé Díaz de Lisboa, con el batel armado a la carabela, y dijo al Almirante que entrase en el batel para ir a dar cuenta a los hacedores del Rey e al Capitán de la dicha nao. Respondió el Almirante quel era Almirante de los Reyes de Castilla, y que no daba él tales cuentas a tales personas, ni saldría de las naos ni navios donde estuviese si no fuese por fuerza de no poder sufrir las armas. Respondió el Patrón que enviase al Maestre de la carabela; dijo el Almirante que ni al Maestre ni a otra persona si no fuese por fuerza, porque en tanto tenía el dar persona que fuese como ir él, y que sta era la costumbre de los Almirantes de los Reyes de Castilla de antes morir que se dar ni dar gente suya. El Patrón se moderó y dijo que pues estaba en aquella determinación, que fuese como él quisiese; pero que le rogaba que le mandase mostrar las cartas de los Reyes de Castilla si las tenía. Al Almirante plugo de mostrárselas, y luego se volvió a la nao, e hizo relación al Capitán, que se llamaba Alvaro Dama, el cual con mucha orden con atabales y trompetas y añafles, haciendo gran fiesta vino a la carabela, y habló con el Almirante, y le ofreció de hacer todo lo que le mandase.

MIÉRCOLES 6 DE MARZO.

Sabido cómo el Almirante venía de las Indias, hoy vino tanta gente a verlo y a ver los indios, que la ciudad de Lisboa, que era cosa de admiración, y las maravillas que todos hacían, dando gracias a nuestro Señor, y diciendo, que por la gran fe que los Reyes de Castilla tenían y deseo de servir a Dios, que su alta Majestad los daba todo esto.

JUEVES 7 DE MARZO.

Hoy vino infinitísima gente a la carabela y muchos caballeros, y entre ellos los hacedores del Rey, y todos daban infinitísimas gracias a nuestro Señor por tanto bien y acrecentamiento de la cristiandad que nuestro Señor había dado a los Reyes de Castilla, el cual dizque apropiaban porque sus Altezas se trabajaban y ejercitaban en el acrecentamiento de la Religión de Cristo.

VIERNES 8 DE MARZO.

Hoy rescibió el Almirante una carta del Rey de Portugal con D. Martín de Noroña, por la cual le rogaba que se llegase adonde él estaba, pues el tiempo no era para partir con la carabela, y así lo hizo por quitar sospecha, puesto que no quisiera ir, y fue a dormir a Sacanben: mandó el Rey a sus hacedores que todo lo que hobiese el Almirante menester y su gente y la carabela se lo diese sin dineros, y se hiciese todo como el Almirante quisiese.

SÁBADO 9 DE MARZO.

Hoy partió de Sacanben para ir adonde el Rey estaba, que era el valle del Paraíso, 9 leguas de Lisboa; porque llovió no pudo llegar hasta la noche. El Rey le mandó rescebir a los principales de su casa muy honradamente, y el Rey también le rescibió con mucha honra, y le hizo mucho favor, y mandó sentar y habló muy bien, ofreciéndole que mandaría hacer todo lo que a los Reyes de Castilla y a su servicio compliese complidamente, y más que por cosa suya; y mostró haber mucho placer del viaje haber habido buen término, y se haber hecho; mas que entendía que en la capitulación que había entre los Reyes y él que aquella conquista le pertenecía, a lo cual respondió el Almirante que no había visto la capitulación ni sabía otra cosa sino que los Reyes le habían mandado que no fuese a la mina ni en toda Guinea, y que así se había mandado a pregonar en todos los puertos del Andalucía antes que para el viaje partiese. El Rey graciosamente respondió que tenía él por cierto que no habría en esto menester terceros. Diole por huésped al Prior del Clato, que era la más principal persona que allí estaba, del cual el Almirante rescibió muy muchas honras y favores.

DOMINGO 10 DE MARZO.

Hoy después de misa le tornó a decir el Rey si había menester algo que luego se le daría, y departió mucho con el Almirante sobre su viaje, y siempre le mandaba estar sentado y hacer mucha honra.

LUNES 11 DE MARZO.

Hoy se despidió del Rey, e le dijo algunas cosas que dijese de su parte a los Reyes, mostrándole siempre mucho amor. Partiósse después de comer, y envió con él a D. Martín de Noroña, y todos aquellos caballeros le vinieron a acompañar, y hacer honra buen rato. Después vino a un monasterio de San Antonio, ques sobre un lugar que se llama Villafranca, donde estaba la Reina; y fuele a hacer reverencia y besarle las manos, porque le había enviado a decir que no se fuese hasta que la viesse, con la cual estaba el Duque y el Marqués, donde rescibió el Almirante mucha honra. Partiósse della el Almirante de noche, y fue a dormir a Llandra.

MARTES 12 DE MARZO.

Hoy estando para partir de Llandra para la carabela llegó un escudero del Rey que le ofreció de su parte, que si quisiese ir a Castilla por tierra, que aquel fuese con él para lo aposentar y mandar dar bestias, y todo lo que hobiese menester. Cuando el Almirante dél se partió le mandó dar una mula y otra a su Piloto, que llevaba consigo, y dizque al Piloto mandó hacer merced de 20 espadines, según supo el Almirante: todo dizque se decía que lo hacía porque los Reyes lo supiesen. Llegó a la carabela en la noche.

MIÉRCOLES 13 DE MARZO.

Hoy a las ocho horas, con la marea de ingente y el viento Nornorueste, levantó las anclas y dio la vela para ir a Sevilla.

JUEVES 14 DE MARZO.

Ayer después del sol puesto siguió su camino al Sur, y antes del sol salido se halló sobre el Cabo de San Vicente, ques en Portugal. Después navegó al Leste para ir a Saltes, y anduvo todo el día con poco viento hasta agora questá sobre Furon.

VIERNES 15 DE MARZO.

Ayer después del sol puesto navegó a su camino hasta el día con poco viento, y al salir del sol se halló sobre Saltes, y a hora de medio día con la marea de montante entró por la barra de Saltes hasta dentro del puerto de donde había partido a 3 de agosto del año pasado; y así dice él que acababa agora esta escriptura, salvo que estaba de propósito de ir a Barcelona por la mar, en la cual ciudad le daban nuevas que sus Altezas estaban, y esto para les hacer relación de todo su viaje, que nuestro Señor le había dejado hacer, y le quiso alumbrar en él. Porque ciertamente allende quel sabía y tenía firme y fuerte sin escrúpulo que su alta Majestad hace todas las cosas buenas, y que todo es bueno salvo el pecado, y que no se puede abalar ni pensar cosa que no sea con su consentimiento: esto deste viaje conozco (dice el Almirante) **que** milagrosamente lo ha mostrado así, como se puede comprender por esta escriptura por muchos milagros señalados que ha mostrado en el viaje, y de mi que ha tanto tiempo que estoy en la corte de Vuestras Altezas con opósito y contra sentencia de tantas personas principales de vuestra casa, los cuales todos eran contra mi poniendo este hecho que era burla. El cual espero en nuestro Señor que será la mayor honra de la cristiandad, que así ligeramente haya jamás aparecido. Éstas son finales palabras del Almirante Don Cristóbal Colón de su primer viaje a las Indias, y al descubrimiento dellas.